UN LLAMAMIENTO A LOS ESFORZADOS, OPRIMIDOS Y EXHAUSTOS PUEBLOS DE EUROPA

CONVIERTEN LA SANGRE DEL PUEBLO EN ORO PARA SUS AMOS

LEÓN TROTSKY

TAURUS GREAT IDEAS

UN LLAMAMIENTO A LOS ESFORZADOS, OPRIMIDOS Y EXHAUSTOS PUEBLOS DE EUROPA

CONVIERTEN LA SANGRE DEL PUEBLO EN ORO PARA SUS AMOS

LEÓN TROTSKY

TAURUS GREAT IDEAS

León Trotsky

Un llamamiento a los esforzados, oprimidos y exhaustos pueblos de Europa

TRADUCCIÓN DE ALEJANDRO PRADERA

GREAT IDEAS

taurus

León Trotsky

1879-1940

Índice

Portadilla
Índice
Planeando la revolución
- 1. El manifiesto de Zimmerwald contra la guerra
- 2. En vísperas de una revolución
- 3. Dos rostros: fuerzas internas de la Revolución Rusa
- 4. El creciente conflicto
- 5. ¿Guerra o paz?
- 6. Todo el poder a los Sóviets
- 7. En respuesta a un rumor
- 8. Tres resoluciones
- 9. ¡Hermanos cosacos!

En el poder
- 10. El derrocamiento del Gobierno Provisional
- 11. La retirada en señal de protesta de los mencheviques y los social-revolucionarios
- 12. Sobre la detención de los ministros socialistas
- 13. La organización del poder
- 14. Por la paz: ¡Contra la diplomacia secreta!
- 15. Un llamamiento a los esforzados, oprimidos y exhaustos pueblos de Europa
- 16. Unas palabras a los obreros y campesinos rusos acerca de nuestros amigos y nuestros enemigos, sobre cómo salvaguardar y fortalecer la República Soviética
- 17. Lenin herido

En el exilio
- 18. ¡Me juego la vida!
- 19. Testamento

Notas
Créditos
Grupo Santillana

Planeando la revolución

1. El manifiesto de Zimmerwald contra la guerra

Redactado por Trotsky en septiembre de 1915 tras la celebración de un congreso revolucionario en Zimmerwald, Suiza.

¡Proletarios de Europa!

La guerra dura ya desde hace más de un año. Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de seres humanos han quedado mutilados para el resto de sus vidas. Europa es como un gigantesco matadero humano. Toda la civilización, creada mediante el trabajo de muchas generaciones, está abocada a la destrucción. La barbarie más salvaje celebra hoy su triunfo sobre todo lo que hasta ahora ha constituido el orgullo de la humanidad.

Independientemente de cuál sea la verdad acerca de la responsabilidad directa del estallido de la guerra, una cosa es cierta: la guerra que ha producido este caos es el resultado del imperialismo, del intento por parte de las clases capitalistas de cada país de satisfacer su codicia de beneficios a través de la explotación del trabajo humano y de los recursos naturales del mundo entero.

De esa forma, las naciones económicamente atrasadas o políticamente débiles se ven sojuzgadas por las grandes potencias que, con esta guerra, están intentando rehacer el mapa del mundo mediante la sangre y el hierro, de acuerdo con sus intereses explotadores. Así, naciones y países enteros, como Bélgica, Polonia, los estados balcánicos y Armenia se ven amenazados con el destino de ser desmembrados, anexionados en su totalidad o en parte, como botín en el juego de las compensaciones.

En el transcurso de la guerra, sus fuerzas motrices se manifiestan en toda su vileza. El velo con el que se ha venido ocultando a la conciencia del

pueblo el significado de esta catástrofe mundial ha ido cayendo hecho jirones. Los capitalistas de todos los países, que están acuñando el oro de los beneficios de la guerra con la sangre derramada por el pueblo, afirman que la guerra es por la defensa de la patria, en pro de la democracia, y por la liberación de las naciones oprimidas. ¡Mienten! En realidad están enterrando la libertad de su propio pueblo, junto con la independencia de las demás naciones, en los campos de devastación. Surgen nuevos grilletes, nuevas cadenas, nuevas cargas, y quien tendrá que soportarlas será el proletariado de todos los países, tanto de los victoriosos como de los derrotados. Al declararse la guerra, se anunció una mejora del bienestar; escasez y privación, desempleo y aumento de los precios son las consecuencias reales. Las cargas de la guerra consumirán las mejores energías de los pueblos durante décadas, pondrán en peligro los logros de las reformas sociales y entorpecerán cualquier paso adelante.

Devastación cultural, declive económico, reacción política; ésas son las bendiciones que trae consigo este horrible conflicto entre naciones.

Así pues, la guerra pone en evidencia el rostro desnudo del capitalismo moderno, que se ha vuelto irreconciliable no sólo con los intereses de las masas trabajadoras, no sólo con los requisitos del desarrollo histórico, sino también con las condiciones elementales para las relaciones humanas.

Los poderes gobernantes de la sociedad capitalista que tenían en sus manos el destino de las naciones, los Gobiernos tanto monárquicos como republicanos, la diplomacia secreta, las poderosas organizaciones empresariales, los partidos burgueses, la prensa capitalista, la Iglesia…, sobre todos ellos recae todo el peso de la responsabilidad de esta guerra, que surgió del orden social que los fomentaba y al que ellos protegían, y que se lleva a cabo en defensa de sus intereses.

¡Trabajadores!

Explotados, despojados de derechos, despreciados, os llamaban hermanos y camaradas al comienzo de la guerra, cuando tenían que conduciros a la matanza, a la muerte. Y ahora que el militarismo os ha lisiado, os ha mutilado, os ha degradado y aniquilado, los gobernantes exigen que renunciéis a vuestros intereses, a vuestras aspiraciones, a vuestros ideales; en una palabra: subordinación servil a la paz civil. Os hurtan la posibilidad de expresar vuestras ideas, vuestros sentimientos, vuestro dolor; os prohíben plantear vuestras exigencias y defenderlas. Una

prensa amordazada, unas libertades y unos derechos políticos pisoteados: así es como la dictadura militar gobierna hoy en día con mano de hierro.

No podemos ni debemos seguir más tiempo sin emprender acciones para luchar en contra de esta situación, que amenaza el futuro de Europa y de la humanidad en su conjunto. El proletariado socialista lleva muchas décadas luchando contra el militarismo. Con creciente preocupación, sus representantes en sus congresos nacionales e internacionales se han ocupado del peligro cada vez más amenazador de la guerra que surge del imperialismo. En Stuttgart, en Copenhague, en Basilea, los congresos de la Internacional Socialista han señalado el rumbo que debe seguir el proletariado.

Desde el comienzo de la guerra, algunos partidos socialistas y organizaciones sindicales de distintos países que contribuyeron a determinar ese rumbo han soslayado las obligaciones que se derivan de ello. Sus representantes han hecho un llamamiento a la clase trabajadora para que renuncie a su lucha de clases, el único medio posible y eficaz para la emancipación proletaria. Les han concedido créditos a las clases gobernantes para que lleven adelante la guerra; se han puesto a disposición de los Gobiernos para los servicios más diversos; a través de su prensa y de sus mensajeros, han intentado ganarse el favor de los neutrales para que apoyen las políticas gubernamentales de sus países; han entregado a sus Gobiernos ministros socialistas en calidad de rehenes para la preservación de la paz social, y con ello han asumido la responsabilidad de esta guerra, de sus objetivos y sus métodos, ante la clase trabajadora, ante su presente y su futuro. Y al igual que los partidos individuales, también les ha traicionado el más alto organismo de representación designado por los socialistas de todos los países, el Buró de la Internacional Socialista.

Estos hechos son igualmente responsables de que la clase trabajadora internacional, que no sucumbió al pánico nacional del primer periodo de la guerra, o que se liberó de él, todavía no ha encontrado, en el segundo año de la matanza entre los pueblos, una forma de emprender una lucha enérgica a favor de la paz de forma simultánea en todos los países.

En esta insoportable situación, nosotros, los representantes de los partidos socialistas, de los sindicatos, o de sus minorías, nosotros, alemanes, franceses, italianos, rusos, polacos, letones, rumanos, búlgaros, suecos, noruegos, holandeses y suizos, nosotros que no defendemos el terreno de la

solidaridad nacional con la clase explotadora, sino el terreno de la solidaridad internacional del proletariado y de la lucha de clases, nos hemos congregado a fin de reanudar los lazos desgarrados de las relaciones internacionales, y de hacer un llamamiento a la clase trabajadora para que vuelva a ponerse en pie y luche por la paz.

Esta lucha es la lucha por la libertad, por la reconciliación entre los pueblos, por el socialismo. Es necesario emprender esta lucha por la paz, por una paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. No obstante, una paz semejante sólo es posible si se condena cualquier intención de violar los derechos y las libertades de las naciones. Ni la ocupación de países enteros, ni de partes aisladas de algunos países, deben conducir a su anexión violenta. No a la anexión, ya sea manifiesta u oculta, o a la absorción económica forzosa, más insoportable aún si va acompañada de la privación de derechos políticos. El derecho de autodeterminación de los pueblos debe ser el principio indestructible del sistema de relaciones nacionales entre los pueblos.

¡Proletarios!

Desde el estallido de la guerra habéis puesto vuestras energías, vuestro valor y vuestra resistencia al servicio de las clases dirigentes. Ahora debéis levantaros en defensa de vuestra propia causa, de las sagradas aspiraciones del socialismo, de la emancipación de las naciones oprimidas, así como de las clases esclavizadas, por medio de una irreconciliable lucha proletaria de clases.

Es tarea y deber de los socialistas de todos los países beligerantes emprender esa lucha con todas sus fuerzas; es tarea y deber de los socialistas de los países neutrales apoyar a sus hermanos en esa lucha contra la barbarie sangrienta con todos los medios a su alcance. Nunca, en la historia del mundo, ha habido una tarea más urgente, más sublime, cuya realización debería ser nuestra obra en común. Ningún sacrificio es demasiado grande, ninguna carga es demasiado pesada a fin de alcanzar esa meta: la paz entre los pueblos.

¡Trabajadores y trabajadoras! ¡Madres y padres! ¡Viudas y huérfanos! ¡Heridos y mutilados! Hacemos un llamamiento a todos vosotros que padecéis la guerra y por culpa de la guerra; más allá de todas las fronteras, más allá de los hediondos campos de batalla, más allá de las ciudades y pueblos devastados:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

2. En vísperas de una revolución

Este artículo y los tres siguientes, basados en discursos públicos, se escribieron para Novy Mir*, el periódico en lengua rusa, con sede en Nueva York, en marzo de 1917, mientras Trotsky aguardaba impacientemente en Nueva York a que le concedieran pasaportes y visados para regresar a Rusia.*

Las calles de Petrogrado vuelven a hablar el mismo idioma que en 1905. Como en la época de la guerra Ruso-Japonesa, las masas exigen pan, paz y libertad. Igual que en 1905, no circulan los tranvías ni se publican los periódicos. Los obreros dejan escapar el vapor de las calderas, abandonan los bancos de trabajo y salen a la calle. El Gobierno moviliza a sus cosacos. Y como en 1905, únicamente esas dos fuerzas se enfrentan en las calles: los trabajadores revolucionarios y el ejército del zar.

El movimiento fue provocado por la escasez de pan. Esto, por supuesto, no es una causa accidental. En todos los países beligerantes, la falta de pan es el motivo más inmediato, más grave, del descontento y la indignación entre las masas. Toda la locura de la guerra se manifiesta ante ellas desde este punto de vista: es imposible producir lo necesario para vivir porque hay que producir instrumentos para matar.

Sin embargo, los intentos de las semioficiales agencias de noticias anglo-rusas de explicar el movimiento en función de una escasez temporal de alimentos, o de unas tormentas de nieve que han retrasado el transporte son uno de los ejemplos más ridículos de la aplicación de la táctica del avestruz. Los obreros no pararían las fábricas, los tranvías, las imprentas, ni saldrían a la calle para enfrentarse cara a cara con el zarismo por culpa de unas tormentas de nieve que dificultan temporalmente la llegada de alimentos.

La gente tiene mala memoria. Muchos de nuestros militantes han olvidado que la guerra sorprendió a Rusia en un estado de intenso fermento revolucionario. Tras el pesado estupor de 1908-1911, el proletariado fue curando gradualmente sus heridas durante los posteriores años de prosperidad industrial; la matanza de los huelguistas a orillas del río Lena

en abril de 1912 despertó las energías revolucionarias de las masas proletarias. A esto le siguieron una serie de huelgas. En el año anterior a la Guerra Mundial, la oleada de huelgas económicas y políticas se asemejó a la de 1905. Cuando Poincaré, el presidente de la República Francesa, vino a Petersburgo en el verano de 1914 (evidentemente para hablar con el zar acerca de cómo liberar a las naciones pequeñas y débiles), el proletariado ruso estaba en una fase de extraordinaria tensión revolucionaria, y el presidente de la República Francesa pudo ver con sus propios ojos en la capital de su amigo, el zar, cómo se construían las primeras barricadas de la segunda Revolución Rusa.

La guerra frenó la subida de la marea revolucionaria. Hemos asistido a una repetición de lo que ocurrió hace diez años, durante la guerra Ruso-Japonesa. Tras las tormentosas huelgas de 1903, vino un año de silencio político casi ininterrumpido (1904), el primer año de la guerra. A los trabajadores de Petersburgo les llevó doce meses orientarse en la guerra y salir a las calles con sus reivindicaciones y sus protestas. El 9 de enero de 1905 fue, por así decirlo, el comienzo oficial de nuestra primera revolución.

La presente guerra es mucho más extensa que la guerra Ruso-Japonesa. Millones de soldados han sido movilizados por el Gobierno para la «defensa de la patria». De esa forma se han desorganizado las filas del proletariado. Por otra parte, los elementos más avanzados del proletariado tuvieron que afrontar y sopesar en su fuero interno numerosas cuestiones de una magnitud inaudita. ¿Cuál es la causa de la guerra? ¿Debe el proletariado estar de acuerdo con el concepto de «defensa de la patria»? ¿Cuál debería ser la táctica de la clase trabajadora en tiempos de guerra?

Mientras tanto, el zarismo y sus aliados, los sectores más altos de la nobleza y la burguesía, dejaron totalmente de manifiesto durante la guerra su verdadera naturaleza, su naturaleza de saqueadores criminales, cegados por su codicia ilimitada, y paralizados por su falta de talento. El hambre de conquista de la camarilla gobernante crecía en consonancia, a medida que el pueblo empezaba a darse cuenta de su total incapacidad de lidiar con los problemas más elementales de la guerra, de la industria y de los suministros en tiempos de guerra. Simultáneamente, la miseria del pueblo iba en aumento, se hacía más profunda, se agudizaba cada vez más: una consecuencia lógica de la guerra, multiplicada por la anarquía criminal del zarismo de los tiempos de Rasputín.

En las profundidades de las grandes masas, entre personas a las que acaso nunca les había llegado ni una sola palabra de propaganda, se fue acumulando un profundo resentimiento debido a la tensión de los acontecimientos. Mientras tanto, las filas de vanguardia del proletariado estaban terminando de digerir los nuevos acontecimientos. El proletariado socialista de Rusia volvió en sí tras el trauma de la caída en el nacionalismo de la parte más influyente de la Internacional, y decidió que los nuevos tiempos no nos instan a bajar los brazos, sino a incrementar nuestros esfuerzos revolucionarios.

Los acontecimientos que actualmente tienen lugar en Petrogrado y en Moscú son una consecuencia de ese trabajo interno de preparación.

Un Gobierno desorganizado, comprometido e inconexo en lo más alto. Un Ejército totalmente desmoralizado. Descontento, incertidumbre y temor entre las clases propietarias. Y abajo, entre las masas, un profundo resentimiento. Un proletariado numéricamente más fuerte que nunca, endurecido por el ardor de los acontecimientos. Todo ello avala la afirmación de que estamos asistiendo al comienzo de la segunda Revolución Rusa. Ojalá muchos de nosotros seamos sus participantes.

3. Dos rostros: fuerzas internas de la Revolución Rusa

Examinemos con más detalle lo que está ocurriendo.

Nicolás ha sido destronado y, según algunas informaciones, está detenido. Los líderes más conspicuos de las Centenas Negras han sido arrestados. Algunos de los más odiados han sido ejecutados. Se ha nombrado un nuevo gabinete, formado por octubristas[1], liberales y por el radical Kerensky. Se ha proclamado una amnistía general.

Todas esas noticias son hechos, hechos importantísimos. Se trata de unos hechos que sorprenden sobre todo al mundo exterior. Los cambios en el máximo nivel de Gobierno le brindan la ocasión a la burguesía de Europa y de Estados Unidos para decir que la revolución ha triunfado y que ya ha concluido.

El zar y sus Centenas Negras lucharon para defender su poder, tan sólo por eso. La guerra, los planes imperialistas de la burguesía rusa, los intereses de los Aliados eran de una importancia menor para el zar y su

camarilla. Estaban dispuestos a firmar la paz en cualquier momento con los Hohenzollern y los Habsburgo, a fin de liberar su regimiento más leal y poder hacer la guerra a su propio pueblo.

El bloque progresista de la Duma desconfiaba del zar y de sus ministros. Dicho bloque estaba formado por distintos partidos de la burguesía rusa. El bloque tenía dos objetivos: uno, llevar adelante la guerra hasta un final victorioso; otro, garantizar las reformas internas —más orden, más control, más rendición de cuentas—. Es necesaria una victoria para que la burguesía rusa conquiste mercados, para que incremente sus territorios, para que se enriquezca. Las reformas son necesarias principalmente para permitir que la burguesía rusa gane la guerra.

El bloque progresista imperialista quería reformas *pacíficas.* Los liberales pretendían que la Duma ejerciera presión sobre la monarquía, y la mantuviera a raya con la ayuda de los Gobiernos del Reino Unido y de Francia. No querían una revolución. Sabían que una revolución, que pondría a las masas en primera línea, sería una amenaza para su dominio y, sobre todo, una amenaza para sus planes imperialistas. Las masas trabajadoras, en las ciudades y en los pueblos, e incluso en el propio Ejército, quieren la paz. Los liberales lo saben. Por esa razón han sido enemigos de la revolución durante todos estos años. Hace unos meses, Miliukov declaró en la Duma: «Si fuera necesaria una revolución para la victoria, yo preferiría que no hubiera ninguna victoria en absoluto».

Sin embargo, ahora los liberales están en el poder, gracias a la revolución. Los periodistas burgueses no ven nada más que este hecho. Miliukov, ya en calidad de ministro de Asuntos Exteriores, ha declarado que la revolución se ha hecho en nombre de una victoria sobre el enemigo, y que el nuevo Gobierno ha asumido la tarea de llevar adelante la guerra hasta un final victorioso. La Bolsa de Nueva York interpretó la revolución en este sentido específico. Hay personas inteligentes tanto en la Bolsa como entre los periodistas burgueses. Sin embargo, todos ellos son asombrosamente estúpidos a la hora de analizar los movimientos de masas. Creen que Miliukov dirige la revolución, en el mismo sentido que ellos dirigen sus bancos o sus agencias de noticias. Únicamente ven el reflejo liberal que están teniendo en el Gobierno los actuales acontecimientos, sólo perciben la espuma sobre la superficie del torrente de la historia.

El largo y contenido descontento de las masas ha estallado tan tarde, durante el trigésimo segundo mes de la guerra, no porque las barreras policiales pudieran contener a las masas —esas barreras habían quedado hechas añicos durante la guerra— sino porque todas las instituciones y los organismos liberales, junto con sus sombras social-patrióticas, ejercían una enorme influencia en los elementos menos ilustrados de los trabajadores, y les instaban a mantener el orden y la disciplina en nombre del «patriotismo». Las mujeres hambrientas ya estaban saliendo a la calle, y los trabajadores se estaban preparando para apoyarlas con una huelga general, mientras que la burguesía liberal, según algunas informaciones de prensa, seguía emitiendo proclamas y pronunciando discursos para frenar el movimiento, a semejanza de aquella famosa heroína de Dickens que intentaba frenar la marea del océano con una escoba.

No obstante, el movimiento siguió su curso, desde abajo, desde el sector de los trabajadores. Tras horas y días de incertidumbre, de tiroteos, de escaramuzas, el Ejército se unió a la revolución, desde abajo, desde lo mejor de la masa de los soldados. El antiguo Gobierno era impotente, estaba paralizado, anulado. El zar huyó de la capital y se trasladó «al frente». Los burócratas de las Centenas Negras se retiraron, como cucarachas, cada uno a su rincón.

Entonces, y sólo entonces, llegó el momento de que actuara la Duma. El zar había intentado disolverla en el último momento. Y la Duma habría obedecido, «siguiendo el ejemplo de años anteriores», si hubiera tenido la facultad de interrumpir las sesiones. No obstante, las capitales ya estaban dominadas por el pueblo revolucionario, el mismo pueblo que había salido a las calles a pesar de los deseos de la burguesía liberal. El Ejército estaba con el pueblo. Si la burguesía no hubiera intentado organizar su propio Gobierno, habría surgido un Gobierno revolucionario de las masas trabajadoras revolucionarias. La Duma del 3 de junio nunca se habría atrevido a tomar el poder de manos del zarismo. Pero no quiso dejar pasar la oportunidad que le ofrecía el interregno: la monarquía había desaparecido, mientras que todavía no se había formado un Gobierno revolucionario. En contra de su propio papel, en contra de sus propias políticas, y contra su voluntad, los liberales se vieron en posesión del poder.

Ahora Miliukov declara que Rusia seguirá adelante con la guerra «hasta el final». No le resulta fácil hablar así: sabe que sus palabras pueden

suscitar la indignación de las masas contra el nuevo Gobierno. Sin embargo, tenía que pronunciarlas por el bien de las Bolsas de Londres, París y Estados Unidos. Es bastante posible que cablegrafiara su declaración únicamente para su consumo en el extranjero, y que se la ocultara a su propio país.

Miliukov sabe muy bien que *bajo las actuales circunstancias, no puede seguir adelante con la guerra, aplastar a Alemania, desmembrar Austria, ocupar Constantinopla y Polonia.*

Las masas se han sublevado, exigiendo pan y paz. La aparición de un puñado de liberales al mando del nuevo Gobierno no ha dado de comer a los hambrientos, ni ha curado las heridas del pueblo. Para satisfacer las necesidades más urgentes, más graves del pueblo, es necesario restablecer la *paz*. El bloque imperialista liberal no se atreve a hablar de paz. No lo hace, en primer lugar, debido a los Aliados. No lo hace, por añadidura, porque la burguesía liberal es en gran medida responsable ante el pueblo de la guerra actual. Los Miliukovs y los Guchkovs, exactamente igual que la camarilla de los Romanov, han arrastrado al país a esta monstruosa aventura imperialista. Parar la guerra, volver a la miseria anterior a la guerra, significaría que tendrían que rendir cuentas de esa iniciativa ante el pueblo. Los Miliukovs y los Guchkovs tienen casi tanto miedo a la liquidación de la guerra como el miedo que tenían a la revolución.

Ése es su aspecto en su nueva función como Gobierno de Rusia. Se ven obligados a continuar la guerra, y no tienen la mínima esperanza de una victoria; tienen miedo del pueblo, y el pueblo no confía en ellos.

Así es como Karl Marx caracterizaba una situación similar:

> Está dispuesta desde el principio a traicionar al pueblo y a llegar a un compromiso con los representantes coronados del antiguo régimen, porque la propia burguesía pertenece al viejo mundo; […] se guardaban un asiento en el timón de la revolución no porque el pueblo estuviera tras ellos, sino porque el pueblo les empujaba hacia adelante; […] carecen de fe en sí mismos y de fe en el pueblo; refunfuñan contra los de arriba, tiemblan ante los de abajo; son egoístas en ambos frentes, y son conscientes de su egoísmo; son revolucionarios a los ojos de los conservadores, y conservadores a los ojos de los revolucionarios, carecen de confianza en sus propios eslóganes y proclaman frases en vez de ideas; se asustan de la tormenta del mundo y se aprovechan de la tormenta del mundo; son vulgares por su falta de originalidad, y originales únicamente en la vulgaridad; hacen negocios rentables a partir de sus propios deseos, pero carecen de iniciativa y de vocación para una tarea histórica de ámbito mundial […] una criatura senil y maldita, condenada a dirigir y a maltratar, en su propio interés senil, a los primeros movimientos juveniles de un pueblo poderoso; una criatura sin

ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada de nada: así es como la burguesía prusiana empuñaba el timón del Estado prusiano tras la revolución de marzo.

Estas palabras del gran maestro dan una imagen perfecta de la burguesía liberal rusa mientras empuña el timón del Gobierno tras *nuestra* revolución de marzo. «Carecen de fe en sí mismos, no tienen fe en el pueblo, sin ojos, sin dientes»… Ése es su rostro político.

Afortunadamente para Rusia y para Europa, la Revolución Rusa tiene otro rostro, un semblante genuino: los cablegramas traen la noticia de que un Comité de Trabajadores se ha enfrentado al Gobierno Provisional, y dicho comité ya ha alzado su voz de protesta contra el intento por parte de los liberales de apoderarse de la revolución y de entregarle el pueblo a la monarquía.

Si la Revolución Rusa se detuviera hoy, como propugnan los representantes del liberalismo, mañana la reacción del zar, de la nobleza y de la burocracia ganaría fuerza y expulsaría a Miliukov y a Guchkov de sus inseguras trincheras ministeriales, igual que lo hizo hace años la reacción prusiana con los representantes del liberalismo prusiano. Pero la Revolución Rusa no se detendrá. Llegará el momento, y la revolución borrará de un plumazo a los liberales burgueses que le cortan el paso, igual que ahora mismo está borrando de un plumazo a los reaccionarios zaristas.

4. El creciente conflicto

Un conflicto abierto entre las fuerzas de la revolución, encabezadas por el proletariado de las ciudades, y la burguesía liberal antirrevolucionaria que temporalmente encabeza el Gobierno es cada día más inminente. No se puede evitar. Por supuesto, la burguesía liberal y los pseudosocialistas del tipo vulgar encontrarán toda una colección de eslóganes muy conmovedores sobre la «unidad nacional» en contra de las divisiones de clase; sin embargo, nunca nadie ha logrado eliminar las diferencias sociales pronunciando palabras mágicas, ni tampoco frenar el avance natural de la lucha revolucionaria.

Sólo tenemos noticias fragmentadas de la historia interna de los acontecimientos que se están produciendo, a través de comentarios

informales en los telegramas oficiales. Pero incluso ahora salta a la vista que hay dos cuestiones sobre las que el proletariado revolucionario está abocado a enfrentarse a la burguesía liberal con una determinación cada vez mayor.

El primer conflicto ya ha surgido en torno a la cuestión de la forma de gobierno. La burguesía rusa necesita una monarquía. En todos los países que llevan adelante una política imperialista, observamos un insólito aumento del poder personal. Las políticas de usurpaciones mundiales, de tratados secretos y de abierta traición exigen la independencia del control parlamentario y una garantía contra los cambios de política derivados de los cambios de gobierno. Por añadidura, para las clases propietarias, la monarquía es el aliado más seguro en su lucha contra la ofensiva revolucionaria del proletariado.

En Rusia estas dos causas son más eficaces que en otros lugares. A la burguesía rusa le resulta imposible negarle al pueblo el sufragio universal, porque es muy consciente de que ello avivaría la oposición contra el Gobierno Provisional entre las masas, y daría mayor predominio a la izquierda, el ala más decidida del proletariado en la revolución. Incluso ese monarca en la reserva, Miguel Alexandrovich, comprende que no puede llegar al trono sin haber prometido el «sufragio universal, igual, directo y secreto». Es de la máxima importancia para la burguesía crear ahora mismo un contrapeso monárquico contra las reivindicaciones revolucionarias más profundas de las masas trabajadoras. *Formalmente,* con palabras, la burguesía ha aceptado dejar la cuestión de la forma de gobierno a la discreción de la Asamblea Constituyente. Sin embargo, en la práctica el Gobierno Provisional de octubristas y cadetes[2] convertirá todo el trabajo de preparación para la Asamblea Constituyente en una campaña a favor de una monarquía y en contra de una república. El carácter de la Asamblea Constituyente dependerá en gran medida del carácter de quienes la convoquen. Por consiguiente, es evidente que ahora mismo el proletariado revolucionario tendrá que *establecer sus propios órganos, los Consejos de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, en contra de los órganos ejecutivos del Gobierno Provisional.* En esta lucha, el proletariado debería unir a su alrededor las masas del pueblo que se están sublevando, con un objetivo a la vista: *tomar el poder gubernamental.* Tan sólo un Gobierno revolucionario de los trabajadores tendrá el deseo y la capacidad de darle al

país una exhaustiva limpieza democrática durante el trabajo de preparación de la Asamblea Constituyente, de reconstruir el Ejército de arriba abajo, de convertirlo en una *milicia revolucionaria,* y de demostrarles en la práctica a los campesinos pobres que su única salvación es apoyar un régimen revolucionario de los trabajadores. Una Asamblea Constituyente convocada después de un trabajo preparatorio semejante reflejará fielmente las fuerzas revolucionarias y creativas del país, y se convertirá en un poderoso factor en el ulterior desarrollo de la revolución.

La segunda cuestión que irremediablemente va a enfrentar al proletariado socialista de tendencia internacionalista con la burguesía liberal imperialista es *la cuestión de la guerra y la paz.*

5. ¿Guerra o paz?

La cuestión de máximo interés, ahora, para los Gobiernos y los pueblos del mundo es: ¿cuál será la influencia de la Revolución Rusa en la guerra? ¿Acercará la paz? ¿O acaso el entusiasmo revolucionario del pueblo se inclinará por una continuación más enérgica de la guerra?

Se trata de una cuestión muy importante. De su solución depende no sólo el desenlace de la guerra, sino el destino de la propia revolución.

En 1905, Miliukov, el actual y combativo ministro de Asuntos Exteriores, calificó de aventura la guerra Ruso-Japonesa y exigió su cese inmediato. Ése era también el espíritu de la prensa liberal y radical. Las organizaciones industriales de mayor peso también eran partidarias de una paz inmediata a pesar de los desastres sin precedentes. ¿Por qué lo hacían? Porque esperaban reformas internas. El establecimiento de un sistema constitucional, el control parlamentario sobre el presupuesto y las finanzas del Estado, un mejor sistema educativo y, sobre todo, un aumento en las posesiones de tierras por parte de los campesinos incrementarían, o así lo esperaban dichas organizaciones, la prosperidad de la población y crearían un *amplio mercado interno* para la industria rusa. Es cierto que incluso entonces, hace doce años, la burguesía rusa estaba dispuesta a usurpar tierras que pertenecían a otros. No obstante, la burguesía esperaba que la abolición de las relaciones feudales en el campo creara un mercado más dinámico que la anexión de Manchuria o de Corea.

Sin embargo, la democratización del país y la liberación de los campesinos resultó ser un proceso lento. Ni el zar, ni la nobleza, ni la burocracia estaban dispuestos a ceder ninguna de sus prerrogativas. Las exhortaciones liberales no eran suficientes para lograr que renunciaran a la maquinaria del Estado y sus posesiones de tierras. Era necesaria una ofensiva revolucionaria de las masas. Eso era algo que la burguesía no quería. Las sublevaciones agrarias de los campesinos, la lucha siempre creciente del proletariado y la propagación de las insurrecciones en el Ejército provocaron que la burguesía liberal se replegara al bando de la burocracia zarista y de la nobleza reaccionaria. Su alianza quedó sellada con el golpe de Estado del 3 de junio de 1907. De aquel golpe de Estado surgieron la Tercera y la Cuarta Duma.

Los campesinos no recibieron tierras. El sistema administrativo únicamente cambió de nombre, pero no de sustancia. El desarrollo de un mercado interno, formado por granjeros prósperos, a la manera estadounidense, no se produjo. Las clases capitalistas, reconciliadas con el régimen del 3 de junio, dirigieron su atención a la usurpación de los mercados extranjeros. A continuación tiene lugar una nueva era de imperialismo ruso, un imperialismo acompañado de un caótico sistema financiero y militar, y de una codicia insaciable. Guchkov, el actual ministro de la Guerra, fue anteriormente miembro del Comité para la Defensa Nacional, que ayudaba a lograr un Ejército y una Armada más completos. Miliukov, el actual ministro de Asuntos Exteriores, elaboró un programa de conquistas mundiales que propugnaba durante sus viajes a Europa. Al imperialismo ruso y a sus representantes octubristas y cadetes cabe achacarles una gran parte de la responsabilidad de la guerra en curso.

Por la gracia de la revolución, que ellos no habían querido, y contra la que lucharon, Guchkov y Miliukov están ahora en el poder. ¿Para la continuación de la guerra, para la victoria? ¡Por supuesto! Son las mismas personas que arrastraron al país a la guerra en aras de los intereses del capital. Toda su oposición al zarismo tenía su origen en su insatisfecha codicia imperialista. Mientras la camarilla de Nicolás II se mantuviera en el poder, los intereses de la dinastía y de la nobleza reaccionaria predominarían en los asuntos exteriores de Rusia. Por ese motivo Berlín y Viena esperaban sellar una paz por separado con Rusia. Actualmente, los intereses puramente imperialistas han desbancado a los intereses zaristas; el

puro imperialismo aparece escrito en el estandarte del Gobierno Provisional. «El gobierno del zar es cosa del pasado», le dicen al pueblo los Miliukovs y los Guchkovs, «ahora debéis derramar vuestra sangre por el interés común de la nación en su conjunto». Esos intereses son, a juicio de los imperialistas, la reincorporación de Polonia, la conquista de Galitzia, Constantinopla, Armenia, Persia.

Esta transición desde el imperialismo de la dinastía y la nobleza a un imperialismo de carácter puramente burgués nunca podrá reconciliar al proletariado con la guerra. Ahora, más que nunca, nuestra tarea es una lucha internacional contra la matanza mundial y contra el imperialismo. Los últimos despachos que hablan de la presencia de propaganda antimilitarista en las calles de Petrogrado demuestran que nuestros camaradas están cumpliendo valientemente con su deber.

Las fanfarronadas imperialistas de Miliukov sobre aplastar a Alemania, Austria y Turquía son la ayuda más eficaz y más oportuna a los Hohenzollern y a los Habsburgo… Ahora Miliukov les servirá de espantajo. El Gobierno liberal imperialista de Rusia aún no ha empezado las reformas en su propio Ejército, y sin embargo ya está ayudando a que los Hohenzollern eleven la moral patriótica y recompongan la maltrecha «unidad nacional» del pueblo alemán. Si al proletariado alemán se le dieran motivos para pensar que todo el pueblo ruso y la fuerza principal de la Revolución Rusa, el proletariado, respaldan al Gobierno burgués de Rusia, sería un golpe terrible para los hombres que comparten nuestra forma de pensar, para los socialistas revolucionarios de Alemania. Convertir al proletariado ruso en carne de cañón patriótica al servicio de la burguesía liberal rusa significaría *arrojar a las masas trabajadoras alemanas al bando de los chovinistas y detener durante mucho tiempo el avance de una revolución en Alemania.*

El principal deber del proletariado revolucionario en Rusia es mostrar que no hay *ninguna fuerza* detrás de la maligna voluntad imperialista de la burguesía liberal. La Revolución Rusa debe mostrar su verdadero rostro al mundo entero.

El ulterior avance de la lucha revolucionaria en Rusia, y la creación de un Gobierno revolucionario de los trabajadores apoyado por el pueblo será un golpe mortal para los Hohenzollern, porque supondrá un poderoso estímulo para el movimiento revolucionario del proletariado alemán y de

las masas trabajadoras de todos los demás países. Si la primera Revolución Rusa de 1905 trajo consigo revoluciones en Asia —en Persia, en Turquía, en China— la segunda Revolución Rusa será el comienzo de una poderosa lucha social y revolucionaria en Europa. Tan sólo esa lucha traerá la paz verdadera a este mundo empapado de sangre.

No, el proletariado ruso no permitirá que lo enganchen al carro del imperialismo de Miliukov. Ahora, más que nunca, el estandarte de la socialdemocracia rusa resplandece con brillantes consignas de un inflexible internacionalismo:

¡Abajo los ladrones imperialistas!
¡Larga vida al Gobierno revolucionario
de los trabajadores!
¡Larga vida a la paz y la fraternidad entre
las naciones!

6. Todo el poder a los Sóviets

Al llegar a Petrogrado, Trotsky pronunció un importante discurso el 5 de mayo ante el Sóviet de Petrogrado, en el que se alineaba con el ala izquierda. Probablemente esto sea un resumen y no el texto exacto.

La noticia de la Revolución Rusa nos sorprendió en Nueva York, pero incluso en aquel gran país, donde la burguesía domina como en ninguna otra parte, la Revolución Rusa ha hecho su trabajo. El trabajador estadounidense ha sido objeto de algunos comentarios desfavorables. Se dice de él que no apoya la revolución. Pero si hubierais visto al trabajador estadounidense en febrero, habríais estado doblemente orgullosos de vuestra revolución. Habríais comprendido que ha conmocionado no sólo a Rusia, no sólo a Europa, sino a América. Os habría quedado claro, como me quedó a mí, que la revolución ha inaugurado una nueva época, una época de sangre y hierro, no en una guerra entre naciones, sino en una guerra de las clases oprimidas contra las clases opresoras. *[Acalorados aplausos]*. En todas las asambleas, los trabajadores me pedían que os transmitiera sus más afectuosos saludos. *[Aplausos]*. Pero tengo que deciros una cosa sobre los

alemanes. Tuve la oportunidad de entrar en estrecho contacto con un grupo de proletarios alemanes. ¿Queréis saber dónde? En un campo de prisioneros de guerra. El Gobierno burgués inglés nos detuvo como enemigos y nos llevó a un campo de prisioneros de guerra en Canadá. *[Gritos: «¡Es una vergüenza!»]*. Allí había aproximadamente cien oficiales alemanes y ochocientos marineros. Me preguntaron cómo era posible que nosotros, ciudadanos rusos, hubiéramos sido encarcelados por los ingleses. Cuando les expliqué que estábamos prisioneros no por ser rusos, sino porque éramos socialistas, ellos dijeron que eran esclavos de su Gobierno, de su Guillermo. Llegamos a tener mucha intimidad con los proletarios alemanes…

Aquella charla no les gustó a los oficiales alemanes y presentaron una queja al comandante inglés, diciendo que estábamos socavando la lealtad de los marineros al káiser. El capitán inglés, deseoso de preservar la lealtad de los marineros al káiser, me prohibió que les sermoneara. Los marineros protestaron ante el comandante. Cuando nos marchamos de allí, los marineros nos acompañaron con música, y gritaban «¡Abajo Guillermo! ¡Abajo la burguesía! ¡Viva el proletariado internacional unido!». *[Gran ovación]*. Lo que pasaba por la mente de los marineros alemanes está pasando en todos los países. La Revolución Rusa es el prólogo de la revolución mundial.

Pero no puedo ocultaros que no estoy de acuerdo en todo. Me parece peligroso que entremos en el Gabinete. No creo que el Gabinete pueda obrar milagros. Antes teníamos un Gobierno dual, debido a los puntos de vista antagónicos de dos clases sociales. El Gobierno de coalición no eliminará el antagonismo, sino que simplemente lo trasladará al Gabinete. Pero la revolución no perecerá a causa del gobierno de coalición. No obstante, debemos tener presentes tres preceptos: 1. No fiarnos de la burguesía. 2. Controlar a nuestros propios líderes. 3. Tener confianza en nuestra propia fuerza revolucionaria.

¿Qué aconsejamos? Yo creo que el siguiente paso debería ser la entrega de todo el poder al Sóviet de Diputados Obreros y Soldados. Rusia únicamente podrá salvarse si la autoridad está en manos de uno solo. Larga vida a la Revolución Rusa como prólogo de la revolución mundial. *[Aplausos]*.

7. En respuesta a un rumor

Mientras los bolcheviques se preparaban para arrebatarle el poder al Gobierno Provisional, Trotsky pronunció este discurso (en este caso recogido por un periódico) el 18 de octubre.

Durante los últimos días la prensa está plagada de comunicados, rumores y artículos sobre una «acción» inminente; a veces se atribuye dicha acción a los bolcheviques y a veces, al Sóviet de Petrogrado.

Las decisiones del Sóviet de Petrogrado se publican y se comunican a todo el mundo. El Sóviet es una institución electiva; cada uno de sus miembros es responsable ante los trabajadores o los soldados que lo eligieron. Este parlamento revolucionario del proletariado y de la guarnición revolucionaria no puede tomar una decisión que desconozcan los obreros y los soldados.

Nosotros no ocultamos nada. Yo declaro en nombre del Sóviet que por nuestra parte no hemos decidido ningún tipo de acción armada, pero si, durante el transcurso de los acontecimientos, el Sóviet se viera obligado a fijar una fecha para una acción, los trabajadores y los soldados acudirían a su llamamiento hasta el último hombre.

La prensa burguesa ha fijado la fecha de la acción para el 22 de octubre. Todos los periódicos han repetido esa «sutil» profecía. Pero el Comité Ejecutivo ha establecido unánimemente el 22 de octubre como un día para la agitación, para la propaganda, para convocar a las masas bajo el estandarte del Sóviet y como día de colecta a beneficio del Sóviet.

Por añadidura, se dice que yo he firmado un encargo de cinco mil fusiles de la fábrica de Sestroretsk. Sí, lo he firmado, en virtud de la decisión ya tomada con anterioridad en los días de Kornilov en lo referente a armar a las milicias de los trabajadores. Y el Sóviet de Petrogrado seguirá organizando y armando a la guardia de los trabajadores.

Pero todas esas noticias, todos esos «hechos» se quedan pequeños para el periódico *Den [El Día]*.

El camarada Trotsky lee en la edición de ayer de *Den* el «plan» de acción de los bolcheviques. Ese plan esboza el camino que deben seguir los «ejércitos» bolcheviques durante la noche siguiente e indica los lugares que

hay que ocupar. El artículo tampoco olvidaba señalar que los insurgentes tenían que traer consigo «elementos vandálicos» de la estación de Novaya Derevnya. *[Risas en la sala durante la lectura]*.

¡Os pido que escuchéis atentamente para que cada ejército sepa la ruta que debe seguir! *[Risas]*.

Camaradas: este artículo no necesita ningún comentario, al igual que el periódico que lo ha publicado tampoco necesita calificativos.

El plan de la campaña está claro.

Estamos en conflicto con el Gobierno por una cuestión que puede llegar a ser sumamente espinosa. Es por la cuestión de la evacuación de las tropas. La prensa burguesa quiere crear en torno a los trabajadores de Petrogrado una atmósfera de hostilidad y desconfianza, y provocar el odio hacia Petrogrado entre los soldados del frente.

Otra cuestión espinosa es la del Congreso de los Sóviets. Los círculos gubernamentales conocen nuestras ideas sobre el papel fundamental del Congreso de los Sóviets. La burguesía está al tanto de que el Sóviet de Petrogrado va a proponer al Congreso de los Sóviets que tome el poder, que ofrezca una paz democrática a los pueblos beligerantes y que dé tierra a los campesinos. De modo que están intentando desarmar a Petrogrado a base de evacuar su guarnición; y aunque el Congreso se está armando, ellos arman a quienes les obedecen a fin de poder lanzar todas sus fuerzas contra los representantes de los obreros, los soldados y los campesinos, y disolverlos.

Igual que un fuego de artillería de contención precede al ataque de un ejército, la actual campaña de mentiras y calumnias precede a un ataque armado contra el Congreso de los Sóviets.

Debemos estar preparados. Estamos a punto de entrar en un periodo de amargas contiendas. Siempre debemos esperar un ataque por parte de la contrarrevolución.

Pero al primer intento de disolver el Congreso de los Sóviets, al primer intento de ataque, responderemos con un contraataque que será implacable, y que llevaremos hasta sus últimas consecuencias.

8. Tres resoluciones

A medida que se aproximaba la revolución bolchevique, Trotsky redactó estas Tres resoluciones *en nombre de los comités militares de la guarnición de Petrogrado. Van seguidas del llamamiento de Trotsky a las tropas cosacas para que no celebren una manifestación que, según decían los rumores, iba a ser un desafío a la Jornada del Sóviet de Petrogrado, el 22 de octubre.*

1. SOBRE EL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO

Al mismo tiempo que celebra el establecimiento de un Comité Militar Revolucionario, agregado al Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, la guarnición de Petrogrado y alrededores promete al Comité Militar Revolucionario su pleno apoyo en todos los pasos que dé para vincular estrechamente la vanguardia y la retaguardia en interés de la revolución.

2. JORNADA DEL 22 DE OCTUBRE

La guarnición de Petrogrado y alrededores declara:

El 22 de octubre debe ser una jornada dedicada a pasar revista pacíficamente a las fuerzas de los soldados y trabajadores de Petrogrado, y a recaudar fondos para la prensa revolucionaria.

La guarnición hace un llamamiento a los cosacos: CUIDADO CON LAS PROVOCACIONES POR PARTE DE NUESTROS ENEMIGOS COMUNES. Somos vuestros hermanos. Luchemos juntos a favor de la paz y la libertad.

Os invitamos a nuestras asambleas de mañana. ¡Sois bienvenidos, hermanos cosacos!

La guarnición de Petrogrado declara asimismo:

La guarnición en su conjunto, junto con el proletariado organizado, asume el mantenimiento del orden revolucionario en Petrogrado. Cualquier acto de provocación por parte de los kornilovistas y de la burguesía a fin de que cundan los disturbios y el desorden en las filas de los revolucionarios será objeto de UN CONTRAGOLPE IMPLACABLE.

3. CONGRESO DE LOS SÓVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE TODAS LAS RUSIAS

Al mismo tiempo que suscribe las decisiones políticas del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, la guarnición de Petrogrado declara:

SE HA AGOTADO EL TIEMPO DE LAS PALABRAS. El país está al borde de la ruina. El Ejército exige paz, los campesinos exigen tierras, los obreros exigen trabajo y comida. El Gobierno de coalición está en contra del pueblo. Es un instrumento en manos de los enemigos del pueblo. Se ha agotado el tiempo de las palabras. El Congreso de Sóviets de Todas las Rusias debe tomar el poder y darle al pueblo paz, tierra y comida. La seguridad de la revolución y del pueblo así lo exige.

¡TODO EL PODER A LOS SÓVIETS!

¡ARMISTICIO INMEDIATO EN TODOS LOS FRENTES!

¡TIERRAS PARA LOS CAMPESINOS!

¡CONVOCATORIA DE BUENA FE DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE EN LA FECHA ESTABLECIDA!

La guarnición de Petrogrado promete solemnemente al Congreso de Todas las Rusias que pondrá todas las fuerzas que pueda, hasta el último hombre, en la lucha por estas reivindicaciones.

Confiad en nosotros, representantes autorizados de los soldados, los obreros y los campesinos. Todos estamos en nuestros puestos, ¡DISPUESTOS A VENCER O MORIR!

9. ¡Hermanos cosacos!

¡Hermanos cosacos!

El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado os hace un llamamiento.

Cosacos, os están predisponiendo contra nosotros, trabajadores y soldados. Quienes están llevando a cabo esa tarea cainita son nuestros enemigos comunes: los opresores de la corte, los banqueros, los

terratenientes, los altos funcionarios, los antiguos lacayos del zarismo. Ellos siempre han sido fuertes y poderosos a base de dividir al pueblo. Han envenenado la mente de los soldados en contra de los obreros y los campesinos. Han enemistado a los cosacos con los soldados. ¿Por qué medios lo logran? Mediante las mentiras y la difamación. Los cosacos, los soldados, los marineros, los obreros y los campesinos son hermanos. Todos ellos se esfuerzan, son todos pobres, todos ellos trabajan duramente, todos ellos se han visto oprimidos y desposeídos por la guerra.

¿A quién beneficia la guerra? ¿Quién la empezó? No fueron ni los cosacos, ni los soldados, ni los obreros, ni los campesinos. Quienes necesitan la guerra son los generales, los banqueros, los zares y los terratenientes. Ellos incrementan su poder, su fuerza y su riqueza mediante la guerra. Convierten la sangre del pueblo en oro para sus amos.

El pueblo quiere la paz. En todos los países, los soldados y los trabajadores están sedientos de paz. El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado le dice a la burguesía y a los generales: «¡Apartaos, tiranos! ¡Dejad que el poder pase a manos del pueblo mismo, y entonces el pueblo sellará inmediatamente una paz honrosa!».

¿Acaso no es verdad, hermanos cosacos? No dudamos de que vosotros diréis: «¡Es verdad!». Pero ésa es la razón de que nos odien todos los usureros, los ricos, los príncipes, los cortesanos y los generales, incluidos vuestros generales cosacos. Están dispuestos a aniquilar en cualquier momento al Sóviet de Petrogrado, a aplastar la revolución y a volver a ponerle los grilletes al pueblo, igual que en tiempos del zar.

Por eso os están contando calumnias sobre nosotros. Os están engañando. Dicen que los Sóviets os quieren arrebatar vuestras tierras. ¡No les creáis, cosacos! El Sóviet quiere arrebatarle la tierra a todos los terratenientes y entregársela a los campesinos, a los agricultores, y también a los cosacos pobres. ¿De quién es la mano que se alza para arrebatarle la tierra a los trabajadores cosacos?

Os dicen que el Sóviet tiene la intención de llevar a cabo algún tipo de insurrección el 22 de octubre, para luchar contra vosotros, para pegar tiros por las calles, para matar. Quienes os han dicho eso son unos canallas y unos provocadores. ¡Decídselo! El 22 de octubre el Sóviet ha organizado reuniones pacíficas, asambleas y conciertos, donde los obreros y los soldados, los marineros y los campesinos escucharán y comentarán

discursos sobre la guerra y la paz, sobre el futuro del pueblo. Os invitamos a vosotros también a asistir a esas reuniones pacíficas y fraternales. ¡Sois bienvenidos, hermanos cosacos!

Si cualquiera de vosotros duda de lo anterior, que venga a vernos a Smolny, donde se encuentra el Sóviet. Allí hay muchos soldados y también cosacos. Ellos explicarán a los que duden lo que pretende hacer el Sóviet, cuáles son sus objetivos y sus métodos. Para eso derrocó el pueblo al zar, para discutir libremente sus necesidades y hacerse cargo él mismo de sus propios asuntos. Cosacos, apartad el velo que los Kaledines, los Bardizhes, los Karaulovs y otros enemigos de los trabajadores cosacos intentan poneros delante de los ojos.

Alguien ha organizado una procesión religiosa de los cosacos para el 22 de octubre. Participar o no en dicha procesión es cuestión de la libre conciencia de cada cosaco. Nosotros no interferiremos en esta cuestión, ni causaremos problemas a nadie.

Sin embargo, os advertimos, cosacos: tened cuidado por si, bajo el disfraz de una procesión religiosa, vuestros Kaledines intentan incitaros en contra de los trabajadores y los soldados. Su objetivo es provocar un baño de sangre y ahogaros a vosotros y a vuestra libertad en la sangre de vuestros hermanos.

No lo dudéis: el 22 de octubre es la Jornada del Sóviet de Petrogrado, una jornada de reuniones y asambleas pacíficas, de recaudación de fondos para los periódicos de los soldados y los trabajadores. Uníos a nosotros, cosacos: uníos a la familia común del pueblo trabajador, en pro de la lucha común por la libertad y la felicidad.

¡Os tendemos nuestra mano fraternal, cosacos!

El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado

En el poder

10. El derrocamiento del Gobierno Provisional

Trotsky anuncia la caída del Gobierno al Sóviet de Petrogrado la tarde del 25 de octubre.

En nombre del Comité Militar Revolucionario, declaro que el Gobierno Provisional ha dejado de existir. *[Aplausos]*. Algunos ministros han sido detenidos. *[Gritos de «¡Hurra!»]*. Los demás serán detenidos dentro de pocos días o de pocas horas. *[Aplausos]*.

La guarnición revolucionaria, que está a disposición del Comité Militar Revolucionario, ha disuelto la reunión del pre-Parlamento. *[Clamorosa ovación. Gritos de «¡Viva el Comité Militar Revolucionario!»]*.

Nos decían que una insurrección de la guarnición en el momento actual provocaría un pogromo y que ahogaría la revolución en ríos de sangre. Hasta ahora no ha corrido la sangre. No tenemos noticias de ninguna víctima mortal. No conozco ningún otro ejemplo en la historia de un movimiento revolucionario que afecte a unas masas tan gigantescas y que se haya llevado a cabo sin derramamiento de sangre.

La autoridad del Gobierno Provisional, presidido por Kerensky, era un cadáver, y tan sólo estaba esperando a ser barrido por la escoba de la historia.

Debemos subrayar el heroísmo y el autosacrificio de los soldados y los trabajadores de Petrogrado. Aquí hemos estado despiertos toda la noche, y hemos seguido por teléfono cómo iban cumpliendo discretamente su misión los destacamentos de las guardias de soldados y trabajadores revolucionarios. El pueblo llano dormía tranquilamente y no sabía que justo en estos momentos una autoridad relevaba a otra.

Se han ocupado las estaciones de ferrocarril, las oficinas de correos, los puestos de telégrafos, el Organismo de Teléfonos de Petrogrado, el Banco Estatal. *[Clamoroso aplauso]*.

Todavía no se ha tomado el Palacio de Invierno, pero su destino quedará decidido a lo largo de los próximos minutos. *[Aplausos]*.

El Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado tiene todo el derecho de sentirse orgulloso de los soldados y los trabajadores en los que confió, a los que condujo a la batalla y a una gloriosa victoria.

El rasgo característico de los Gobiernos burgueses y pequeñoburgueses es engañar a las masas.

Nosotros, hoy, nosotros, el Sóviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos, vamos a emprender un experimento sin precedentes en la historia, el establecimiento de un Gobierno que no tendrá otro objetivo que la satisfacción de las necesidades de los soldados, los obreros y los campesinos.

El Estado debe convertirse en el instrumento de las masas en su lucha por la liberación de toda esclavitud.

Esa tarea no puede realizarse sin la influencia de los Sóviets. Los mejores representantes de las ciencias burguesas comprenderán que las condiciones creadas por los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos son las mejores para esa tarea.

Es necesario establecer el control sobre la producción. Los campesinos, los obreros y los soldados deben sentir que los asuntos de la nación son asuntos suyos.

Ése es el principio fundamental para el establecimiento de la autoridad.

La introducción del servicio universal de trabajo era una de las tareas inmediatas del auténtico poder revolucionario.

Por añadidura, el camarada Trotsky anunció que estaban en la agenda el informe del Comité Militar Revolucionario y el informe sobre las tareas del poder de los Sóviets. El ponente sobre la segunda cuestión será el camarada Lenin. *[Ovación atronadora]*.

El camarada Trotsky anunció que quienes habían sido detenidos por motivos políticos habían sido puestos en libertad y que algunos de ellos ya estaban desempeñando la función de comisarios revolucionarios.

Como anunció el camarada Trotsky, el camarada Zinóviev era el invitado del Sóviet de Petrogrado para la presente sesión.

Aquella noche se puso en circulación a lo largo y ancho de toda Rusia un telegrama en nombre del Sóviet de Petrogrado que informaba del estado real de la situación.

Se enviaron radiotelegramas a las fuerzas en servicio activo anunciando la caída de la antigua autoridad y el inminente establecimiento de una nueva. Los primeros pasos de la nueva autoridad requerirán lo siguiente: armisticio inmediato en todos los frentes, tierra para los campesinos, convocatoria urgente de una Asamblea Constituyente genuinamente democrática.

Se desconoce el paradero del anterior ministro presidente Kerensky, pero esperamos que pronto sea conocido por todos.

A la pregunta de cuál era la actitud del frente respecto a los acontecimientos, el camarada Trotsky respondió: «Sólo hemos podido enviar nuestros telegramas. No hemos recibido telegramas de contestación, pero aquí habíamos escuchado muchas veces cómo los representantes del frente nos reprendían por no haber tomado medidas enérgicas».

Vladimir Ilich Lenin acaba de entrar y se ha unido a nosotros; hasta ahora no había podido estar entre nosotros debido al desarrollo de las circunstancias. El camarada Trotsky describe el papel del camarada Lenin en la historia del movimiento revolucionario en Rusia, y proclama:

«¡Larga vida al camarada Lenin, que vuelve a estar entre nosotros!».

[Más tarde, en aquella misma sesión del 25 de octubre, Trotsky respondió a una objeción de un asistente en el sentido de que los bolcheviques estaban predeterminando la voluntad del II Congreso].

Una de las tareas inmediatas del Comité Militar Revolucionario es enviar delegaciones para comunicarle al frente la revolución que ha tenido lugar en Petrogrado.

El Sóviet de Petrogrado debe elegir entre sus miembros a los comisarios que hay que enviar al frente. En este momento, el Comité Militar Revolucionario y sus miembros no pueden redactar informes, ya que están constantemente ocupados con trabajo urgente. Puedo deciros que se acaba de recibir un telegrama que dice que las tropas del frente se están desplazando en dirección a Petrogrado. Es necesario enviar comisarios

revolucionarios por todo el país para que les cuenten a las grandes masas populares lo que ha ocurrido.

[Una voz dice: «Estáis predeterminando la voluntad *del Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias»]*.

La voluntad del Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias está predeterminada por el importante hecho de la insurrección de los trabajadores y los soldados de Petrogrado, que ha tenido lugar esta noche. Ahora sólo tenemos que consolidar nuestra victoria.

11. La retirada en señal de protesta de los mencheviques y los social-revolucionarios

En la reunión del II Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias la noche del 25 de octubre, los mencheviques y los social-revolucionarios se marcharon en señal de protesta, relegándose a sí mismos, según Trotsky, al «cubo de la basura de la historia». Trotsky, en nombre de los bolcheviques, presentó la siguiente resolución.

El II Congreso de los Sóviets de todas las Rusias declara:

La retirada del Congreso en señal de protesta por parte de los delegados mencheviques y SR es un intento completamente infructuoso de arruinar la representación plenipotenciaria de las masas de trabajadores y soldados justo en el momento en que la vanguardia de esas masas, con las armas en la mano, está defendiendo al Congreso y a la revolución de los ataques contrarrevolucionarios.

Los partidos pactistas, con sus políticas del pasado, han causado unas pérdidas incalculables a la causa de la revolución, y se han comprometido irreparablemente a sí mismos ante los ojos de los obreros, los campesinos y los soldados.

Los pactistas prepararon y apoyaron la fatídica ofensiva del 18 de junio, que puso al Ejército y al país al borde de la destrucción.

Los pactistas apoyaron al Gobierno de la pena capital y de la traición al pueblo. Durante siete meses los pactistas apoyaron la política de engaños sistemáticos a los campesinos sobre la cuestión agraria.

Los pactistas apoyaron la eliminación de las organizaciones revolucionarias, el desarme de los trabajadores, la introducción de una disciplina kornilovista en el Ejército y la prolongación sin sentido de esa guerra sangrienta.

De hecho, los pactistas ayudaron a sus aliados burgueses a hacer más profunda la ruina económica del país, condenando a la hambruna a millones de personas entre las esforzadas masas.

Tras perder la confianza de las masas como consecuencia de esas políticas, los pactistas, artificial y deshonestamente, se reservaron para sí los cargos más altos en los Sóviets y en las organizaciones del Ejército que llevaban mucho tiempo sin someterse a una reelección.

En vista de las circunstancias mencionadas, el Comité Ejecutivo Central ha hecho todos los esfuerzos posibles por arruinar el Congreso de los Sóviets, recurriendo para ese fin a los comités pactistas del Ejército y al apoyo directo de la autoridad del Gobierno.

Cuando esa política de obstruir y falsear la opinión pública de la clase revolucionaria sufrió un lamentable fracaso; cuando el Gobierno Provisional, establecido por los pactistas, cayó bajo los golpes de los trabajadores y los soldados de Petrogrado; cuando el Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias demostró claramente el predominio del partido del socialismo revolucionario; y cuando la insurrección se convirtió en la única salida para las masas revolucionarias, engañadas y atormentadas por la burguesía y sus lacayos, entonces los pactistas redactaron por su cuenta las conclusiones finales, y rompieron con los Sóviets, cuyo poder habían intentado socavar en vano.

La retirada en señal de protesta de los pactistas no debilita a los Sóviets sino que los fortalece, ya que limpia de ingredientes contrarrevolucionarios a la revolución de los obreros y los campesinos.

Tras oír los comunicados de los SR y de los mencheviques, el II Congreso de Todas las Rusias prosigue su trabajo, cuyos objetivos son establecidos por la voluntad del pueblo trabajador y su insurrección del 24 y el 25 de octubre.

¡Abajo los pactistas! ¡Abajo los lacayos de la burguesía! ¡Viva la victoriosa insurrección de los soldados, los obreros y los campesinos!

12. Sobre la detención de los ministros socialistas

Respuesta de Trotsky a una pregunta, al día siguiente, en el II Congreso sobre el destino de los ministros mencheviques y social-revolucionarios.

Camaradas, aquí se están confundiendo dos cuestiones. Una de ellas la dejamos zanjada ayer de forma eficaz. Se decidió que los ministros socialistas, mencheviques y SR debían ser puestos temporalmente bajo arresto domiciliario por orden del Comité Militar Revolucionario. Eso es lo que le ha ocurrido a Prokopóvich; eso es lo que vamos a hacer con Maslov y Salazkin. El Comité Militar Revolucionario está tomando todas las medidas necesarias para ejecutar plenamente vuestras decisiones, en el mínimo plazo posible; y si no se ha hecho todavía es porque, camaradas, estamos pasando por una insurrección armada cuando otro representante de uno de esos partidos, Kerensky —al que conocemos bien—, está organizando fuerzas contrarrevolucionarias para lanzarlas contra nosotros. El Comité Militar Revolucionario, hasta ahora ocupado en salvar la victoriosa revolución de los obreros y los campesinos, ha pasado por alto a dos ministros socialistas a fin de que la revolución de los obreros y los campesinos no sufriera ningún daño. *[Aplausos]*.

La segunda cuestión es la de la impresión que estas detenciones han causado entre el público. Camaradas, estamos viviendo nuevos tiempos, en los que hay que descartar las ideas habituales. Nuestra revolución es la victoria de unas clases nuevas que han llegado al poder, y que deben defenderse contra la organización de las fuerzas contrarrevolucionarias en la que participaron los ministros socialistas. Pero sólo estarán sometidos a arresto domiciliario hasta que se establezca su participación en la organización de una conspiración contrarrevolucionaria. Por sí solos, esos dos ministros no representan peligro alguno para nosotros, ni en sentido moral, ni político, ni en cualquier sentido mínimamente relevante.

Nos dicen que nada parecido a esto ha sucedido en ninguna otra revolución. Quienes dicen eso tiene poca memoria, porque esto mismo ocurrió hace pocos meses cuando algunos miembros del Comité Ejecutivo de los Diputados Obreros y Soldados fueron detenidos con la plena connivencia y el beneplácito de estos mismos ministros socialistas, y no hubo protestas, ni peticiones para su liberación. Eso no es todo: nada menos

que Avksentiev, el presidente del Comité Ejecutivo de los Diputados Campesinos, puso a dos hombres de la Ojrana [policía secreta] de guardia a la puerta del apartamento de Alexandra Mijailovna Kollontai, aunque ésta había sido puesta en libertad por los magistrados. Ahora, esos mismos representantes vienen a distraernos de nuestro trabajo oficial, nos importunan en medio de los más graves asuntos, en los que no pueden participar, a fin de gritarnos al oído sus impotentes amenazas y de exponer ante nosotros su lloriqueante indignación. *[Sonoros aplausos]*.

13. La organización del poder

En ulteriores debates del II Congreso, Trotsky respondía a la propuesta de que todos los partidos del Congreso estuvieran incluidos en el Gobierno, aunque se hubieran marchado en señal de protesta.

Las consideraciones que hemos oído aquí ya se han alegado contra nosotros más de una vez. Han intentado asustarnos una y otra vez con un posible aislamiento de la izquierda. Hace unos días, cuando se planteó abiertamente la cuestión de una insurrección, nos decían que estábamos aislándonos, que estábamos encaminándonos a la destrucción y, de hecho, si hubiera que juzgar por la prensa cuáles eran los agrupamientos de clase, una insurrección habría supuesto para nosotros una amenaza de ruina inevitable.

Estaban contra nosotros las bandas contrarrevolucionarias y los defensistas[3] de todas las variedades. Un ala de los SR de izquierdas trabajó valientemente a nuestro lado en el Comité Militar Revolucionario. Los demás asumieron una postura de neutralidad vigilante. No obstante, incluso en aquellas condiciones desfavorables, cuando parecía que todo el mundo nos había abandonado, la insurrección triunfó, casi sin derramamiento de sangre.

Si de verdad hubiéramos estado aislados, si las fuerzas reales hubieran estado auténticamente contra nosotros, ¿cómo habría podido suceder que consiguiéramos una victoria casi sin derramamiento de sangre? No, no éramos nosotros quienes estábamos aislados, sino el Gobierno y los demócratas —los pseudodemócratas—. Eran ellos los que estaban aislados

de las masas. Con sus vacilaciones, con sus compromisos, se distanciaron del grueso de la democracia real.

Nuestra gran ventaja como partido radica en que hemos formado una coalición con las masas, creando una coalición de los obreros, los soldados y los campesinos más pobres.

Los agrupamientos políticos desaparecen, pero permanecen los intereses básicos de clase. El partido que predomina es el que es capaz de comprender y satisfacer las necesidades básicas de las clases. Si era necesaria una coalición, entonces esa coalición es la coalición de nuestra guarnición, en su mayoría compuesta de campesinos, con la clase obrera. Podemos sentirnos orgullosos de una coalición así. Esa coalición se ha probado a sí misma bajo el fuego de la lucha. La guarnición y el proletariado de Petrogrado, unidos, se lanzaron a la crucial refriega, que será el clásico ejemplo de la revolución en la historia de todos los pueblos.

Aquí nos han hablado del bloque de izquierdas que se estableció en el pre-Parlamento, pero ese bloque sólo duró un día; evidentemente no se había formado en el lugar donde tenía que formarse. Es posible que tanto el bloque como el programa fueran buenos; no obstante, una colisión fue suficiente para que el bloque se desintegrara en polvo.

El camarada Avilov ha hablado de las grandes dificultades con las que nos enfrentamos. Para eliminar todas esas dificultades, él propone la formación de una coalición. Pero en esa propuesta no hace ningún intento de clarificar esa fórmula, de definir más exactamente qué tipo de coalición tiene en mente. ¿Una coalición de grupos, de clases, o simplemente una coalición de periódicos? Porque, al fin y al cabo, antes de hablar de una coalición con, por ejemplo, el viejo Comité Ejecutivo Central, hay que tener claro que una coalición con los Dans y los Liebers no fortalecería la revolución sino que sería una causa de su ruina. En el momento más crítico de la contienda, nos quedamos sin un solo teléfono, con la connivencia de los comisarios de dicho comité.

Ellos dicen que esa fractura en la democracia es un malentendido. Cuando Kerensky envía tropas de choque contra nosotros, cuando nos asestan un golpe tras otro, ¿de verdad se puede hablar de malentendido? Si esto es un malentendido, me temo que todos los argumentos de nuestros oponentes —los camaradas Avilov y Karelin— también son un malentendido político.

El camarada Avilov nos ha dicho: no hay mucho pan, tenemos que formar una coalición con los defensistas. Pero ¿de verdad esa coalición hará que aumente la cantidad de pan? Toda la cuestión del pan es una cuestión del programa de acción. La lucha contra el colapso económico exige un firme sistema de acción y no simplemente unos agrupamientos políticos.

El camarada Avilov ha hablado del campesinado. Pero, una vez más, ¿de qué campesinado estamos hablando? Debemos elegir entre los diferentes elementos del campesinado. Hoy, y aquí mismo, un representante de los campesinos de la provincia de Tver ha exigido la detención de Avksentiev. Debemos elegir entre el campesino de Tver que exige la detención de Avksentiev, y Avksentiev, que ha llenado las cárceles de miembros de los comités de campesinos. Estamos con los campesinos de Tver en contra de Avksentiev. Estamos con ellos hasta el final y de forma indisoluble. Rechazamos firmemente la coalición con los elementos *kulak* del campesinado en nombre de la coalición de la clase obrera y los campesinos más pobres.

Si la revolución nos ha enseñado algo, es lo siguiente: únicamente por medio del acuerdo, por medio de una auténtica coalición de esos elementos, puede lograrse la victoria. Quienes persiguen la sombra de una coalición se están aislando de la vida. Los SR de izquierdas perderán apoyo entre las masas en la medida que se atrevan a oponerse a nuestro partido; un partido que se oponga al partido del proletariado, al que se han unido los pobres de las aldeas, se aísla a sí mismo de la revolución.

Hemos izado abiertamente, y ante todo el pueblo, la bandera de la insurrección. La fórmula política de esa insurrección era: «Todo el poder a los Sóviets a través del Congreso de los Sóviets». Nos dicen: «No esperasteis al Congreso». No, lo habríamos esperado, pero Kerensky no quería esperar; los contrarrevolucionarios no estaban dormidos. Nosotros, como partido, consideramos que nuestra misión era crear una oportunidad real para que el Congreso de los Sóviets tomara el poder en sus manos. Si el Congreso hubiera estado rodeado de *junkers,* ¿cómo habría podido tomar en sus manos el poder? Para lograr esa tarea, lo que se necesitaba era un partido que arrebatara el poder de las manos de los contrarrevolucionarios, y os dijera: «¡He aquí el poder, y vosotros estáis obligados a tomarlo!». *[Ovación atronadora e ininterrumpida]*.

Pese a que los defensistas de todos los matices no se detenían ante nada en su lucha contra nosotros, nosotros no les rechazamos. Propusimos al conjunto del Congreso que tomara en sus manos el poder. Cuando habláis de nuestra irreconciliabilidad estáis distorsionando totalmente los puntos de vista. ¿Cómo es posible, después de todo lo que ha ocurrido, hablar de nuestra irreconciliabilidad? Cuando un partido que está envuelto en una nube de humo de pólvora acude a ellos y les dice: «¡Tomemos juntos el poder!», ¡ellos se van corriendo a la Duma de la ciudad y allí se alían con los contrarrevolucionarios declarados! ¡Son unos traidores a la revolución con los que jamás nos uniremos!

Para que la lucha por la paz tenga éxito, decía el camarada Avilov, tenemos que formar una coalición con los pactistas. Al mismo tiempo, Avilov decía que los Aliados no quieren firmar la paz; pero que si nos congregamos con quienes nos están traicionando, todo irá bien. Los Aliados imperialistas se reían, dice Avilov, de Skobelev, el demócrata de margarina. Pero aun así nos aconsejaba: «¡Si formáis un bloque con los demócratas de margarina, la causa de la paz estará asegurada!».

Hay dos caminos en la lucha por la paz. Un camino es oponer a los Gobiernos aliados y enemigos las fuerzas morales y materiales de la revolución. El otro camino es un bloque con Skobelev, lo que significa un bloque con Tereshchenko, es decir, la completa sumisión al imperialismo de los Aliados.

Se nos ha señalado que en nuestra proclama sobre la paz nos dirigimos al mismo tiempo a los Gobiernos y a los pueblos. Se trata tan sólo de una igualdad formal.

Por supuesto, nosotros no pretendemos influir en los Gobiernos imperialistas con nuestras proclamas; pero mientras dichos Gobiernos existan no podemos ignorarlos. Sin embargo, ponemos todas nuestras esperanzas en la posibilidad de que nuestra revolución desencadene la revolución europea. Si los pueblos insurreccionales de Europa no aplastan el imperialismo, nosotros seremos aplastados; eso está más allá de toda duda. O bien la Revolución Rusa desencadena la vorágine de la lucha en Occidente, o bien los capitalistas de todos los países aplastarán nuestra revolución.

[«Hay un tercer camino», dice alguien desde su asiento].

El tercer camino es el del Comité Ejecutivo Central, que por un lado ha enviado delegaciones a los trabajadores de Europa Occidental, y por otro ha formado una alianza con los Kishkins y los Konovalovs. Es el camino de las mentiras y de la hipocresía, que nosotros nunca emprenderemos.

Por supuesto, no estamos diciendo que el primer día de la insurrección de los trabajadores europeos será inevitablemente el día de la firma del tratado de paz. También es posible que la burguesía, asustada por la inminente insurrección de todos los oprimidos, se apresure a concluir una paz. Las fechas no están decididas. No pueden preverse unas formas concretas. Es importante y necesario determinar el método de lucha, que en principio es idéntico tanto en política exterior como en política interior. La alianza de los oprimidos, siempre y en todas partes: ése es nuestro camino.

El II Congreso de los Sóviets ha elaborado todo un programa de medidas. Cualquier grupo que desee llevar ese programa a la práctica, que en este momento crítico tiene su lugar a este lado de la barricada, será recibido por nosotros con una única declaración: «Bienvenidos, queridos camaradas, somos compañeros de armas, e iremos con vosotros hasta el final».

[Ovación atronadora y prolongada].

14. Por la paz: ¡Contra la diplomacia secreta!

El 21 de noviembre Trotsky dirige este discurso, como comisario de Asuntos Exteriores, a unos 12.000 asistentes al Circo Moderno de Petrogrado

El 23 de octubre, en este mismo edificio, hablé en una asamblea popular donde se discutía la cuestión de un Congreso de Todas las Rusias, y donde todas las voces se alzaban a favor del poder de los Sóviets. La cuestión que el pueblo llevaba planteándose de forma más rotunda durante los ocho meses de la revolución era la cuestión de la guerra y la paz, y nosotros sosteníamos que solamente podía poner fin a la matanza un poder que basara su autoridad directamente en el pueblo. Sosteníamos que había que hacer públicos los tratados secretos, y declarábamos que el pueblo ruso, que no había firmado esos tratados, no podía estar obligado a llevar a cabo las conquistas acordadas en ellos. Nuestros enemigos respondían que aquello era demagogia. Decían: «Si estuvierais en el poder nunca os atreveríais a

hacer eso, porque entonces los Aliados se volverían contra nosotros». Pero nosotros manteníamos que la salvación de Rusia estaba en la paz. Señalábamos que el carácter prolongado de la guerra estaba destruyendo la revolución, estaba agotando y destruyendo el país, y que cuanto más tiempo combatiéramos, más sumisa sería la posición que íbamos a ocupar después, de forma que al final sólo nos quedaría la posibilidad de elegir un amo.

Deseamos vivir y desarrollarnos como una nación libre; pero para acordar la paz teníamos que derrocar el poder de la burguesía y de Kerensky. Nos decían que íbamos a quedarnos sin apoyos de ningún tipo. Pero el 25 de octubre, el Sóviet local de Petrogrado asumió él mismo la iniciativa, así como la responsabilidad y, con la ayuda de la guarnición y los trabajadores, llevó a cabo la insurrección y se presentó ante el Congreso de los Sóviets, reunido a la sazón, y dijo: «El antiguo poder de este país está roto, no hay autoridad en ningún lugar, y nos vemos obligados a tomarlo en nuestras manos». Hemos dicho que la primera obligación que recae en el nuevo poder es ofrecer negociaciones de paz en todos los frentes para la firma de una paz sin anexiones ni indemnizaciones sobre la base de la autodeterminación de los pueblos, es decir, que cada uno de los pueblos, mediante elecciones populares, debe decir por sí mismo la última palabra: ¿desean entrar a formar parte de una confederación con su actual Estado soberano, gozando de plena autonomía en su seno, o desean separarse de él y tener independencia plena? Debemos poner fin a una situación en la que los fuertes pueden obligar a los débiles, por la fuerza de las armas, a que asuman las condiciones de vida que se les antojen a los fuertes: cada pueblo, grande o pequeño, debe ser dueño de su propio destino. Ahora bien, éste es el programa, no ya de un partido, ni de un Sóviet, sino del pueblo en su conjunto, a excepción del partido depredador que osa llamarse a sí mismo el Partido de la Libertad Popular, pero que en realidad es un enemigo de la libertad popular, que lucha con todas sus fuerzas contra la paz y contra el que hemos declarado nuestra hostilidad más implacable; a excepción de ese partido, el pueblo ruso en su conjunto ha declarado que no tolerará el uso de la fuerza. Y ése es el espíritu en el que promulgamos nuestro decreto de paz.

El día que aprobamos ese decreto, los cosacos de Krasnov se rebelaron y el peligro amenazó la existencia misma del poder soviético. No obstante, inmediatamente después de la derrota de los cosacos, y tras reforzarse la

autoridad de los Sóviets, nuestra primera medida fue dirigirnos a las autoridades de los Aliados y a las alemanas, simultáneamente, con una propuesta de negociaciones de paz en todos los frentes. Nuestros enemigos, los cadetes y sus lacayos, decían que Alemania iba a ignorarnos, pero las cosas han ocurrido de forma diferente, y ya tenemos el consentimiento de Alemania y del Imperio austrohúngaro para celebrar negociaciones de paz, y una paz preliminar basada en la fórmula de los Sóviets. E incluso antes de eso, en cuanto conseguimos las llaves de la caja donde se guardaba la correspondencia diplomática secreta, nosotros hicimos públicos los tratados secretos, cumpliendo así con una obligación que habíamos contraído ante el pueblo cuando todavía éramos un insignificante partido de la oposición. Decíamos entonces, y decimos ahora, que un pueblo no puede derramar su sangre, ni la sangre de sus hermanos, en nombre de unos tratados que no ha firmado el propio pueblo, que nunca ha leído, ni visto siquiera. A estas palabras mías respondieron los partidarios de la coalición: «No nos hables con esas palabras, no estamos en el Circo Moderno». Y yo les contesté que sólo tengo una forma de hablar, la forma en la que habla un socialista, y así es como voy a hablarle al país y a vosotros, a los Aliados y a los alemanes.

A los partidarios de la coalición, que tienen alma de conejo, les parecía que hacer públicos los tratados secretos equivalía a obligar a Inglaterra y a Francia a declararnos la guerra. Pero ellos no comprendían que sus círculos dirigentes, durante todo el transcurso de la guerra, han estado convenciendo a la gente de que el enemigo traicionero y cruel es Alemania, y que Rusia es una tierra noble, y resultaría imposible, en el plazo de veinticuatro horas, convencerles de lo contrario. Al hacer públicos los tratados secretos nos hemos granjeado la enemistad de las clases gobernantes de aquellos países, pero nos hemos ganado el apoyo de sus pueblos. No firmaremos una paz entre diplomáticos; será una paz entre los pueblos, una paz entre soldados, una paz verdadera. Y el resultado de nuestra política abierta era claro: Judson compareció en el Instituto Smolny y declaró, en nombre de Estados Unidos, que las protestas ante el Estado Mayor de Dukhonin contra el nuevo poder eran un malentendido, y que Estados Unidos no tenía ningún deseo de inmiscuirse en los asuntos internos de Rusia; y por consiguiente, queda zanjada la cuestión de Estados Unidos.

Pero hay otro conflicto que todavía no está resuelto. Tengo que hablaros de él. A causa de la lucha por la paz que ambos hombres llevan a cabo, el

Gobierno inglés ha detenido, y actualmente tiene prisioneros en un campo de concentración a George Chicherin, que ha puesto su riqueza y su conocimiento al servicio de los pueblos de Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia, así como al valiente agitador de los trabajadores ingleses, el exiliado Petrov. Me he puesto en contacto por escrito con la Embajada inglesa, diciendo que actualmente Rusia estaba permitiendo la presencia dentro de sus fronteras de muchos ingleses adinerados que están participando en conspiraciones contrarrevolucionarias con la burguesía rusa, y que por consiguiente éramos aún menos proclives a consentir que se arrojara a las cárceles inglesas a ciudadanos rusos; que, por consiguiente, había que poner en libertad inmediatamente a todos aquellos ciudadanos rusos contra los que no hubiera cargos penales. El incumplimiento de esa petición implicaría que por nuestra parte nosotros denegaríamos la concesión de pasaportes para los súbditos ingleses que desearan salir de Rusia. El poder popular soviético es responsable del bienestar del pueblo en su conjunto; dondequiera que estén sus ciudadanos, éstos gozan de la protección de ese poder. Si Kerensky le hablaba a los Aliados igual que el dependiente de una tienda le habla a su jefe, nosotros estamos dispuestos a demostrar que vamos a convivir con ellos exclusivamente en términos de igualdad. Hemos dicho más de una vez que quien cuente con el apoyo y la amistad del libre e independiente pueblo ruso debe dirigirse a él con respeto por las personas y por su dignidad humana.

En cuanto los Sóviets se vieron dueños del poder, nosotros propusimos negociaciones de paz en nombre del pueblo ruso. Teníamos derecho a hablar en nombre del pueblo para todo lo que proponíamos, de la misma forma que todo el programa de los Comisarios del Pueblo se compone de doctrinas y propuestas votadas y aprobadas en cientos y miles de Sóviets, en las fábricas y los talleres, es decir, por el conjunto del pueblo. Nuestra delegación hablará un lenguaje franco y valiente: ¿Estáis de acuerdo en celebrar de inmediato una conferencia de paz en todos los frentes? Y si dicen que sí, les pediremos que insten a sus Gobiernos y a sus aliados a que envíen a sus delegados. Nuestra segunda pregunta será: ¿Queréis llegar a una paz sobre unos fundamentos democráticos? Si nos vemos obligados a firmar la paz solos, comunicaremos a Alemania que es inadmisible que trasladen sus tropas desde el frente ruso a cualquier otro frente, ya que

estamos ofreciéndoles una paz honorable y no podemos permitir que Inglaterra y Francia sean aplastadas por su causa.

No se tolerará ni por un solo instante la diplomacia secreta durante las negociaciones. Nuestros panfletos y nuestro servicio radiofónico mantendrán informadas a todas las naciones de todas y cada una de las propuestas que hagamos, y de las respuestas que susciten por parte de Alemania. Estaremos sentados en una casa de cristal, por así decirlo, y los soldados alemanes, a través de miles de periódicos escritos en alemán, que nosotros repartiremos entre ellos, estarán informados de cada paso que demos y de cada respuesta de Alemania.

Nosotros afirmamos que Lituania y Curlandia deben decidir por sí mismas a quién quieren unir sus fuerzas, y que Alemania debe, no sólo con sus palabras sino también con sus actos, hacer caso de la libre expresión de la voluntad del pueblo. Y si, tras estas sinceras y honorables declaraciones, el káiser se niega a firmar la paz, si los bancos y las Bolsas, que se benefician de la guerra, destruyen nuestra paz, las naciones verán de qué lado está la razón, y saldremos muy reforzados, mientras que el káiser y los financieros saldrán muy debilitados. Sentiremos que no hemos salido perdedores sino vencedores, ya que la paz tiene sus victorias, no menos prestigiosas que la guerra. Para una nación que ha asumido el poder tras expulsar a sus enemigos, una nación así es victoriosa. No conocemos más intereses que los del pueblo, pero esos intereses son idénticos a los intereses de los pueblos de todas las naciones. Declaramos la guerra a la guerra. Los zares tienen miedo de que se firme la paz y temen que el pueblo les pida cuentas de todos los grandes sacrificios que ha realizado y de la sangre que ha derramado. Alemania, al aceptar las negociaciones de paz, está haciendo caso de la voluntad de su pueblo; sabe que el pueblo quiere que Alemania responda, y que si no responde, la Revolución Rusa se convertirá en la aliada del pueblo alemán. Francia e Inglaterra deberían incorporarse a la discusión de la firma de la paz pero, si no lo hacen, su propio pueblo, que estará al tanto de la evolución de las negociaciones, los echará a patadas. Los representantes de Rusia en la mesa de la paz se convertirán en la parte demandante; el pueblo será el que juzgue a sus gobernantes. Nuestra experiencia sobre la forma en que los gobernantes han tratado a sus pueblos durante los cuarenta meses de la guerra no ha caído en saco roto. En vuestro nombre les diremos a nuestros hermanos: ¡Tened bien claro que en cuanto

dirijáis vuestras fuerzas revolucionarias contra vuestra burguesía, ningún soldado ruso disparará! Haremos esta promesa en vuestro nombre y vosotros la mantendréis.

15. Un llamamiento a los esforzados, oprimidos y exhaustos pueblos de Europa

Pronunciamiento de Trotsky el 6 de diciembre de 1918, durante las negociaciones de paz con las potencias centrales en Brest-Litovsk.

Se ha firmado un armisticio en Brest-Litovsk. Se han suspendido durante veintiocho días las operaciones militares en el frente oriental. En sí, eso constituye una espectacular victoria para la humanidad. Tras casi tres años y medio de matanzas ininterrumpidas, sin un final a la vista, la revolución de los obreros y los campesinos en Rusia ha abierto el camino a la paz.

Nosotros hemos hecho públicos los tratados secretos. Seguiremos haciéndolos públicos en el futuro inmediato. Hemos declarado que dichos tratados no vincularán de ninguna forma a la política del Gobierno soviético. Hemos propuesto a todas las naciones la fórmula de un acuerdo abierto sobre el principio del reconocimiento a todas y cada una de las naciones, grandes o pequeñas, avanzadas o atrasadas, del derecho de determinar libremente su propio destino. No intentamos ocultar el hecho de que no consideramos capaces de firmar una paz democrática a los actuales Gobiernos capitalistas. Únicamente la lucha revolucionaria de las masas trabajadoras contra los Gobiernos existentes puede acercar a Europa a una paz de ese tipo. Sólo la victoria de la revolución proletaria en todos los países capitalistas puede garantizar su plena materialización.

Aunque haya iniciado las negociaciones con los Gobiernos existentes, que en ambos bandos están totalmente impregnados de tendencias imperialistas, el Consejo de Comisarios del Pueblo no se ha desviado ni por un momento de la senda de la revolución social. Una paz verdaderamente democrática y del pueblo es algo por lo que habrá que seguir luchando. El primer asalto en esta lucha se encuentra con que el poder está en manos, en todas partes salvo en Rusia, de los viejos Gobiernos monárquicos y capitalistas que fueron responsables de esta guerra, y que todavía no han

rendido cuentas a sus pueblos engañados por el desperdicio de la sangre y de la riqueza del país. Nos vemos obligados a iniciar las negociaciones con los Gobiernos que existen actualmente, al igual que, por otra parte, los Gobiernos monárquicos y reaccionarios de las potencias centrales se ven obligados a proseguir las negociaciones con los representantes del Gobierno soviético porque el pueblo ruso les ha obligado a afrontar el hecho de que exista un Gobierno de obreros y campesinos en Rusia. Al negociar la paz, el Gobierno soviético se ha impuesto una doble tarea: en primer lugar, poner fin lo más rápidamente posible a la matanza deshonrosa y criminal que está arrasando Europa; y en segundo lugar, utilizar todos los medios a nuestra disposición para ayudar a la clase trabajadora de todos los países a derrocar el dominio del capital y a tomar el poder político a fin de reconstruir Europa y el mundo entero siguiendo unas líneas democráticas y socialistas.

Se ha firmado un armisticio en el frente oriental. Pero en los demás frentes la carnicería continúa. Las negociaciones de paz tan sólo acaban de empezar. Debería quedarles claro a los socialistas de todos los países, pero sobre todo a los socialistas de Alemania, que hay una diferencia irreconciliable entre el programa de paz de los obreros y los campesinos rusos y el de los capitalistas, los terratenientes y los generales alemanes. Si no existiera nada más que el choque entre esas dos políticas, la paz resultaría obviamente imposible, ya que el pueblo ruso no ha derrocado la monarquía y la burguesía en su propio país simplemente para inclinarse ante los monarcas y los capitalistas de otros países. La paz sólo puede aproximarse, materializarse y garantizarse si se permite que se escuche la voz de los trabajadores, de forma firme y decidida, tanto en Alemania como en los países de sus aliados. Los trabajadores alemanes, austrohúngaros, búlgaros y turcos deben contraponer al programa imperialista de sus clases dirigentes su propio programa revolucionario de acuerdos y cooperación entre las clases trabajadoras y explotadas de todos los países.

Se ha firmado un armisticio tan sólo en un frente. Nuestra delegación, al cabo de una larga lucha, le arrancó al Gobierno alemán, como una de las condiciones del armisticio, el compromiso de no trasladar tropas a los otros frentes. Así, las tropas alemanas que están desplegadas entre el mar Negro y el Báltico deberán disfrutar de un mes de descanso de la horripilante pesadilla de la guerra. Además, el Ejército rumano, en contra de la voluntad del Gobierno rumano, se sumó al armisticio. Pero en el frente francés, en el

frente italiano y en todos los demás, la guerra aún continúa. La tregua sigue siendo parcial. Los Gobiernos capitalistas tienen miedo de la paz, porque saben que tendrán que rendir cuentas a su pueblo. Están intentando posponer la hora de su bancarrota final. ¿Acaso están dispuestas las naciones a seguir soportando pacientemente las actividades de las camarillas de las Bolsas en Francia, el Reino Unido, Italia y Estados Unidos?

Los Gobiernos capitalistas de esos países ocultan sus cálculos abyectos y codiciosos bajo una elegante palabrería sobre la justicia eterna y la futura sociedad de las naciones. No quieren un armisticio. Están luchando contra la paz, pero vosotros, pueblos de Europa, vosotros, trabajadores de Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, Serbia, vosotros, nuestros hermanos en el sufrimiento y en la lucha, ¿acaso no queréis, junto con nosotros, la paz, una paz honorable y democrática entre las naciones?

Quienes os dicen que sólo una victoria puede garantizar la paz os están engañando. En primer lugar, ellos han sido incapaces, a lo largo de casi tres años y medio, de daros la victoria, y no dan muestras de poder hacerlo en caso de que la guerra se prolongase varios años. Y en segundo lugar, si la victoria pareciera posible desde un bando u otro, eso únicamente significaría un mayor sojuzgamiento de los débiles por parte de los fuertes, con lo que estaría sembrándose la semilla para futuras guerras.

Bélgica, Serbia, Rumanía, Polonia, Ucrania, Grecia, Persia y Armenia sólo pueden ser liberadas por los trabajadores de todos los países beligerantes y neutrales, en la lucha victoriosa contra todos los imperialistas, y no por la victoria de una de las coaliciones imperialistas.

¡Os convocamos a esta lucha, trabajadores de todos los países! No hay otro camino. Los crímenes de las clases gobernantes y explotadoras en esta guerra han sido incontables. Esos crímenes claman una revancha revolucionaria. La humanidad que trabaja duramente estaría haciendo renuncia de sí misma y de su futuro si siguiera cargando mansamente sobre sus hombros el yugo de la burguesía imperialista y de los militaristas, de sus Gobiernos y de su diplomacia.

Nosotros, el Consejo de Comisarios del Pueblo, por el poder que nos han otorgado los obreros, los campesinos, los soldados, los marineros, las viudas y los huérfanos de Rusia, os convocamos a una lucha común con nosotros para el cese inmediato de las hostilidades en todos los frentes. Que

la noticia de la firma del armisticio en Brest-Litovsk suene como un toque a rebato para los soldados y los trabajadores de todos los países beligerantes.

¡Abajo la guerra! ¡Abajo sus autores! Hay que quitar de en medio a los Gobiernos que se oponen a la paz y a los Gobiernos que disfrazan sus intenciones agresivas tras sus discursos sobre la paz. Los trabajadores y los soldados deben arrancar la cuestión de la guerra y la paz de las manos criminales de la burguesía y tomarla en las suyas propias. Tenemos el derecho de pediros eso porque eso es lo que hemos hecho nosotros en nuestro propio país. Es el único camino hacia la salvación para vosotros y para nosotros. ¡Cerrad vuestras filas, proletarios de todos los países, bajo el estandarte de la paz y de la revolución social!

16. Unas palabras a los obreros y campesinos rusos acerca de nuestros amigos y nuestros enemigos, sobre cómo salvaguardar y fortalecer la República Soviética

Al tener que hacer frente a una guerra civil y a una invasión por parte de los Aliados, los bolcheviques nombraron a Trotsky comisario de la Guerra en marzo de 1918. Trotsky pronunció este discurso en Moscú el 14 de abril, tras las repercusiones de haber tenido que firmar el mes anterior el tratado punitivo de Brest-Litovsk con las potencias centrales, que ponía fin a la participación oficial de Rusia en la Primera Guerra Mundial, y después de las detenciones de los anarquistas por todo Moscú.

Camaradas, nuestro país es el único donde el poder está en manos de la clase trabajadora y por todas partes oímos el consejo: «Dejadlo estar, no estáis a la altura. Mirad todos los obstáculos que se interponen en el camino del poder de los Sóviets». Y eso es cierto, son muchos los obstáculos, cada paso está plagado de impedimentos. Pero, ¿cuál es la causa? Miremos a nuestro alrededor, examinemos la situación, enumeremos a nuestros amigos y a nuestros enemigos, miremos hacia el futuro. Nosotros heredamos de nuestros predecesores —el zar, Miliukov, Kerensky— *un Estado completamente arruinado, tanto interiormente como exteriormente.* No cabe la mínima duda de que en el momento actual nuestro país está en una

situación terrible. Pero esa condición es consecuencia únicamente del conjunto de los acontecimientos históricos anteriores y, en particular, de la guerra actual. El zar y Miliukov nos habían arrastrado a la guerra. El ejército del zar fue derrotado. Estalló la revolución. Los trabajadores de todos los países esperaban que la revolución trajese la paz. Pero Miliukov y Kerensky consintieron que los imperialistas aliados les llevaran de la correa; prolongaron la guerra, defraudaron todas las expectativas y pusieron en peligro la revolución. Entonces los trabajadores se sublevaron y tomaron el poder en sus propias manos. Por nuestra parte, nosotros hicimos todo lo posible para aumentar la confianza en la Revolución Rusa, para dejar claro a los trabajadores europeos que quienes representaban a la Revolución Rusa no eran ni Miliukov ni Kerensky, sino la clase trabajadora, el esforzado proletariado, el campesino que no explotaba el trabajo ajeno.

Eso fue lo que hicimos. Es cierto, camaradas, la victoria todavía no es nuestra. No nos engañamos a nosotros mismos ni os engañamos a vosotros. El militarismo europeo ha demostrado que sigue siendo demasiado fuerte, el movimiento de las masas trabajadoras todavía no le ha asestado ese golpe que traerá la salvación a los trabajadores europeos y también a nosotros, y el militarismo europeo ha hecho el mejor uso de la moratoria que le ha concedido la historia. La Revolución Rusa ha culminado, mientras que la europea aún no ha comenzado. Nuestras negociaciones con Alemania y el Imperio Austrohúngaro tuvieron lugar en esas circunstancias, después de que la confianza en la Revolución Rusa se viera socavada por las políticas de los Miliukovs, los Kerenskys, los Tseretellis y los Chernovs. Se nos dice: «Vosotros habéis firmado el Tratado de Brest-Litovsk, que es un tratado depredador y opresor». Es cierto, muy cierto, no existe un tratado más depredador, más opresivo que el Tratado de Brest-Litovsk. Pero en realidad, ¿qué es ese tratado? Es un pagaré, un viejo pagaré que ya había sido firmado por Nicolás Romanov, por Miliukov y por Kerensky, y que sin embargo tenemos que pagar nosotros.

¿Fuimos nosotros quienes empezamos esta guerra? ¿Fue la clase trabajadora la que desencadenó esta sangrienta matanza? No, fueron los monarcas, las clases adineradas, la burguesía liberal. ¿Fuimos nosotros quienes provocamos aquellos terribles desastres, cuando nuestros desgraciados soldados se vieron en los Cárpatos sin fusiles ni munición? No, fue el zarismo, apoyado por la burguesía rusa.

¿Y fuimos nosotros quienes, el 1 de julio de 1917, tiramos por la borda en aquella vergonzosa y criminal ofensiva el capital de la Revolución Rusa, su buen nombre y su autoridad? No, fueron los pactistas, los social-revolucionarios de derechas, los mencheviques, junto con la burguesía. Sin embargo, es a nosotros a quienes presentan la factura de todos aquellos crímenes, y nosotros, apretando los dientes, nos vimos obligados a pagar. Sabemos que era la factura de un usurero, pero, camaradas, no fuimos nosotros quienes suscribimos los préstamos, ni tampoco somos moralmente responsables de ellos ante el pueblo. Nuestra conciencia está perfectamente limpia. Nos presentamos ante la clase trabajadora de todos los países como un partido que cumplió con su obligación hasta el final. Hicimos públicos todos los tratados, declaramos sinceramente que estábamos dispuestos a firmar una paz honesta y democrática. Esa declaración sigue siendo válida, esa idea permanece en la conciencia de las masas trabajadoras de Europa, y ahí está, realizando su profundo trabajo subterráneo.

Es cierto, camaradas, que en el momento actual las fronteras de nuestro país no son seguras ni hacia el este ni hacia el oeste. Allá en Oriente, Japón lleva intentando desde hace mucho tiempo arrebatarnos las regiones más fértiles, más ricas de Siberia, y a la prensa japonesa lo único que le preocupa es el límite territorial sobre el que Japón está llamado a «salvar» a Siberia. De hecho, los periódicos dicen así: «Tendremos que responder ante Dios y el Cielo por el destino de Siberia». Algunos afirman que el cielo les ha encarecido que se apoderen de Siberia hasta Irkutsk, y otros dicen que hasta los Urales. Ése es el único punto de discusión entre las clases propietarias de Japón. Han estado buscando todo tipo de pretextos para llevar a cabo esa incursión. De hecho, este asunto empezó hace mucho tiempo. Ya bajo el zarismo, y posteriormente en tiempos de Tereshchenko y de Kerensky, Rusia protestaba, en documentos confidenciales, acerca de que Japón se estaba preparando para adueñarse de nuestros dominios del Extremo Oriente. ¿Y por qué? Simplemente porque son presa fácil. En realidad, ésa es la pura esencia del imperialismo internacional. Todas esas bonitas frases sobre «la democracia», «el destino de las pequeñas nacionalidades», «la justicia», «los mandamientos de Dios» no son más que palabras, expresiones que se emplean con el fin de engañar a la gente corriente; en realidad, las potencias tan sólo andan buscando algún botín

mal custodiado para metérselo en el bolsillo. Y yo digo que ésa es la esencia de las políticas imperialistas.

Y así, camaradas, al principio, hace aproximadamente seis semanas, los japoneses difundieron por todo el mundo el rumor de que el ferrocarril siberiano estaba a punto de caer en manos de los prisioneros alemanes y austrohúngaros que, aunque parezca mentira, se habían organizado y armado allí, y que 200.000 de ellos sólo estaban esperando la llegada de un general alemán. Incluso se daba el nombre de ese general; todo estaba perfectamente detallado con exactitud. El embajador japonés en Roma habló de ello y las noticias de una inminente toma del ferrocarril siberiano se hicieron circular por las emisoras de radio de los cuarteles generales japoneses a lo largo y ancho de América. Inmediatamente después, a fin de desenmascarar ante la mirada pública del mundo entero la vergonzosa mentira que se había difundido con el objetivo de preparar una incursión pirata, yo le hice la siguiente oferta a las delegaciones militares británica y estadounidense: «Denme un oficial británico y un oficial estadounidense y yo los enviaré de inmediato, junto con algunos representantes de nuestra comisaría de la Guerra, a lo largo del ferrocarril siberiano para que ellos puedan ver con sus propios ojos cuántos prisioneros alemanes y austríacos hay armados con la intención de adueñarse de los ferrocarriles siberianos».

Por educación no fueron capaces, camaradas, de rechazar esta oferta, y los oficiales designados por ellos partieron, tras recibir de mis manos los documentos que ordenaban a los Sóviets de Siberia concederles todas las facilidades posibles: permitirles que lo examinaran todo, que vieran todo lo que quisieran ver, que tuvieran acceso total y libre a todas partes. Posteriormente me fueron enseñando sus informes todos los días por cablegrama directo. Huelga decir que en ninguna parte pudieron hallar el mínimo rastro de prisioneros enemigos armados. Los oficiales vieron que, a diferencia del sistema ferroviario ruso, la línea siberiana estaba mejor custodiada, y que funcionaba mejor. Únicamente encontraron a 600 prisioneros húngaros armados, que eran internacionalistas socialistas y que se habían puesto a la entera disposición de las autoridades soviéticas contra todos sus enemigos. Eso fue todo lo que encontraron allí. Aquello demostró sobradamente que los imperialistas japoneses y los cuarteles generales japoneses habían engañado consciente y maliciosamente a la opinión pública para justificar la incursión depredadora en Siberia, a fin de poder

decir: «Los alemanes amenazaban la línea férrea siberiana, y nosotros, los japoneses, la rescatamos con nuestra incursión». Bueno pues *ese* subterfugio les falló; de forma que de inmediato inventaron otro sobre la marcha. En Vladivostok alguien había asesinado a dos o tres japoneses. Todavía no se había abierto una investigación sobre los hechos. ¿Quiénes eran los asesinos? ¿Eran agentes japoneses o vulgares bandidos, o espías alemanes o austríacos? Hoy por hoy nadie lo sabe. Sin embargo, aunque los asesinatos se cometieron el 4 de abril, los japoneses desembarcaron las primeras dos compañías en Vladivostok el 5 de abril. Cuando su cuento de hadas sobre la toma del ferrocarril siberiano por parte de los prisioneros alemanes resultó un fracaso, lo más sencillo era aprovecharse del asesinato de dos o tres japoneses, asesinados, con toda probabilidad, por orden del propio cuartel general japonés a fin de crear un pretexto plausible para atacarnos. Ese tipo de asesinatos a la vuelta de la esquina son una práctica habitual de la diplomacia capitalista internacional. Pero aquí la cosa se paró en seco; desembarcaron dos compañías y después se interrumpió el desembarco. Algunos agentes británicos, franceses y estadounidenses acudieron a nuestra comisaría y declararon: «Esto no es un caso de bandolerismo, ni siquiera un atisbo de bandolerismo y anexión, sólo es un incidente local, un malentendido local temporal»; en efecto, sí parece que los propios japoneses se mostraban vacilantes. En primer lugar, su propio país está exhausto por culpa del militarismo, y una expedición contra Siberia es un asunto a gran escala, complicado y costoso, ya que el obrero y el campesino siberianos, ese campesino fuerte y robusto al que tuve ocasión de estudiar detalladamente con anterioridad, y que nunca conoció la servidumbre, claramente iba a negarse a permitir que los japoneses le sometieran sin luchar. Allí iba a ser necesaria una lucha larga y enconada; y de hecho, en el propio Japón hay una facción que teme esa lucha. Por otra parte, los capitalistas estadounidenses que compiten directamente con Japón en las costas del Pacífico no quieren un reforzamiento de Japón, su principal enemigo.

Así pues, camaradas, ésta es la ventaja de nuestra posición: los bandidos y salteadores de caminos del mundo están a la gresca entre sí, luchando entre ellos por el botín. Esa rivalidad entre Japón y Estados Unidos en las costas del Extremo Oriente supone una gran ayuda para nosotros, ya que nos concede un respiro, nos da una oportunidad de hacer acopio de nuestras

fuerzas y de esperar el momento en que la clase trabajadora de Europa y del mundo se alce para ayudarnos.

En Occidente, camaradas, ahora mismo observamos un nuevo recrudecimiento de la terrible matanza que dura ya desde hace cuarenta y cinco meses. Antes parecía que ya se habían movilizado todas las fuerzas del infierno, que no podía inventarse nada más, que la guerra había acabado en un callejón sin salida. Si los países, que anteriormente habían luchado con sus fuerzas todavía intactas, no eran capaces de prevalecer unos sobre otros, parecía que no cabía esperar nada más, que no podía esperarse victoria alguna en ninguna parte. Pero ésa es precisamente la maldición: el brujo del capitalismo, tras invocar a este diablo de la guerra, se ve impotente para volver a exorcizarlo. Es imposible que, pongamos, la burguesía alemana se dirija a sus trabajadores y les diga: «Bueno, hemos llevado adelante esta terrible guerra durante cuatro años; habéis soportado muchos sacrificios y ¿qué os ha aportado esta guerra a vosotros? ¡Nada, absolutamente nada!». Y tampoco la burguesía británica puede dirigirse a sus trabajadores para presentarles un resultado similar a cambio de todos los inauditos sacrificios que han realizado.

Por ese motivo están prolongando esta matanza de forma automática, sin sentido, sin propósito, un día tras otro. Igual que una avalancha se desploma por la ladera de una montaña, ellos ruedan cuesta abajo por el peso de sus propios crímenes.

Es lo que ahora observamos una vez más en el suelo de la desdichada y desangrada Francia. Allí, camaradas, en suelo francés, el frente es de una naturaleza diferente del que había en nuestro país. Allí cada metro se estudia de antemano, se registra, se ubica en un mapa, y cada cuadrado se marca claramente. Allí se acumulan en ambos bandos colosales medios de destrucción, colosales máquinas monstruosas para el asesinato de masas, en una escala hasta ahora inconcebible incluso para la imaginación más poderosa.

Camaradas, yo viví dos años en Francia durante la guerra y recuerdo bien esos avances y retrocesos de los ataques, y después los lentos periodos de espera. Un ejército se alza contra otro, firmemente asidos entre sí, una trinchera contra otra, todo calculado, preparado. La opinión pública francesa se impacienta. Foch, la burguesía y el pueblo en general empiezan

a refunfuñar. «¿Durante cuánto tiempo esa terrible serpiente constrictora que es el frente seguirá chupando la sangre vital del pueblo? ¿Dónde está la salida? ¿A qué estamos esperando? O bien paramos la guerra o bien derrotamos al enemigo mediante una ofensiva y conseguimos la paz. O una cosa o la otra». Entonces la prensa burguesa empezaba a dar ánimos: «La próxima ofensiva, mañana, pasado mañana, la próxima primavera, asestará un golpe mortal a los alemanes».

Al mismo tiempo, unas plumas no menos corruptas y mercenarias escribían en la prensa alemana en favor de los obreros y los campesinos alemanes, en pro de las madres, las trabajadoras, las hermanas, las esposas alemanas: «No desesperéis, una ofensiva más en el frente francés y aplastaremos a Francia y os daremos la paz». De hecho, inmediatamente después, empezaba una ofensiva.

Incontables víctimas, cientos, miles, millones de personas morían en el transcurso de unos pocos días o unas pocas semanas. ¿Y el resultado? El resultado era que el frente se desplazaba un kilómetro o dos, a veces puede que más, en un sentido o en otro, pero los dos ejércitos seguían igual que antes, apretados uno contra el otro en un abrazo de muerte; y así ha ocurrido ya cinco o seis veces. Así ocurrió en el Marne durante el primer ataque fulminante contra París, y lo mismo pasó después, en el Yser, y más tarde en el Somme, en Cambrai. Y eso mismo está ocurriendo ahora en las colosales batallas actuales, unas batallas como nunca se habían presenciado a lo largo de toda la historia. Cientos de miles, millones de personas están muriendo en ellas en estos momentos, la flor de la humanidad europea está siendo destruida, sin sentido, sin propósito. Eso demuestra que no hay salvación a lo largo de la senda por la que caminan las clases gobernantes y sus lacayos, los pseudosocialistas.

Estados Unidos entró en la guerra hace más de un año y prometía concluirla al cabo de unos pocos meses. ¿Qué conseguía Estados Unidos a cambio de su intervención? Al principio estuvo esperando pacientemente allá, al otro lado del océano, mientras Alemania combatía con Inglaterra; y después intervino. ¿Por qué? ¿Qué quiere Estados Unidos? Estados Unidos quiere que Alemania agote a Inglaterra, y que Inglaterra agote a Alemania. En ese momento el capital estadounidense dará un paso al frente como un heredero que hurta el mundo entero. Y así, cuando Estados Unidos se dio cuenta de

que Inglaterra estaba siendo doblegada, y que Alemania estaba saliéndose con la suya, dijo: «Bueno, es necesario apoyar a Inglaterra —igual que la soga sujeta al ahorcado— a fin de que se agoten completamente entre ellos, para que el capital europeo se vea privado de la posibilidad de volver a ponerse en pie». Y en el momento actual leemos que en Washington, en virtud de la nueva ley de reclutamiento, se va a llamar a las armas a un millón y medio de hombres.

Al principio Estados Unidos pensó que iba a ser un asunto de poca monta, que sólo iba a consistir en prestar un poco de ayuda; pero en cuanto puso los pies en el sendero, la avalancha lo arrastró consigo y ahora tampoco Estados Unidos tiene forma de parar, y debe llegar hasta el amargo final. Y sin embargo, al principio de la guerra, al principio de la intervención estadounidense —que se produjo en enero o febrero del año pasado—, yo mismo presencié una manifestación por las calles de Nueva York, una sublevación en toda regla de los trabajadores estadounidenses, provocada por un terrible aumento de los precios. La burguesía estadounidense ha ganado miles de millones de dólares con la sangre del trabajador europeo; pero ¿qué consiguieron las amas de casa y las trabajadoras estadounidenses? La parte que les corresponde a ellas es la escasez y el astronómico coste de la vida. Lo mismo pasa en todos los países, tanto si la burguesía de uno u otro país gana como si sufre una derrota. Para los trabajadores, para las esforzadas masas, el resultado es el mismo: agotamiento de las reservas de alimentos, empobrecimiento, incremento de la esclavitud y la opresión, accidentes, lesiones, mutilados…, eso es lo que le llueve a las masas populares. Tampoco la propia burguesía puede ya decidir su camino, y precisamente por eso Alemania no nos estranguló por completo. Se detuvo en el frente oriental. ¿Por qué? Porque todavía tenía que saldar sus cuentas pendientes con Inglaterra y Estados Unidos. Inglaterra había conquistado Egipto, Palestina, Bagdad, ha puesto a Portugal bajo su influencia, ha estrangulado a Irlanda, pero Inglaterra «lucha por la libertad, por la paz, por la felicidad de las nacionalidades pequeñas y débiles». ¿Y Alemania? Alemania ha desvalijado la mitad de Europa, ha eliminado docenas de países pequeños, ha tomado Riga, Reval [Tallin] y Pskov. Sin embargo, leed sus discursos: ¡ellos declaran que han firmado la paz sobre la base de la autodeterminación de los pueblos! Primero desangran al pueblo, lo convierten en un cadáver, y después dicen:

«Ahora el pueblo ha autodeterminado que Alemania le ponga las manos encima».

Tal es la postura de la Revolución Rusa, de la República Soviética Rusa. Los peligros la acechan por todos lados: al este está la amenaza japonesa, al oeste está la amenaza alemana, y por supuesto también existen para nosotros, aunque no tan cercanas, las amenazas británica y estadounidense. A todos esos bandidos, fuertes y poderosos, les importaría bien poco descuartizar a Rusia, y si en el momento actual, hoy, tenemos ciertas garantías en contra de que ello ocurra, se debe al hecho de que esos países no serían capaces de llegar a un entendimiento mutuo, de que Japón se ve obligado a proseguir una lucha velada y subterránea contra una potencia tan fuerte como Estados Unidos, mientras que Alemania se ve obligada a mantener una lucha abierta y sangrienta tanto contra Inglaterra como contra Estados Unidos.

Y así, camaradas, en un momento en que los bandidos del mundo han llegado a las manos en el último y frenético asalto, la gente honrada tiene la posibilidad de descansar un poco, de recuperarse, de reponerse, de armarse, a la espera de la hora en que la clase trabajadora inflija el golpe mortal a esos bandidos del mundo.

Desde los primeros días de la revolución dijimos que la Revolución Rusa sería capaz de triunfar y de liberar al pueblo ruso sólo a condición de que marcara el inicio de una revolución en todos los países, pero que si en Alemania subsistía el reinado del capital, si en Nueva York proseguía la supremacía de la Bolsa, si en Inglaterra seguía prevaleciendo el imperialismo británico como hasta ese momento, entonces nosotros estaríamos acabados, dado que ellos eran más fuertes y más ricos que nosotros, y por ahora mejor educados, y dado que sus maquinarias militares eran más fuertes que las nuestras. Nos estrangularían porque —primero— eran más fuertes, y porque —segundo— nos odiaban. Nos habíamos sublevado, habíamos derrocado en nuestro país al Gobierno de la burguesía. Ésa es la fuente del odio hacia nosotros por parte de las clases propietarias de todos los países. Nuestra burguesía no puede compararse con la burguesía de Alemania o de Inglaterra. Allí es una clase fuerte, tiene un pasado propio, cuando realizó conquistas culturales, desarrolló las ciencias

y pensó que nadie más que ella podía prevalecer, que nadie más que ella podía gobernar el Estado.

Todo auténtico burgués piensa que la naturaleza misma le ha destinado para dominar, para mandar, para cabalgar a lomos de las esforzadas masas, mientras que el trabajador vive un día tras otro bajo un yugo y su horizonte es estrecho. En la leche materna ha ido absorbiendo los prejuicios de la esclavitud y piensa que gobernar el Estado, detentar el poder, es algo que está más allá de sus posibilidades, que él no ha nacido para ello, que está hecho de una sustancia más pobre.

Pero ¡quién lo iba a decir!, los obreros y los campesinos pobres de Rusia han dado el primer paso —un paso bueno y firme, aunque sólo sea el primero— para poner fin a las clases propietarias de su país, así como de todos los demás países. Ellos han demostrado que las masas trabajadoras están hechas de la misma sustancia de la que está hecha la gente en general, y que quieren detentar todo el poder en sus propias manos y gobernar todo el país. Naturalmente, cuando la burguesía vio que al tomar este poder íbamos completamente en serio, que sabíamos lo que queríamos, es decir, destruir el dominio del capital y poner en su lugar el dominio del trabajo, su odio hacia nosotros empezó a crecer prodigiosamente. Al principio, las clases propietarias, los explotadores, pensaban que se trataba únicamente de un malentendido temporal, que era sólo una oleada perdida de la revolución que nos había dado un poderoso impulso y que nos había levantado tan sólo, por así decirlo, por casualidad, que los trabajadores se habían adueñado del poder sólo durante un tiempo, y que todo aquello se acabaría en el plazo de una semana, o dos, o tres. Pero más adelante se fueron dando cuenta de que los trabajadores se mantenían firmes en sus nuevos puestos, y aunque decían que corrían tiempos duros, que les aguardaban dificultades aún más duras, que iban a padecer una ruina aún mayor y un hambre más intensa, una vez que hubieron asumido el poder, nunca permitirían que se les escapara de las manos. ¡Nunca!

Entonces, la burguesía de todos los países empezó a advertir que se estaba extendiendo una terrible infección desde el este, desde Rusia. En efecto, una vez que el trabajador ruso, el más ignorante, el más explotado y acosado de todos, ha tomado el poder en sus propias manos, tarde o temprano los trabajadores de los demás países deberán decirse necesariamente a sí mismos: «Si los trabajadores rusos, que son mucho más

pobres, más débiles, menos organizados que nosotros, fueron capaces de tomar el poder en sus propias manos, si nosotros, los obreros avanzados de todo el mundo, empuñamos el mismo garrote que los rusos y nos quitamos de encima a nuestra propia burguesía, y organizamos la industria en su conjunto, de verdad, seremos invencibles y crearemos una república universal de trabajadores».

Sí, camaradas, somos temidos; nos erguimos como un espectro ante la conciencia de las clases propietarias. Los imperialistas británicos combaten a los alemanes, pero de vez en cuando vuelven con angustia la mirada hacia nosotros con la intención de lanzarse al cuello de la Revolución Rusa. Análogamente, el imperialismo alemán, encadenado como está a su enemigo, no puede evitar lanzarnos de cuando en cuando una mirada furtiva, intentando encontrar una oportunidad favorable para apuñalarnos en el corazón. Los imperialistas de todos los demás países tienen una opinión parecida. No existen diferencias nacionales sobre esta cuestión, ya que los intereses comunes de los bandidos y las aves de presa los unen a todos ellos en nuestra contra, y dejadme que os recuerde, camaradas, que siempre os hemos dicho que si la revolución no se extendía a otros países, a largo plazo seremos aplastados por el capitalismo europeo. No dispondremos de una vía de escape y nuestra tarea en el momento actual es ganar tiempo, resistir hasta que dé comienzo la revolución en todos los países europeos, resistir, consolidar nuestra fuerza y plantarnos con mayor firmeza sobre nuestros pies, ya que actualmente somos débiles, estamos destrozados y con la moral baja.

Nosotros mismos conocemos nuestros pecados y no necesitamos las críticas del exterior, de la burguesía y de los pactistas que han socavado el Estado y la vida económica de Rusia; sus críticas no valen dos kopeks. Pero sí necesitamos nuestras propias críticas para poder darnos cuenta de nuestros propios pecados. Y en ese sentido, es necesario decir lo siguiente por encima de todo lo demás: la clase trabajadora rusa, el esforzado pueblo ruso, debe darse cuenta de que una vez que se ha hecho cargo del poder del Estado, ha asumido la responsabilidad del destino de todo el país, de toda la vida económica del Estado en su conjunto.

Por supuesto, incluso ahora la burguesía y sus lacayos siguen intentando ponernos palos en las ruedas. Por consiguiente, cada vez que se interponen en nuestro camino, seguiremos apartándolos como hasta ahora. En Oremburgo vuelven a enviar a sus Dutovs contra nosotros; Kornilov, también, intenta atacar Rostov. Allí nos encargaremos de las bandas de la Guardia Blanca burguesa sin piedad. Tiene que ser una norma para todos nosotros. En ese sentido no habrá ningún cambio en nuestra táctica. Si la burguesía sigue teniendo esperanzas de volver al poder, le quitaremos esa esperanza de una vez por todas. Si se subleva, volveremos a aplastarla, y si, a consecuencia de esto, se rompe el cuello, peor para ella. Es su problema. Ya se lo habíamos advertido.

Nosotros le ofrecemos lo mismo que a todos, la obligación universal del trabajo, un régimen de trabajo sin oprimidos ni opresores, y si a la burguesía no le gusta, si sigue mostrándose contumaz y sublevándose, el poder de los Sóviets debe adoptar medidas de represión contra ella.

Pero, camaradas, precisamente porque nosotros, todos nosotros como un solo hombre, no estamos dispuestos a permitir el restablecimiento del poder de la burguesía, de los señoritos, de la burocracia, y porque estamos dispuestos a defender el poder de la clase obrera y de los campesinos pobres hasta la última gota de nuestra sangre, debemos decirnos a nosotros mismos que a partir de hoy llevamos sobre nuestros hombros la más grande de las tareas y que, por consiguiente, debemos establecer en nuestro país un orden consolidado, un nuevo régimen de los trabajadores. Hemos heredado del pasado, del zarismo, de la guerra, del periodo Miliukov-Kerensky, una dislocación total de nuestros ferrocarriles, una dislocación de nuestras fábricas y de todas las ramas de la vida económica y social, y debemos poner todo eso en orden de funcionamiento, ya que somos responsables de todo ello.

Los Sóviets, los sindicatos, las organizaciones campesinas…, ésos son actualmente los que mandan en este país. Anteriormente, camaradas, vivíamos bajo un látigo, el látigo de la burocracia; pero ese látigo ya no está. Sólo hay organizaciones de obreros y campesinos pobres, y esas organizaciones deben enseñarnos a todos a saber y a recordar que cada uno de nosotros no es una unidad aislada, sino ante todo una parte de la clase trabajadora, de una gran asociación común cuyo nombre es «Rusia trabajadora», y que únicamente puede salvarse a través del trabajo

colectivo. Cuando los ferroviarios se llevan subrepticiamente un cargamento; cuando los individuos saquean los depósitos, o en general los bienes del Estado, nosotros debemos denunciarlo como el mayor crimen contra nuestro pueblo, contra la revolución. Debemos mantener una vigilancia sin descanso y decirle a ese tipo de traidores: «¡Estáis robando a las clases desposeídas, no a la burguesía, sino a vosotros mismos, a vuestro propio pueblo!». En el momento actual, todos y cada uno de nosotros, sea cual sea el cargo que cada uno ocupe en una fábrica o en los ferrocarriles, en todas partes debería sentirse igual que un soldado que ha sido destinado allí por el ejército de los trabajadores, por su propio pueblo, y cada uno de nosotros debe cumplir con su deber hasta el final.

Debemos crear esta nueva disciplina del trabajo, camaradas, a toda costa. La anarquía nos destruirá; el orden del trabajo nos salvará. En las fábricas debemos crear tribunales elegidos para castigar a los haraganes. Cada trabajador, una vez que se ha convertido en dueño de su país, debe recordar claramente su obligación de trabajar y su honor en el trabajo. Cada uno de nosotros debe cumplir una misma obligación: «Trabajo determinado número de horas al día con toda la energía, con toda la aplicación de la que soy capaz, ya que ahora mi trabajo es por el bien común. Trabajo a fin de equipar al campesino con las herramientas necesarias para su trabajo. Creo para él máquinas de aventar, arados, hoces, clavos, herraduras, todo lo que es necesario para la agricultura, y el campesino debe darme pan».

Aquí, camaradas, estamos aproximándonos a la cuestión del grano, la cuestión más espinosa para nosotros en el momento actual. Hay escasez de grano. Las ciudades pasan hambre y, sin embargo, la burguesía actual, los usureros de alguna parte de Tula, de Orel, de Kursk, o de otras provincias, han acaparado en sus manos enormes cantidades de grano, decenas de millones de *puds,* y se niegan rotundamente a entregarlo, se aferran a él y se resisten a cualquier intento de requisarlo.

Dejan que el grano se pudra, mientras que en las ciudades y en las provincias que no tienen grano los obreros y los campesinos se mueren de hambre. En el momento actual, la burguesía de los pueblos se está convirtiendo en el principal enemigo de la clase trabajadora. Quiere derrotar las resoluciones de los Sóviets por medio de la inanición, a fin de usurpar las tierras. Ellos, los usureros de los pueblos, las sanguijuelas, han

comprendido que la revolución socialista supone la muerte para ellos. Hay muchos de esos usureros de pueblo, en distintas partes del país, y actualmente nuestra misión es demostrarle por todas partes a los campesinos pobres que sus intereses están mortalmente enfrentados con los intereses de los campesinos ricos, y que si triunfan los usureros de los pueblos, se adueñarán de todas las tierras, y aparecerán nuevos señoritos; esta vez no serán miembros de la nobleza, sino de la clase de los usureros de pueblo. Es necesario que en los pueblos, los campesinos más pobres se unan con los obreros de las ciudades en contra de la burguesía de los pueblos y las ciudades, contra los usureros y las sanguijuelas de los pueblos. Esos usureros acaparan el grano, atesoran el dinero e intentan adueñarse de todas las tierras; y si lo consiguen, los campesinos pobres y la revolución en su conjunto estarán acabados. Advertimos a los usureros de los pueblos que seremos implacables con ellos. Aquí se trata de una cuestión de dar de comer a las ciudades, de no permitir que se queden sin su pan cotidiano nuestros niños de las ciudades, nuestras ancianas madres, nuestros ancianos, nuestros hombres y mujeres trabajadores de las ciudades y nuestras provincias donde escasea el pan. Como se trata de una cuestión de vida o muerte para los trabajadores, no consentiremos bromas. No nos detendrán los intereses de la burguesía de los pueblos, sino que, junto con los pobres de las ciudades y los pueblos, no tendremos miramientos con los bienes de la burguesía de los pueblos y requisaremos forzosamente y sin compensaciones sus almacenes de grano a fin de dar de comer a los pobres de las ciudades y los pueblos.

Pero para llevar a cabo una política firme respecto a nuestros enemigos, debemos introducir un estricto orden en nuestras propias filas. La cuestión es que, camaradas, ha aparecido mucha frivolidad, inexperiencia y deshonestidad en el seno de los sectores menos educados de la clase trabajadora. No debemos cerrar los ojos ante estos hechos. Algunos trabajadores argumentan: «¿Por qué tendría que intentarlo con todo mi empeño ahora? Todo está destrozado y, tanto si trabajo duro como si no, las cosas no van a cambiar por eso». Semejante actitud es criminal. Debemos fortalecer entre nosotros el sentido de la responsabilidad, de forma que cada uno de nosotros diga: «Si no cumplo con mi deber, toda la maquinaria funcionará todavía peor». Todos deben crear un sentido de disciplina en el trabajo, de obligación de trabajar y de responsabilidad conjunta. Tengo

órdenes, camaradas, del Comité Ejecutivo Central, de emprender la tarea de crear un ejército adecuadamente armado para la defensa de la Rusia socialista. Pero el Ejército Rojo será impotente, tres veces impotente, si nuestros ferrocarriles están mal, si nuestros molinos y nuestras fábricas están en ruinas, y si no llega comida desde los pueblos a las ciudades.

Es necesario ponerse a trabajar para fortalecer a la Rusia soviética en todos los flancos, concienzuda y honradamente. Debe establecerse un orden estricto en todas partes. Nuestro Ejército Rojo debe estar impregnado del nuevo propósito de ser la vanguardia armada del pueblo trabajador. La misión del Ejército Rojo es defender la autoridad del Estado de los obreros y los campesinos. Se trata de la misión más elevada que puede haber. Y para una misión de ese tipo hace falta disciplina, una disciplina firme, de hierro. Antes existía una disciplina para la defensa del zar, de los terratenientes, de los capitalistas, pero ahora cada soldado rojo debe decirse a sí mismo que la nueva disciplina está al servicio de la clase trabajadora; y nosotros, junto a vosotros, camaradas, introduciremos un nuevo juramento socialista soviético, no en nombre de Dios ni del zar, sino en nombre del pueblo trabajador, por el que, en caso de violación de los derechos del pueblo trabajador, o de incursión o ataque contra el poder del proletariado y de los campesinos pobres, el soldado jure que estará dispuesto a luchar hasta la última gota de su sangre. Y vosotros, todos vosotros, toda la clase trabajadora, seréis testigos de ese juramento, testigos y participantes de ese voto solemne.

Se acerca el Primero de Mayo, camaradas, y ese día volveremos a congregarnos con el Ejército Rojo en grandes asambleas, y haremos inventario de lo que se ha hecho, y dilucidaremos lo que todavía queda por hacer. Y todavía queda mucho por hacer.

Camaradas, para preparar el Primero de Mayo, el Gobierno soviético ha decretado que, donde sea posible, se eliminen de las calles los antiguos monumentos zaristas, los viejos ídolos de piedra y metal que nos recuerdan nuestra esclavitud de tiempos pasados. A continuación nos esforzaremos, camaradas, por erigir, en un futuro cercano, nuevos monumentos en nuestras plazas, monumentos al trabajo, monumentos a los obreros y los campesinos, monumentos que os recordarán a todos y cada uno de vosotros: mira, tú eras un esclavo, no eras nada y ahora tienes que llegar a ser todo,

debes subir a lo más alto, debes aprender, debes convertirte en el maestro de toda la vida.

Camaradas, el infortunio de las mujeres no es sólo que estén mal alimentadas, mal vestidas —por supuesto ése es el mayor infortunio— sino también que no les está permitido elevarse mentalmente, estudiar, desarrollarse. Hay muchos valores espirituales, elevados y hermosos. Están las ciencias y las artes, y todo ello es inaccesible para los que se esfuerzan duramente, porque los obreros y los campesinos se ven obligados a vivir como reos, encadenados a su carretilla. Es necesario liberar su forma de pensar, su conciencia, sus sentimientos.

Debemos encargarnos de que nuestros hijos, nuestros hermanos menores, tengan la oportunidad de familiarizarse con las conquistas de la mente, con las artes y las ciencias, y sean capaces de vivir como corresponde a un ser humano que se llama a sí mismo «señor de la creación» y no, como hasta ahora, como un desdichado esclavo, aplastado y oprimido. Todas estas cosas tendrá que recordarnos el Primero de Mayo, cuando habremos de reunirnos con el Ejército Rojo y declararemos: «Hemos tomado el poder en nuestras manos y no renunciaremos a él, y este poder no es un fin en sí mismo, sino un medio; un medio para conseguir otro objetivo grandioso, que es reconstruir la vida en su conjunto y hacer que toda la riqueza, todas las posibilidades de felicidad, sean accesibles a todo el pueblo; establecer por fin, por primera vez, un orden tal en este mundo que por un lado no requiera hombres encorvados y oprimidos, y por otro, que se libre de los que cabalgan a lomos de sus semejantes; establecer firmemente un sistema económico cooperativo común, un partido del trabajo colectivo, de forma que todos trabajen para el bien común, y que el pueblo en su conjunto viva como una familia honrada y afectuosa.

Tan sólo podremos materializar completamente todas esas cosas cuando la clase trabajadora de Europa nos apoye.

Camaradas, seríamos hombres desdichados, ciegos y de poca fe si perdiéramos siquiera durante un día nuestra convicción de que la clase trabajadora de otros países acudirá en nuestra ayuda y, siguiendo nuestro ejemplo, se alzará y llevará nuestra tarea a buen fin. Basta con recordar lo que están viviendo las esforzadas masas en este momento, las masas de soldados de Alemania en el frente occidental, donde se está produciendo

una furiosa e infernal ofensiva, en la que están pereciendo millones de hermanos nuestros a ambos lados del frente. ¿Acaso no corre por las venas de los trabajadores alemanes la misma sangre que corre por las nuestras? ¿Acaso no lloran las viudas alemanas exactamente de la misma forma cuando perecen sus maridos, o los niños huérfanos cuando matan a sus padres? La misma pobreza, la misma inanición asolan aquellas tierras; los mismos infelices mutilados regresan de las trincheras a las ciudades y los pueblos, y vagan como desdichadas sombras consumidas. Por todas partes la guerra produce las mismas consecuencias. La penuria y la pobreza más atroces reinan de forma indiscutible en todas las tierras. Y el resultado final será, a largo plazo, el mismo en todas partes: el levantamiento de las masas trabajadoras.

La tarea de la clase trabajadora alemana es más difícil que la nuestra, porque la maquinaria estatal alemana es más fuerte que la nuestra, está hecha de un material más resistente que el material del Estado de nuestro añorado zar. En aquel país los nobles, los capitalistas son ladrones, igual que los nuestros, igual de crueles; sólo que allí no son unos borrachos, unos vagos, unos malversadores de fondos públicos, sino ladrones eficaces, ladrones inteligentes, ladrones de verdad. Allí han construido una robusta caldera estatal, cuya presión es mantenida por los cuatro costados por las masas trabajadoras, una caldera hecha de sólidos materiales, y la clase trabajadora alemana tendrá que generar una buena cantidad de vapor antes de que la caldera explote. El vapor ya se está acumulando, igual que se estaba acumulando aquí, pero dado que la caldera es más robusta, hace falta más vapor. No obstante, camaradas, llegará el día en que esa caldera estallará, y entonces la clase trabajadora agarrará una escoba de hierro y empezará a barrer el polvo de todos los rincones del actual Imperio Alemán, y lo hará con la minuciosidad y la constancia de los alemanes, de forma que nuestros corazones se regocijarán cuando veamos cómo lo hacen.

Pero mientras tanto, nosotros decimos: «Estamos pasando por unos tiempos difíciles y agotadores, pero estamos dispuestos a soportar el hambre, el frío, la lluvia, y muchas otras calamidades e infortunios, porque tan sólo somos una parte de la clase trabajadora mundial y estamos luchando por su emancipación completa. Y nosotros resistiremos, camaradas, y continuaremos nuestra lucha hasta un final victorioso, repararemos las vías férreas, las locomotoras, pondremos la producción

sobre una base firme, arreglaremos el suministro de alimentos, haremos todo lo necesario con tal de que seamos capaces de conservar en nuestros cuerpos una mente alegre y un corazón fuerte y tenaz. Mientras nuestra alma siga viva, nuestra patria rusa está segura y la República Soviética se mantiene firmemente en pie».

Así pues, camaradas, no olvidemos, y recordémoselo a los que son menos conscientes que nosotros, que nos encontramos como una ciudad en la montaña, y que los trabajadores de todos los países nos miran y se preguntan conteniendo la respiración si nos vendremos abajo o no, si fracasaremos o si resistiremos en nuestra posición. Y por nuestra parte, nosotros les gritamos: «Os prometemos que defenderemos nuestra posición, que no fracasaremos, que seguiremos en el poder hasta el final». Pero vosotros, trabajadores de otros países, vosotros, hermanos, no agotéis demasiado nuestra paciencia, daos prisa, parad la matanza, derrocad a la burguesía, tomad el poder en vuestras manos, y entonces convertiremos todo el planeta en una república mundial de trabajadores. Todas las riquezas terrenales, todas las tierras y todos los mares; todas esas cosas serán un bien colectivo de toda la humanidad, sea cual sea el nombre de sus partes: inglesa, rusa, francesa, alemana, etcétera. Crearemos un estado fraternal: la tierra que nos dio la naturaleza. Araremos y cultivaremos esa tierra con unos principios cooperativos, la convertiremos en un jardín floreciente, donde nuestros hijos, nuestros nietos y bisnietos vivirán como en un paraíso. Hubo un tiempo en que la gente creía en las leyendas que hablaban de un paraíso. Se trataba de sueños vagos y confusos, el anhelo del alma del hombre oprimido que deseaba una vida mejor. Había un anhelo de una vida más pura y más justa, y el hombre decía: «Tiene que existir un paraíso así, por lo menos en el "otro" mundo, un país desconocido y misterioso». Pero nosotros decimos: ¡vamos a crear un paraíso así con nuestras esforzadas manos *aquí,* en *este* mundo, en la *Tierra,* para todos, para nuestros hijos y nietos, y para toda la eternidad!

[El presidente: «Es evidente que no hay oposición. El camarada Trotsky responderá a vuestras preguntas»].

Camaradas, aquí hay un gran número de preguntas, pero sólo voy a responder a las que sean de interés general.

«¿Es cierto que querías introducir una jornada de trabajo de diez horas?».

No, camaradas, eso no es cierto. A pesar de que los mencheviques y los SR de derechas lo están propagando, lo están difundiendo por radio, es una mentira. Ha surgido de la siguiente manera. En una de las reuniones yo dije: «Por supuesto, ahora todos nosotros deberíamos trabajar concienzudamente ocho horas al día, como tiene que ser, y si además queremos meter en cintura a la burguesía, y a quienes ayer nos destruían, en virtud del estricto principio del servicio laboral, podríamos elevar la riqueza de nuestro país en un altísimo grado en muy poco tiempo». Es necesario, decía yo, crear entre nosotros un sentimiento de responsabilidad por el destino del conjunto del país y trabajar con todas nuestras fuerzas, sin prisa pero sin pausa, igual que en una familia, por ejemplo, donde no hay discusiones sobre el trabajo que hay que realizar. Si se trata de una buena familia, una familia honrada, sus miembros no dicen: «Hoy yo he hecho más que tú». Si se da el caso de que un miembro cualquiera tiene más fuerza, trabajará más duramente. Al mismo tiempo, todos trabajan de forma que, si fuera necesario, a veces trabajarían hasta dieciséis horas al día, dado que no trabajan para un patrón, ni para un capitalista, sino para ellos mismos. Así fue como surgió la afirmación de que yo quería implantar una jornada laboral de diez o incluso de dieciséis horas en lugar de una jornada de ocho horas. Es una pura estupidez. Nosotros decimos: no hay necesidad de ello. Será suficiente si lográramos establecer a través de los sindicatos y los Sóviets una disciplina tan firme que todo el mundo trabajara ocho horas —en ningún caso más, y lo antes posible, incluso siete horas— y que el trabajo se hiciera a conciencia, es decir, que cada partícula del tiempo de trabajo estuviera realmente llena de trabajo, que todo el mundo supiera y recordara que trabaja para una asociación común, para un fondo común; eso es lo único para lo que estamos esforzándonos, camaradas.

Me siguen preguntando: *«¿Os llamáis comunistas socialistas, y sin embargo fusiláis y encarceláis a vuestros camaradas, los comunistas anarquistas?*».

Ésta es una cuestión, camaradas, que, en verdad, requiere una aclaración; es una cuestión grave, sin duda. Nosotros, los comunistas marxistas, estamos en profundo desacuerdo con la doctrina anarquista. Esa doctrina es

errónea, pero eso en ningún modo justificaría las detenciones, el encarcelamiento, por no hablar de los fusilamientos.

Primero explicaré en pocas palabras dónde radica el error de la doctrina anarquista. El anarquista afirma que la clase trabajadora no necesita un poder estatal; lo que necesita es organizar la producción. El poder estatal, dice, es un servicio burgués. El poder estatal es una maquinaria burguesa y la clase trabajadora no debe hacerse cargo de ella. Se trata de una idea completamente equivocada. Cuando uno organiza la vida económica en un pueblo, generalmente en áreas pequeñas, efectivamente no es necesario el poder estatal. Pero cuando uno organiza el sistema económico para el conjunto de Rusia, para un país grande —y por mucho que nos hayan quitado, seguimos siendo un país grande—, hace falta un aparato estatal, un aparato que hasta ahora ha estado en manos de una clase hostil que explotaba y robaba a los trabajadores. Nosotros decimos: a fin de organizar la producción de una forma nueva, es necesario apoderarse del aparato estatal, de la maquinaria del Gobierno, arrancársela de las manos al enemigo y aferrarla con nuestras propias manos. De lo contrario, no conseguiremos nada bueno. ¿De dónde procede la explotación, la opresión? Procede de la propiedad privada de los medios de producción. ¿Y quién la defiende, quién la apoya? El Estado, siempre y cuando esté en manos de la burguesía. ¿Quién puede abolir la propiedad privada? El Estado, en cuanto cae en manos de la clase trabajadora.

La burguesía dice: no toquéis el Estado, es un derecho hereditario sagrado de las clases «educadas». Y los anarquistas dicen: no lo toquéis, es un invento infernal, una máquina diabólica, no os acerquéis a ella. La burguesía dice: no se toca, es sagrada. Los anarquistas dicen: no se toca, es pecaminosa. Ambos dicen: no se toca. Pero nosotros decimos: no sólo la vamos a tocar, sino que nos haremos cargo de ella y la gestionaremos en nuestro propio interés, para la abolición de la propiedad privada, para la emancipación de la clase trabajadora.

Pero, camaradas, por muy equivocada que esté la doctrina de los anarquistas, es perfectamente inadmisible que se les persiga por ello. Muchos anarquistas son unos perfectos defensores de la clase trabajadora; sólo que no saben cómo se puede abrir el cerrojo, cómo abrir la puerta de entrada al reino de la libertad, y se amontonan delante de la puerta, dándose codazos unos a otros, pero son incapaces de averiguar cómo hay que darle

la vuelta a la llave. Pero ésa es su desgracia, no su culpa; no es un delito, y no hay que castigarles por ello.

Pero, camaradas, durante el periodo de la revolución, bajo la bandera del anarquismo —como todo el mundo sabe, y mejor que nadie el anarquista idealista honrado— ha acudido en tropel toda una hueste de vándalos, delincuentes habituales, ladrones y salteadores nocturnos. Un tipo que tan sólo ayer acabó de cumplir su condena de trabajos forzados por violación, o de cárcel por robo, o que ha sido deportado por bandolerismo, hoy declara: «Soy un anarquista, un miembro del club», del club Cuervo Negro, del club Tempestad, o Tormenta, del Lava, etcétera, etcétera, muchos, muchísimos nombres.

Camaradas, he hablado mucho sobre este asunto con los anarquistas idealistas, y ellos mismos dicen: «Muchos de esos delincuentes habituales, de esos vándalos y criminales se han colado en nuestro movimiento…».

Todos sabéis lo que sucede en Moscú. Calles enteras se ven obligadas a pagar un tributo. Se apoderan de edificios por encima de la autoridad de los Sóviets, de las organizaciones de trabajadores, y también ocurre que, cuando los Sóviets ocupan un edificio, esos vándalos disfrazados de anarquistas irrumpen en el edificio, instalan ametralladoras, se apoderan de vehículos blindados e incluso de artillería. En sus guaridas se han descubierto grandes cantidades de botín, montones de oro. Son simplemente saqueadores y ladrones que ponen en un compromiso a los anarquistas. El anarquismo es una idea, aunque equivocada, pero el vandalismo es el vandalismo; y nosotros les hemos dicho a los anarquistas: tenéis que trazar una línea muy estricta entre vosotros y los ladrones, ya que no existe un peligro mayor para la revolución que cuando empieza a pudrirse en el punto que sea, porque a continuación se desintegra todo el tejido de la revolución. El régimen soviético debe ser de una textura firme. Tomamos el poder no para saquear como unos salteadores o unos ladrones, sino a fin de introducir una disciplina de trabajo colectivo y una honesta vida laboral.

Yo sostengo que las autoridades soviéticas actuaron muy correctamente cuando le dijeron a los pseudoanarquistas: «No os figuréis que ha llegado vuestro reinado, no os figuréis que ahora el pueblo ruso o el Estado soviético es una carroña sobre la que se posan los cuervos para desmembrarla a picotazos. Si queréis vivir junto a nosotros bajo los principios del trabajo colectivo, someteos como hemos hecho nosotros a la

disciplina soviética común de la clase trabajadora, pero si os interponéis en nuestro camino, no nos reprochéis que el Gobierno de los trabajadores, el poder soviético, os trate sin ningún tipo de miramientos».

Si los pseudoanarquistas o, para decirlo francamente, los vándalos intentan en el futuro actuar de esa misma forma, el segundo escarmiento será tres veces, diez veces más severo que el primero. Se dice que entre esos vándalos hay unos pocos que son anarquistas honestos; si eso es cierto —y da la impresión de que eso es cierto por lo que respecta a unos pocos hombres—, resulta una verdadera lástima y es necesario devolverles la libertad lo más rápidamente posible. Es necesario expresarles nuestras sinceras disculpas, pero al mismo tiempo decirles: «Camaradas, anarquistas, a fin de que no vuelvan a producirse en el futuro errores de ese tipo, debéis poner una especie de línea divisoria entre vosotros y esos vándalos, una línea dura para que no os mezcléis unos con otros, para que uno pueda saber de una vez: ése es un ladrón, y ése es un idealista honrado…».

[En ese momento una conmoción, un ruido y una confusión general interrumpen al orador].

[El presidente: «No ha ocurrido nada extraordinario. Aproximadamente quince anarquistas han abandonado la sala en señal de protesta»].

Orden, camaradas.

Bueno, camaradas, acabamos de ver, a pequeña escala, un ejemplo de cómo un reducido grupo de hombres puede perturbar la solidaridad y el orden. Estábamos aquí, discutiendo tranquilamente nuestros problemas comunes. El estrado estaba abierto a quien quisiera. Los anarquistas tenían derecho a pedir su turno y a hablar, si así lo deseaban. Yo he hablado de los verdaderos anarquistas sin animosidad ni resentimiento, como puede atestiguarlo todo el mundo; es más, he dicho que entre los anarquistas hay muchos amigos de la clase trabajadora que están en un error, que no deben ser detenidos ni fusilados. ¿Contra quién he hablado con rencor? Contra los vándalos, que se ponen la careta de anarquistas a fin de destruir el orden y la vida y el trabajo de la clase obrera. No sé a qué bando pertenecen esas personas, que pensaban que era posible crear en una asamblea muy concurrida una escena provocadora de este tipo, que ha asustado a muchos

de vosotros y que ha traído la confusión y el caos a nuestra asamblea popular.

También me preguntan, camaradas, *«¿Por qué va a abolirse el principio electivo en el servicio militar?».* Voy a decir unas palabras al respecto. El principio electivo era necesario en nuestro antiguo Ejército, el que heredamos del zarismo, para destituir a los antiguos jefes, generales y coroneles, ya que en la mayoría de los casos habían sido instrumentos en manos de una clase hostil a nosotros, en manos del zarismo y de la burguesía. Por consiguiente, cuando los soldados-obreros y los soldados-campesinos necesitaban elegir comandantes por sí mismos, no elegían jefes militares, sino simplemente a aquellos representantes que pudieran defenderles de los ataques de las clases contrarrevolucionarias. Pero en la actualidad, camaradas, ¿quién está construyendo el Ejército? ¿La burguesía? No, los Sóviets de los obreros y los campesinos, es decir las mismas clases que componen el Ejército. Ahí no es posible una lucha interna. Tomemos como ejemplo los sindicatos. Los obreros del metal eligen su comité, y el comité designa a un secretario, a un administrativo y a un cierto número de personas que resultan necesarias. ¿Ocurre alguna vez que los trabajadores digan: «Por qué nuestros administrativos y nuestros tesoreros son designados y no elegidos?». No, ningún trabajador inteligente diría eso. De lo contrario, el comité diría: «Vosotros mismos habéis elegido el comité. Si no os gustamos, destituidnos, pero una vez que nos habéis confiado la dirección del sindicato, dadnos la posibilidad de escoger al administrativo o al cajero, dado que estamos más capacitados para opinar sobre esa materia que vosotros, y si nuestra forma de llevar los asuntos está mal, echadnos y elegid otro comité». El Gobierno soviético es igual que el comité de un sindicato. Es elegido por los obreros y los campesinos, y en cualquier momento que uno quiera, ante el Congreso de Sóviets de Todas las Rusias, es posible destituir a ese Gobierno y nombrar otro. Pero una vez que ha sido nombrado, hay que concederle el derecho de elegir a sus técnicos especialistas, a los administrativos, a los secretarios en el sentido amplio de la palabra, y en los asuntos militares en particular. Porque ¿es posible que el Gobierno soviético nombre a especialistas militares en contra de los intereses de las masas obreras y campesinas? Además, actualmente no existe otra forma, no hay ninguna otra vía abierta, más que la vía del

nombramiento. Ahora mismo, el Ejército está en proceso de formación. ¡Cómo podrían los soldados que acaban de ingresar en el Ejército nombrar a sus jefes! ¿Tienen algún voto por el que regirse? No tienen ninguno. Y por consiguiente las elecciones son imposibles.

¿Quién nombra a los comandantes? Los nombra el Gobierno soviético. Se guardan registros de los antiguos oficiales y de los individuos eminentes entre la clase de tropa y entre los suboficiales que han demostrado cualidades. Los candidatos reciben sus nombramientos sobre la base de esos registros. Si efectivamente suponen algún peligro, los comisarios se encargarán de ellos. ¿Qué es un comisario? Los comisarios se nombran entre los bolcheviques y los SR de izquierdas, es decir, de entre los partidos de la clase trabajadora y del campesinado. Dichos comisarios no intervienen en los asuntos militares. De esos asuntos se encargan los especialistas militares, pero los comisarios están muy atentos a que esos especialistas no abusen de su posición en contra de los intereses de los obreros o los campesinos. Y los comisarios están investidos de amplios poderes de control y de prevención de los actos contrarrevolucionarios. Si el líder militar emite una orden dirigida contra los intereses de los obreros y los campesinos, el comisario dice ¡Alto!, y se encargará personalmente de la orden y del líder militar. Si el comisario actuara injustamente, responderá de ello en estricto cumplimiento de las leyes.

En el primer periodo, camaradas, hasta el mes de octubre y durante el mes de octubre luchamos por el poder de las masas trabajadoras. ¿Quién se interpuso en nuestro camino? Fueron, entre otros, los generales, los almirantes, los burócratas saboteadores. ¿Qué hicimos nosotros? Luchar contra ellos. ¿Por qué? Porque la clase trabajadora marchaba hacia el poder y nadie debería haberse atrevido a evitar que lo tomara. Ahora el poder está en manos de la clase trabajadora. Y por tanto decimos: «Haced el favor de dar un paso al frente, caballeros saboteadores, y poneos al servicio de la clase trabajadora». Queremos hacer que trabajen, porque ellos también constituyen una determinada forma de capital. Ellos han aprendido algo que nosotros no aprendimos. El ingeniero civil, el médico, el general, el almirante…, todos ellos han estudiado cosas que nosotros no estudiamos. Sin el almirante no podríamos manejar un buque; no podríamos curar a una persona enferma sin el médico; y sin el ingeniero no podríamos construir una fábrica. Y a todas esas personas le decimos: «Necesitamos vuestros

conocimientos y os convocaremos al servicio de la clase trabajadora». Y ellos sabrán que si trabajan honradamente lo mejor que sepan tendrán las máximas oportunidades en su trabajo y nadie interferirá en sus asuntos. Todo lo contrario: la clase trabajadora es una clase suficientemente madura, y les prestará toda la ayuda que necesiten en su trabajo. Pero si ellos intentan utilizar sus cargos al servicio de la burguesía y contra nosotros, les recordaremos los días de octubre y otros días.

El orden social que estamos consolidando actualmente es un orden social del trabajo, un régimen de la clase obrera y de los campesinos pobres. Necesitamos a todos y cada uno de los especialistas y los intelectuales, siempre que no sean esclavos del zar o de la burguesía, y, si realmente son trabajadores cualificados, pueden unirse a nosotros y les recibiremos abierta y honestamente. Trabajaremos codo con codo con ellos porque estarán sirviendo al esforzado patrón de su país. Pero respecto a los que sabotean, intrigan, holgazanean y viven una vida de parásitos, camaradas, tan sólo dadnos la oportunidad de poner en buen orden nuestra organización e inmediatamente promulgaremos y pondremos en práctica una ley para ellos: quien no trabaje, quien se resista, quien sabotee, tampoco comerá. Les quitaremos la cartilla de racionamiento a todos los saboteadores, a todos los que socaven la disciplina de trabajo de la República Soviética.

También me preguntan: *«¿Por qué no introducimos el libre comercio de granos?».* Si en el momento actual, camaradas, introdujéramos el libre comercio de granos, en el plazo de dos semanas nos hallaríamos ante el espectro de la hambruna. ¿Qué ocurriría? Hay provincias donde hay abundancia de grano, pero donde actualmente la burguesía campesina no lo vende a precios fijos. Si los precios se liberaran de todo control, todos los especuladores, todos los comerciantes se abalanzarían sobre esas provincias productoras de grano y los precios del grano subirían en el plazo de unos pocos días o unas pocas horas, y alcanzarían los 50, 100 o 150 rublos por *pud.* Entonces esos especuladores empezarían a arrebatarse el grano entre ellos, lo tirarían a la vía férrea y se quitarían los vagones unos a otros. Actualmente hay entre nuestros trabajadores ferroviarios, sobre todo entre los de nivel superior, mucha corrupción; venden vagones a cambio de dinero y reciben sobornos. Si se proclamara el libre comercio de granos, los especuladores pagarían unos precios aún más altos por los vagones y

tendríamos que hacer frente a una desorganización aún mayor en los ferrocarriles. Y el grano que llegaría a las ciudades estaría muy lejos de vuestro alcance, trabajadores.

Por supuesto, los precios fijos del grano no nos traerán la salvación a menos que se establezca una firme disciplina en los ferrocarriles. Es necesario establecer un régimen más estricto entre los trabajadores de nivel superior y entre quienes fomentan los sobornos, la malversación y la rapacidad entre ellos. Y también es necesario que todo el personal de los ferrocarriles redoble sus energías.

A continuación debemos demostrarle a los usureros de los pueblos que no estamos de humor para bromas; que su obligación es entregar sus reservas de granos a precios fijos. Si no los entregan, es necesario quitárselos por la fuerza, por la fuerza armada de los campesinos pobres y los obreros. Lo que está en juego es la vida y la muerte de la gente, y no la de los especuladores y los usureros.

La situación es angustiosa en grado sumo, y no sólo en nuestro país. Holanda, por ejemplo, es un país neutral. No participó en la guerra. Sin embargo, el otro día llegaron telegramas que afirmaban que en Ámsterdam se han reducido las raciones a toda la población y que por las calles de la ciudad tuvo lugar un motín a causa del hambre. ¿Por qué? Porque en vez de arar, sembrar y segar, decenas de millones de hombres de todo el mundo han estado matándose unos a otros durante estos últimos cuatro años. Todos los países se han empobrecido y están exhaustos, y eso mismo nos pasa a nosotros. Por consiguiente, es necesario que pase cierto tiempo —un año o dos— antes de que renovemos nuestras reservas de granos, y mientras tanto únicamente nos ayudarán el trabajo, la disciplina, el orden y una fuerte presión sobre los usureros de los pueblos, sobre los especuladores y los gorrones. Si consolidamos todo eso, podremos resistir.

Y ahora permitidme que responda a la última pregunta, camaradas: *«Quién va a pagar la indemnización a Alemania, en virtud de lo dispuesto en el Tratado de Brest?»*.

¿Cómo podría decíroslo, camaradas? Si el Tratado de Brest-Litovsk es válido, entonces, por supuesto, pagará el pueblo ruso. Si en otros países permanecen los mismos Gobiernos que existen ahora, nuestra Rusia revolucionaria acabará en un ataúd y enterrada, y al Tratado de Brest le

sucederá uno nuevo, un Tratado de Petrogrado o de Irkutsk, que será tres veces, diez veces peor que el Tratado de Brest. La Revolución Rusa y el imperialismo europeo no pueden vivir uno al lado del otro durante mucho tiempo. Por ahora existimos porque la burguesía alemana sigue adelante con su sangriento litigio contra la burguesía inglesa y francesa. Japón está en rivalidad con Estados Unidos y, por consiguiente, mientras tanto, tiene las manos atadas. Por esa razón nos mantenemos a flote. En cuanto los saqueadores concluyan la paz, todos ellos se volverán en nuestra contra. Y entonces Alemania, junto con Inglaterra, partirá en dos el cuerpo de Rusia. De eso no cabe la mínima duda. Y el Tratado de Brest-Litovsk tendrá que caer. Se nos impondrá un tratado mucho más oneroso, más severo, más inmisericorde. Eso es lo que ocurrirá si los capitalistas europeos y estadounidenses siguen donde están, es decir si la clase trabajadora no se mueve del lugar que ocupa en la actualidad. Entonces estaremos acabados. Y además, por supuesto, el esforzado pueblo ruso tendrá que pagar por todo, pagará con su sangre, con su trabajo, pagará durante décadas y décadas, de una generación a otra. Pero camaradas, no tenemos motivos para pensar que después de esta guerra las cosas en Europa serán como antes.

La clase trabajadora de todos los países ha sido engañada por sus pseudosocialistas, por sus propios SR de derechas, sus mencheviques, por los Scheidemanns, los Davids y demás equivalentes de nuestros Tseretellis, Kerenskys, Chernovs, Martovs. Ellos les han dicho a los trabajadores: «Todavía no estáis maduros para tomar el poder en vuestras propias manos, debéis apoyar a la burguesía democrática». Y la burguesía democrática apoya a la gran burguesía, que apoya a los nobles, que a su vez apoyan al káiser. Así es como los mencheviques y los SR de derechas de Europa se han visto encadenados a la silla del káiser, o a la de Poincaré durante la guerra. Y así han transcurrido cuatro años. Es imposible admitir ni por un momento que tras una experiencia tan terrible de carnicería, de calamidades, de engaños y de agotamiento del país, la clase trabajadora, nada más salir de las trincheras, vuelva humildemente de nuevo a las fábricas y que todo el mundo, servilmente, igual que en tiempos pasados, ponga en funcionamiento los engranajes de la explotación capitalista. No. Al salir de las trincheras, la clase trabajadora presentará una factura a sus patronos. Dirá: «Nos habéis hecho pagar un tributo de sangre, ¿y qué nos

habéis dado a cambio? ¡Los viejos opresores, los terratenientes, la opresión del capitalismo, la burocracia!».

Repito: si en Occidente subsiste el capitalismo, se nos obligará a aceptar una paz que será diez veces peor que la Paz de Brest-Litovsk. No seremos capaces de mantenernos en pie. Se dice que quien tiene esperanzas en una revolución europea es un utópico, un visionario, un soñador. Y yo digo: «Quien no tiene esperanzas en una revolución en todos los países está preparando un ataúd para el pueblo ruso». En la práctica equivale a decir: «El bando que posee la máquina de matar más eficaz oprimirá y torturará con impunidad a los demás pueblos». Somos más débiles económica y técnicamente, es un hecho. ¿Estamos por consiguiente condenados? No, camaradas, no lo creo, no creo que la cultura europea en su conjunto esté condenada a la perdición, que el capital la destruirá con impunidad, la venderá en pública subasta, la desangrará, la aplastará. No lo creo. Creo, camaradas, y lo sé por experiencia y a la luz de la teoría marxista, que el capitalismo está viviendo sus últimos días. Al igual que una lámpara, antes de extinguirse, aviva su llama intensamente por última vez y después se apaga de repente, de la misma forma, camaradas, la poderosa llama del capitalismo se ha avivado en esta terrible y sangrienta matanza para iluminar el mundo de violencia, de opresión y de esclavitud en el que hemos vivido hasta ahora, y ha provocado que las masas trabajadoras se estremezcan de horror y despierten. Nosotros nos hemos sublevado, igual que se sublevará la clase trabajadora europea. Y entonces no sólo el Tratado de Brest-Litovsk saldrá volando hacia las profundidades del infierno, sino también muchas otras cosas: todos los déspotas coronados y no coronados, los bandidos y usureros imperialistas, y a eso le sucederá un reino de libertad y fraternidad entre los pueblos.

17. Lenin herido

El 30 de agosto de 1918, Dora Kaplan, una social-revolucionaria, intentó asesinar a Lenin. Trotsky regresó a toda prisa a Moscú desde la línea del frente a orillas del Volga, y pronunció este discurso ante el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Todas las Rusias.

Camaradas, entiendo que vuestra fraternal bienvenida se debe a que en estos días y en estas horas tan difíciles todos sentimos en lo más hondo, como hermanos, la necesidad de una unión más estrecha entre nosotros y con nuestras organizaciones soviéticas, y la necesidad de cerrar filas más apretadamente bajo nuestro estandarte comunista. En estos días y horas tan llenas de angustia, cuando nuestro portaestandarte, y con perfecto derecho podríamos calificarlo de portaestandarte internacional del proletariado, yace en su lecho de dolor luchando contra la terrible sombra de la muerte, nos sentimos más cerca unos de otros que en las horas de la victoria…

La noticia del atentado contra el camarada Lenin me llegó, a mí y a muchos otros camaradas, en Svyazhsk, en el frente de Kazán. Allí padecimos golpes, golpes desde la derecha, golpes desde la izquierda, golpes entre los ojos. Pero este nuevo golpe fue un golpe por la espalda, desde una emboscada en lo más profundo de la retaguardia. Este golpe traicionero ha abierto un nuevo frente, que por ahora es el más inquietante, el más alarmante para nosotros: el frente donde la vida de Vladimir Ilich se debate con la muerte. Cualesquiera que sean las derrotas que puedan aguardarnos en éste o en aquel frente, yo estoy, igual que vosotros, firmemente convencido de nuestra inminente victoria; ninguna derrota parcial en concreto podría resultar tan onerosa, tan trágica, para la clase trabajadora de Rusia y de todo el mundo, como lo sería un desenlace fatal de la lucha en el frente que recorre el pecho de nuestro líder.

Tan sólo hace falta reflexionar para comprender el odio concentrado que ha suscitado esta figura, y que seguirá suscitando entre todos los enemigos de la clase trabajadora. Porque la naturaleza produjo una obra maestra cuando creó en un individuo concreto una encarnación del pensamiento revolucionario y de la indomable energía de la clase trabajadora. Esa figura es Vladimir Ilich Lenin. La galería de líderes proletarios, de luchadores revolucionarios, es muy abundante y variada, y al igual que muchos otros camaradas que han estado en la tarea revolucionaria durante tres décadas, he tenido la oportunidad de conocer en diferentes países a muchas variedades del tipo de líder proletario: los representantes revolucionarios de la clase trabajadora. Pero únicamente en la persona del camarada Lenin tenemos una figura creada para nuestra época de sangre y hierro.

Hemos dejado atrás la época del denominado desarrollo pacífico de la sociedad burguesa, durante la que se fueron acumulando gradualmente las

contradicciones, mientras Europa atravesaba el periodo de la denominada paz armada y la sangre se derramaba casi únicamente en las colonias, donde el capital depredador torturaba a los pueblos más atrasados. Europa disfrutaba de su denominada paz del militarismo capitalista. En esa época se formaron y se desarrollaron los principales líderes del movimiento de la clase trabajadora europea. Entre ellos vimos a una figura tan importante como August Bebel. Pero Bebel reflejaba la época del desarrollo lento y gradual de la clase trabajadora. Junto con el coraje y una energía de hierro, la cautela más extrema en todos sus movimientos, el meticuloso sondeo del terreno, la estrategia de la espera y la preparación vigilante fueron características suyas. Bebel reflejaba el proceso de la acumulación molecular gradual de las fuerzas de la clase trabajadora: su pensamiento avanzaba paso a paso, al igual que la clase trabajadora alemana en la época de la reacción mundial fue ascendiendo tan sólo de forma gradual desde las profundidades, liberándose de la oscuridad y los prejuicios. Su figura espiritual fue creciendo, desarrollándose, se hizo más fuerte y creció en estatura, pero todo ello sucedió en el monótono terreno de la espera y la preparación vigilante. Así era August Bebel en sus ideas y en sus métodos: la figura más grande de una época que hemos dejado atrás y que ya pertenece a la eternidad.

Nuestra época está tejida de un material diferente. Ésta es la época en que las viejas contradicciones acumuladas han conducido a una monstruosa explosión y han despedazado el tegumento de la sociedad burguesa. En esta época, el holocausto de los pueblos europeos está echando por tierra todos los cimientos del capitalismo mundial. Es la época que ha puesto de manifiesto todas las contradicciones de clase y que ha dejado a la vista de las masas la horrible realidad de la destrucción de millones de personas en nombre de la pura codicia de beneficio económico. Y en el ámbito de esta época, la historia de Europa Occidental ha olvidado, soslayado o fracasado a la hora de hacer realidad la creación de *el* líder, y eso no es fruto del azar: porque todos los líderes que en vísperas de la guerra gozaban de la máxima confianza de la clase trabajadora europea reflejaban su pasado, pero no su presente…

Y cuando llegó la nueva época, esta época de terribles convulsiones y sangrientas batallas, desbordó la fuerza de los antiguos líderes. La historia tuvo a bien ¡y no por casualidad! crear una figura de un molde irrepetible en

Rusia, una figura que en sí misma refleja toda nuestra cruda y grandiosa época. Repito que no fue por casualidad. En 1847, la retrógrada Alemania producía en su seno la figura de Karl Marx, el más grande de todos los luchadores y pensadores, que anticipaba y señalaba los caminos hacia una nueva historia. En aquella época Alemania era un país retrógrado, pero la historia quiso que la *intelligentsia* alemana de aquellos tiempos experimentara un giro revolucionario, y que el máximo representante de esa *intelligentsia*, enriquecido con todos sus conocimientos científicos, rompiera con la sociedad burguesa, se pusiera del lado del proletariado revolucionario e ideara el programa del movimiento de los trabajadores y la teoría del desarrollo de la clase trabajadora.

Lo que Marx profetizaba en aquella época le corresponde a nuestra época hacerlo realidad. Pero para ello, nuestra época necesita nuevos líderes que deben ser portadores del gran espíritu de nuestra época, en la que la clase trabajadora ha ascendido hasta lo más alto de su tarea histórica y ve claramente la gran frontera que debe cruzar si pretendemos que la humanidad viva y no se pudra como una carroña al borde de la principal avenida de la historia. Para esta época la historia rusa ha creado un nuevo líder. Lo mejor que tenía la antigua *intelligentsia* revolucionaria de Rusia, su espíritu de abnegación, su audacia y su odio a la opresión, todo ello se ha concentrado en esa figura, que sin embargo, en su juventud, rompió irrevocablemente con el mundo de la *intelligentsia,* debido a su relación con la burguesía, y encarnó en su persona el significado y la sustancia del desarrollo de la clase trabajadora. Confiando en el joven proletariado revolucionario de Rusia, utilizando la rica experiencia del movimiento de la clase trabajadora mundial, transformando su ideología en una palanca para la acción, hoy en día esa figura se ha elevado hasta alcanzar su plena estatura en el horizonte político. Es la figura de Lenin, el hombre más grande de nuestra época revolucionaria.

Yo sé, y vosotros también, camaradas, que el destino de la clase trabajadora no depende de las personalidades individuales; pero eso no significa que la personalidad sea una cuestión irrelevante en la historia de nuestro movimiento y en el desarrollo de la clase trabajadora. Una personalidad no puede modelar a la clase trabajadora a su propia imagen y semejanza, ni indicar de forma arbitraria al proletariado éste o aquel camino

para su desarrollo, pero puede contribuir al cumplimiento de las tareas de los trabajadores y conducirlos más rápidamente hasta su meta. Los críticos de Karl Marx han señalado que predijo la revolución mucho antes de lo que se produjo en realidad. A esos críticos se les rebatió con perfecto derecho que, en la medida en que Marx se alzaba desde una elevada cumbre, las distancias le parecían más cortas.

Muchos, incluido yo mismo, también han criticado a Vladimir Ilich, más de una vez, porque parecía que no tenía en cuenta muchas causas secundarias y circunstancias concomitantes. Debo decir que eso podría ser un defecto para un líder político en una época de desarrollo gradual «normal»; pero ése es el mayor mérito del camarada Lenin como líder de la nueva época, durante la cual todo lo que resulta concomitante, superficial y secundario se desvanece y se pierde de vista en un segundo plano, dejando únicamente el antagonismo básico e irreconciliable de las clases en la temible forma de la guerra civil. Fijar su punto de mira revolucionario en el futuro, captar y señalar lo más importante, lo fundamental, lo que se necesita con más urgencia…, ése era el don peculiar de Lenin en su grado más alto. A quienes les ha sido concedido el privilegio, como me ha ocurrido a mí en este periodo, de observar de cerca a Vladimir Ilich trabajando y el funcionamiento de su mente, no han podido evitar celebrar con un entusiasmo abierto e inmediato —repito, con entusiasmo— el talento de esa mente penetrante y sagaz, que rechazaba todo lo externo, lo accidental, lo superficial, a fin de trazar las principales rutas y los principales métodos de acción. La clase trabajadora está aprendiendo a valorar únicamente a aquellos líderes que, tras revelar el camino del desarrollo, lo siguen sin vacilar, incluso cuando los prejuicios del propio proletariado se convierten temporalmente en un obstáculo en ese camino. Además de ese don de una mente poderosa, Vladimir Ilich también está dotado de una voluntad inflexible. Y la combinación de esas cualidades da lugar al verdadero líder revolucionario, que es la fusión de una mente valiente e inquebrantable y una voluntad acerada e inflexible.

Qué suerte que todo lo que decimos, oímos y leemos en nuestras resoluciones sobre Lenin no sea en forma de necrológica. Y sin embargo hemos estado tan cerca que… Estamos convencidos de que en este frente cercano, aquí en el Kremlin, la vida triunfará y Vladimir Ilich pronto volverá a estar entre nosotros.

He dicho, camaradas, que Lenin encarna la mente valiente y la voluntad revolucionaria de la clase trabajadora. Cabría decir que existe un símbolo interior, casi un designio consciente de la historia a ese respecto, en el hecho de que nuestro líder, en estas horas difíciles en que la clase trabajadora rusa combate con todas sus fuerzas en el frente exterior contra los checoslovacos, contra la Guardia Blanca, contra los mercenarios de Inglaterra y Francia, esté luchando contra unas heridas que le han sido infligidas por los agentes de esa misma Guardia Blanca, de esos checoslovacos, de esos mercenarios de Inglaterra y Francia. ¡Ahí hay una conexión interior y un profundo símbolo histórico! Y al igual que todos nosotros estamos convencidos de que en nuestra lucha contra los checoslovacos, los anglo-franceses y la Guardia Blanca somos más fuertes cada día y cada hora que pasa, puedo asegurar, en calidad de testigo ocular que acaba de regresar del escenario militar, que sí, que cada día nos hacemos más fuertes, que mañana seremos más fuertes que hoy, y pasado mañana seremos más fuertes que mañana; no me cabe duda de que no queda lejos el día en que podremos deciros que Kazán, Simbirsk, Samara, Ufa y las demás ciudades temporalmente ocupadas han regresado a nuestra familia soviética, exactamente de la misma forma que esperamos que el proceso de recuperación del camarada Lenin sea rápido.

Pero incluso ahora su imagen, la imagen inspiradora de nuestro líder herido que se ha retirado del frente durante un tiempo, se alza claramente ante nosotros. Sabemos que ni por un instante ha abandonado nuestras filas, ya que, incluso tras ser abatido por balas traicioneras, nos enardece a todos, nos convoca y nos impulsa hacia adelante. No he visto ni un solo camarada, ni un solo trabajador honesto que dejara caer los brazos influido por la noticia del traicionero atentado contra Lenin, pero sí he visto a docenas que apretaban los puños, cuyas manos iban en busca de sus pistolas; he oído a cientos y miles de bocas que juraban venganza inmisericorde contra los enemigos de clase del proletariado. Casi resulta innecesario que os cuente cómo reaccionaron los luchadores con conciencia de clase que están en el frente cuando se enteraron de que Lenin había sido abatido y tenía dos balas en el cuerpo. Nadie puede decir de Lenin que su carácter carezca de metal; pero ahora hay metal no sólo en su espíritu sino también en su cuerpo, y por ello es aún más querido por la clase trabajadora de Rusia.

No sé si nuestras palabras y los latidos de nuestros corazones le llegan ahora a Lenin en su lecho de dolor, pero no me cabe duda de que los percibe. No me cabe duda de que, incluso bajo el efecto de la fiebre, él sabe que también nuestros corazones laten al doble, al triple de velocidad. Ahora todos nosotros nos damos cuenta más claramente que nunca de que somos miembros de una única familia comunista soviética. Nunca la vida de cada uno de nosotros nos pareció un asunto tan secundario o terciario como en este momento, cuando la vida del hombre más grande de nuestro tiempo está en peligro de muerte. Cualquier loco puede pegarle un tiro en la cabeza a Lenin, pero volver a crear de nuevo esa cabeza…, eso resultaría una tarea difícil incluso para la propia naturaleza.

Pero no, Lenin pronto estará de nuevo en pie, para pensar y para crear, para combatir codo con codo con nosotros. A cambio le prometemos a nuestro amado líder que, mientras conservemos alguna fuerza mental en nuestras cabezas, mientras fluya algo de sangre por nuestros corazones, seguiremos siendo fieles al estandarte de la revolución comunista. Lucharemos contra los enemigos de la clase trabajadora hasta la última gota de nuestra sangre, hasta nuestro último aliento.

En el exilio

18. ¡Me juego la vida!

Después de ser primero marginado y después expulsado por Stalin, Trotsky fue desterrado de Moscú a Alma-Ata, y posteriormente vivió durante los años treinta en Turquía, Francia, Noruega y México, habitualmente bajo severas restricciones. Tras los juicios de escarmiento de Moscú, Trotsky fue invitado a pronunciar un discurso ante el Comité Estadounidense para la Defensa de León Trotsky en un multitudinario mitin en Nueva York, el 9 de febrero de 1937. Cuando a Trotsky le denegaron el visado, su discurso se leyó en su nombre.

Mis primeras palabras son de disculpa por mi lamentable inglés. En segundo lugar quisiera dar las gracias al comité que ha hecho posible que me dirija a vuestra reunión. El tema de mi discurso son los juicios de Moscú. No pretendo ni por un instante rebasar los límites de ese argumento, que ya de por sí es demasiado extenso. No voy a apelar a las pasiones, ni a vuestros nervios, sino a la razón. No me cabe duda de que la *razón* se hallará del lado de la *verdad.*

El juicio a Zinóviev y Kámenev ha provocado terror, agitación, indignación, desconfianza o, como mínimo, perplejidad en la opinión pública. El juicio a Pyatakov y Radek ha exacerbado una vez más esos sentimientos. Se trata de un hecho incontestable. Dudar de la justicia significa, en este caso, sospechar de un juicio amañado. ¿Puede imaginarse una sospecha más humillante contra un Gobierno que se presenta bajo el estandarte del socialismo? ¿De qué lado están los intereses del propio Gobierno soviético? Del lado de disipar esas sospechas. ¿Cuál es el deber de los verdaderos amigos de la Unión Soviética? Decirle con firmeza al

Gobierno soviético: «Es necesario disipar a toda costa la desconfianza del mundo occidental hacia la justicia soviética».

Responder a esa exigencia, «Nosotros tenemos nuestra justicia, lo demás no nos preocupa demasiado», significa ocuparse no de la ilustración socialista de las masas, sino con las políticas de prestigio inflado, al estilo de Hitler o Mussolini.

Incluso los «amigos de la URSS», que en su fuero interno están convencidos de la justicia de los juicios de Moscú (¿Y cuántos hay? ¡Es una lástima que no se pueda hacer un censo de las conciencias!), incluso esos amigos inquebrantables de la burocracia están obligados por el deber de exigir junto con nosotros la creación de una comisión de investigación autorizada. Las autoridades de Moscú deben presentar los testimonios pertinentes ante una comisión de esas características. Evidentemente no puede haber escasez de testimonios, ya que en virtud de ellos fueron fusiladas cuarenta y nueve personas en los juicios de «Kirov», sin contar los 150 que fueron fusilados sin juicio.

Recordemos que, a modo de garantes de la justicia de los veredictos de Moscú ante la opinión pública mundial, se presentan dos abogados: Pritt, procedente de Londres, y Rosenmark, de París, por no mencionar a Duranty, el periodista estadounidense. Pero ¿quién avala a esos garantes? Los dos abogados, Pritt y Rosenmark, reconocen con gratitud que el Gobierno soviético puso a su disposición todas las explicaciones pertinentes. Cabe añadir que Pritt, miembro del Consejo del Rey, fue invitado a Moscú en un momento afortunado, ya que la fecha del juicio se ocultó cuidadosamente al resto del mundo entero hasta el último momento. Así pues, el Gobierno soviético no contaba con humillar la dignidad de su justicia al recurrir entre bastidores a la ayuda de abogados y periodistas extranjeros. Pero cuando la Internacional Socialista y la Internacional Sindical solicitaron la oportunidad de enviar a sus abogados a Moscú, fueron tratadas —ni más ni menos— ¡como defensoras de asesinos y de miembros de la Gestapo! Ustedes saben, por supuesto que yo no soy partidario de la II Internacional ni de la Internacional Sindical. Pero ¿acaso no está claro que su autoridad moral está incomparablemente por encima de la autoridad de unos abogados complacientes? ¿Acaso no tenemos derecho a decir: «El Gobierno de Moscú olvida su "prestigio" ante las autoridades y los expertos, cuya aprobación tienen asegurada de antemano; está

alegremente dispuesto a nombrar asesor del GPU [Directorio político del Estado soviético] a Pritt, el "consejero del rey"»? Pero, por otra parte, hasta ahora ha rechazado brutalmente cualquier inspección que lleve implícita una garantía de objetividad e imparcialidad. ¡Ésos son los hechos incontestables y certeros! No obstante, a lo mejor, ¿podría ser inexacta esta conclusión? No hay nada más fácil que refutarla: que el Gobierno de Moscú presente ante una comisión internacional de investigación explicaciones serias, precisas y concretas respecto a todos los puntos dudosos de los juicios de Kirov. Y, aparte de dichos puntos dudosos, no hay, lamentablemente, ¡nada más! Precisamente por eso Moscú recurre a todo tipo de medidas para obligarme a mí, el principal acusado, a que guarde silencio. Bajo la terrible presión económica de Moscú, el Gobierno noruego me puso a buen recaudo. ¡Es una suerte que la magnánima hospitalidad de México permitiera que mi esposa y yo afrontáramos el nuevo juicio no encarcelados, sino en libertad! Pero todos los engranajes destinados a obligarme una vez más a guardar silencio han vuelto a ponerse en marcha. ¿Por qué Moscú teme tanto la voz de un solo hombre? Sólo porque yo sé la verdad, toda la verdad. Sólo porque yo no tengo nada que ocultar. Sólo porque estoy dispuesto a comparecer ante una comisión de investigación pública e imparcial con documentos, hechos y testimonios en mis manos, y a revelar la verdad hasta el final. *Yo declaro: si esta comisión decide que soy mínimamente culpable de los crímenes que Stalin me imputa, prometo por anticipado que me pondré voluntariamente en manos de los verdugos del GPU.* Eso, espero, está claro. ¿Lo han oído todos ustedes? Hago esta declaración ante el mundo entero. Pido a la prensa que publique mis palabras en los rincones más alejados de nuestro planeta. Pero si la comisión determina —¿me oyen?— que los juicios de Moscú son un asunto amañado, de forma consciente y premeditada, construido con los huesos y los nervios de seres humanos, no pediré a mis acusadores que se pongan voluntariamente ante un pelotón de fusilamiento. No, ¡para ellos será suficiente con la deshonra eterna en la memoria de las generaciones humanas! ¿Me oyen los acusadores del Kremlin? Les arrojo mi desafío a la cara. ¡Y espero su respuesta!

Mediante esta declaración respondo de pasada a las objeciones que me hacen a menudo los escépticos superficiales: «¿Por qué tenemos que creer a

Trotsky y no a Stalin?». Es absurdo enredarse en adivinaciones psicológicas. No se trata de una cuestión de confianza personal. ¡Es una cuestión de *verificación!* ¡Yo propongo una verificación! ¡Exijo esa verificación!

¡Oyentes y amigos! Hoy no esperéis de mí ni una refutación de las «pruebas», que no existen en este asunto, ni un análisis detallado de las «confesiones», esos monólogos *antinaturales,* artificiales, inhumanos que llevan en sí mismos su propia refutación. Me haría falta más tiempo que al fiscal para efectuar un análisis concreto de los juicios, porque es más difícil desenredar que enredar las cosas. Esa tarea la realizaré en la prensa y ante la futura comisión. Hoy mi tarea es desenmascarar la ferocidad *fundamental, original* de los juicios de Moscú, mostrar las fuerzas que han dado lugar al juicio amañado, sus verdaderas intenciones políticas, la psicología de sus participantes y de sus víctimas.

El juicio de Zinóviev y Kámenev se centraba en el «terrorismo». El juicio de Pyatakov y Radek colocaba en el centro del escenario, no ya el terror, sino la alianza de los trotskistas con Alemania y Japón para la preparación de la guerra, el desmembramiento de la URSS, el sabotaje a la industria y el exterminio de los trabajadores. ¿Cómo explicar esta evidente discrepancia? Porque, tras la ejecución de los dieciséis, nos dijeron que las confesiones de Zinóviev, Kámenev y los demás fueron voluntarias, sinceras, y se ajustaban a los hechos. Por añadidura, ¡Zinóviev y Kámenev exigían la pena de muerte para sí mismos! Entonces, ¿por qué no dijeron ni una palabra sobre la cuestión más importante: la alianza de los trotskistas con Alemania y Japón y el complot para desmembrar la URSS? ¿Es posible que se les olvidaran semejantes «detalles» del complot? ¿Es posible que ellos mismos, los líderes del denominado *centro,* no estuvieran al tanto de lo que sabían los acusados del último juicio, unos personajes de segunda categoría? El enigma se explica fácilmente: la nueva farsa se creó *después* de la ejecución de los dieciséis, a lo largo de los últimos cinco meses, como respuesta a los ecos desfavorables en la prensa mundial.

La parte más endeble del juicio de los dieciséis es la acusación formulada contra los viejos bolcheviques de participar en una alianza con la policía secreta de Hitler, la Gestapo. Ni Zinóviev, ni Kámenev, ni Smirnov, ni en general ninguno de los acusados con nombres políticos, confesó ese vínculo; ¡no llegaron a esos extremos de autohumillación! De ello se

deduce que yo, a través de intermediarios poco claros, desconocidos, como Olberg, Berman, Fritz David y otros, había formado una alianza con la Gestapo para lograr unos propósitos tan grandiosos como conseguir un pasaporte hondureño para Olberg. Todo el asunto era demasiado estúpido. Nadie estaba dispuesto a creerlo. Todo el juicio se vio desacreditado. Era necesario corregir a toda costa el error de bulto de los directores de escena. Era necesario rellenar el hueco. A Yagoda le sustituyó Yezhov. En el orden del día se incluyó un nuevo juicio. Stalin decidió responder a sus críticos de la forma siguiente: «¿No os creéis que Trotsky es capaz de formar una alianza con la Gestapo en beneficio de un Olberg y a cambio de un pasaporte de Honduras? Muy bien, os demostraré que la finalidad de su alianza con Hitler era provocar una guerra y repartirse el mundo». No obstante, para esta segunda y más grandiosa producción teatral, a Stalin le faltaban los actores principales: ya los había fusilado. ¡En los papeles protagonistas de los espectáculos principales sólo podía poner a actores secundarios! No está de más señalar que Stalin atribuía mucho valor a Pyatakov y a Radek como colaboradores. Pero no tenía más personas con nombres muy conocidos, que, aunque sólo fuera por sus remotos pasados, pudieran pasar por «trotskistas». Por ese motivo el destino se abatió duramente sobre Radek y Pyatakov. Se abandonó la versión de mis reuniones con la basura podrida de la Gestapo a través de intermediarios ocasionales y desconocidos. ¡De repente, se elevó la cuestión a la altura del escenario mundial! Ya no era cuestión de un pasaporte hondureño, sino de la partición en lotes de la URSS e incluso de la derrota de Estados Unidos. Con la ayuda de un gigantesco ascensor, el complot va subiendo en el transcurso de cinco meses desde la sucia escoria policial hasta lo más alto, donde se decide el destino de las naciones. Zinóviev, Kámenev, Smirnov, Mrachkovsky se fueron a la tumba sin enterarse de esas grandiosas maquinaciones, alianzas y perspectivas. ¡Tal es la *falsedad fundamental* de la última farsa!

A fin de ocultar, aunque sólo fuera ligeramente, la flagrante contradicción entre los dos juicios, Pyatakov y Radek testificaron, siguiendo el dictado del GPU, que ellos habían formado un centro «paralelo», en vista de la falta de confianza de Trotsky en Zinóviev y en Kámenev. ¡Resulta difícil imaginar una explicación más estúpida y embustera! Realmente, yo no tenía confianza en Zinóviev ni en Kámenev tras su capitulación, y no he tenido

contacto con ellos desde 1927. ¡Pero tenía aún menos confianza en Radek y en Pyatakov! Ya en 1929 Radek puso en manos del GPU al oposicionista Blumkin, que fue fusilado en secreto y sin juicio. He aquí lo que escribí en aquel momento en el *Boletín de la oposición* ruso, que se publica en el extranjero: «Tras perder los últimos restos de su equilibrio moral, Radek no se detiene ante nada». Me parece indignante verme obligado a citar unas declaraciones tan duras sobre las desventuradas víctimas de Stalin. Pero sería criminal ocultar la verdad por consideraciones sentimentales… Los propios Radek y Pyatakov consideraban a Zinóviev y a Kámenev sus superiores, y no se equivocaban en esa apreciación sobre sí mismos. Pero es más que eso. En la época del juicio a los dieciséis, el fiscal nombró a Smirnov como el «líder de los trotskistas en la URSS». El acusado Mrachkovsky, como prueba de su cercanía a mí, declaró que yo únicamente era accesible por intermediación suya, y a su vez el fiscal destacó ese hecho. En ese caso, ¿cómo era posible que no sólo Zinóviev y Kámenev, sino también Smirnov, el «líder de los trotskistas en la URSS», así como Mrachkovsky, no supieran nada acerca de los planes sobre los que había dado instrucciones a Radek, al que había denunciado públicamente como un traidor? Ésa es la principal falsedad del último juicio. Destaca por sí sola a la luz del día. Nosotros conocemos su origen. Nosotros vemos los hilos que hay fuera del escenario. Vemos la mano brutal que los maneja.

Radek y Pyatakov confesaron crímenes espantosos. Pero sus delitos, desde el punto de vista de los acusados y no de los acusadores, *carecen de sentido*. Con la ayuda del terror, del sabotaje, y de la alianza con los imperialistas, ellos habrían querido restablecer el capitalismo en la Unión Soviética. ¿Por qué? A lo largo de toda su vida habían luchado contra el capitalismo. Puede que les empujaran motivos personales: ¿El ansia de poder? ¿La sed de ganancias? Bajo cualquier otro régimen, ni Pyatakov ni Radek habrían podido esperar ocupar cargos más altos que los que ocupaban antes de su detención. ¿Acaso estaban sacrificándose de una forma tan estúpida debido a la amistad que sentían hacia mí? ¡Una hipótesis absurda! A través de sus actos, sus discursos y sus artículos a lo largo de los últimos ocho años, Radek y Pyatakov demostraron que eran mis acérrimos enemigos.

¿Terrorismo? Pero ¿es posible que los oposicionistas, después de toda la experiencia revolucionaria en Rusia, no fueran capaces de prever que eso

sólo serviría como pretexto para el exterminio de los mejores combatientes? No, ellos lo sabían, lo habían previsto, lo afirmaron cientos de veces. No, el terror no era necesario para nosotros. Por otra parte, era absolutamente necesario para la camarilla gobernante. El 4 de marzo de 1929, hace ocho años, yo escribí: «A Stalin sólo le queda una cosa: intentar trazar una línea de sangre entre el partido oficial y la oposición. Se ve absolutamente en la necesidad de *relacionar a la oposición con intentos de asesinato, con la preparación de una insurrección armada, etcétera*». Recuerden: ¡el bonapartismo nunca ha existido en la historia sin una policía dedicada a inventarse complots!

La oposición tendría que estar formada por cretinos para creer que una alianza con Hitler o con el mikado, que están ambos condenados a la derrota en la próxima guerra, que una alianza tan absurda, inconcebible, carente de sentido, pudiera proporcionarle a los marxistas revolucionarios otra cosa que no fuera la deshonra y la ruina. Por otra parte, semejante alianza —la de los trotskistas con Hitler— era muy necesaria para Stalin. Voltaire dice: «Si Dios no existiera, haría falta inventarlo». El GPU dice: «Si la alianza no existe, es necesario falsificarla».

En el núcleo de los juicios de Moscú hay un absurdo. Según la versión oficial, los trotskistas llevaban organizando desde 1931 el más monstruoso de los complots. Sin embargo, todos ellos, como obedeciendo a una orden, hablaban y escribían en un sentido, pero actuaban en otro. A pesar de los cientos de personas que estaban implicadas en el complot, a lo largo de un periodo de cinco años, no se reveló el mínimo indicio de él: no hubo escisiones, ni denuncias, ni cartas confiscadas, ¡hasta que sonó la hora de las confesiones generales! Entonces aconteció un nuevo milagro. Unas personas que habían organizado asesinatos, preparado la guerra, repartido la Unión Soviética, esos criminales redomados repentinamente confesaron en agosto de 1936 no bajo el peso de las pruebas —no, porque no había pruebas— sino por ciertas razones misteriosas, que unos psicólogos hipócritas afirman que son un atributo peculiar del «alma rusa». Imagínense: ayer organizaban descarrilamientos de trenes y envenenamientos de trabajadores por una invisible orden de Trotsky. Hoy son los acusadores de Trotsky y amontonan encima de él sus pseudocrímenes. Ayer sólo soñaban con matar a Stalin. Hoy todos ellos le cantan himnos de alabanza. ¿Qué es eso, un manicomio? No, nos aclaran

los señores Duranty, no es un manicomio, sino el «alma rusa». Caballeros, ustedes mienten acerca del alma rusa. Mienten sobre el alma humana en general.

El milagro consiste no sólo en la simultaneidad y la universalidad de las confesiones. El milagro, por encima de todo, es que, de acuerdo con las confesiones generales, los conspiradores hicieron algo que resultó ser fatídico precisamente para sus propios intereses políticos, pero sumamente útil para la camarilla de los líderes. Una vez más, los conspiradores declararon ante el tribunal justamente lo que habrían dicho los más serviles agentes de Stalin. La gente normal, siguiendo los dictados de su propia voluntad, nunca habría sido capaz de comportarse como lo hicieron Zinóviev, Kámenev, Radek, Pyatakov y los demás. La devoción por sus ideas, la dignidad política, el simple instinto de autoconservación les habrían llevado a luchar en defensa de sí mismos, de sus personalidades, de sus intereses, de sus vidas. La única pregunta razonable y pertinente es la siguiente: *¿Quién llevó a esas personas hasta un estado en que todos los reflejos humanos quedan destruidos, y cómo lo hizo?* En jurisprudencia hay un principio muy simple, que es la llave de muchos secretos: *id fecit cui prodest;* el culpable es la persona que se beneficia de ello. Toda la conducta de los acusados ha sido dictada de principio a fin, no por sus propias ideas e intereses, sino por los intereses de la camarilla gobernante. Y el pseudocomplot, y las confesiones, el teatral procesamiento y las ejecuciones totalmente reales, todo ello fue organizado por una misma mano. ¿De quién? *¿Cui prodest?* ¿A quién beneficia? ¡La mano de Stalin! ¡Lo demás es engaño, falsedad y charlatanería inútil sobre el «alma rusa»! En los juicios no figuraban luchadores, ni conspiradores, sino marionetas en manos del GPU. Interpretan papeles preasignados. El propósito de la deshonrosa representación: eliminar la oposición en su totalidad, envenenar la fuente misma del pensamiento crítico, instalar definitivamente el régimen totalitario de Stalin.

Repetimos: la acusación es un asunto amañado con premeditación. Esa trampa incriminatoria debe aparecer inevitablemente en todas y cada una de las confesiones de los acusados, si se examinan en paralelo a los hechos. El fiscal Vyshinsky lo sabe muy bien. Por eso no dirigió ni una sola pregunta concreta a los acusados, que les habrían puesto en considerables apuros. Los nombres, los documentos, las fechas, los lugares, los medios de

transporte, las circunstancias de las reuniones…, sobre esos hechos decisivos Vyshinsky ha corrido un velo de vergüenza, o mejor dicho, un velo desvergonzado. Vyshinsky despachó a los acusados, no con el lenguaje de un jurista, sino con el lenguaje convencional del antiguo maestro de la acusación amañada, con la jerga de los ladrones. El carácter insinuante de las preguntas de Vyshinsky —junto con la total ausencia de pruebas materiales—, eso es lo que constituye la *segunda prueba aplastante en contra de Stalin.*

Pero no me conformo con limitarme a estas pruebas negativas. ¡Oh, no! Vyshinsky no ha demostrado, ni puede demostrar, que las *confesiones subjetivas* eran auténticas, es decir, en consonancia con los *hechos objetivos*. Voy a emprender una tarea mucho más difícil: demostrar que todas y cada una de las confesiones son falsas, es decir que contradicen la realidad. ¿En qué consisten mis pruebas? Les daré un par de ejemplos. Necesitaría por lo menos una hora para exponerles los dos episodios principales: el supuesto viaje del acusado Holtzman para verme en Copenhague, a fin de recibir instrucciones terroristas, y el supuesto viaje del acusado Pyatakov para verme en Oslo, a fin de recibir instrucciones sobre el desmembramiento de la Unión Soviética. Tengo a mi disposición un completo arsenal de pruebas de que Holtzman no fue a verme a Copenhague, y de que Pyatakov no fue a verme a Oslo. Ahora mencionaré sólo las pruebas más sencillas, todas las que me permitan las limitaciones de tiempo.

A diferencia de los demás acusados, Holtzman indicaba la fecha (entre el 23 y el 25 de noviembre de 1932 —el secreto es sencillo, a través de los periódicos se sabía cuándo llegué a Copenhague—) y los siguientes detalles concretos: Holtzman vino a verme a través de mi hijo, León Sedov, con quien él, Holtzman, se reunió en el hotel Bristol. Respecto al hotel Bristol, Holtzman tenía un acuerdo previo con Sedov en Berlín. Cuando fue a Copenhague, Holtzman efectivamente se reunió con Sedov en el vestíbulo de dicho hotel. Desde allí ambos vinieron a verme. Durante el tiempo del encuentro de Holtzman conmigo, Sedov, según lo que decía Holtzman, salía y entraba frecuentemente en la habitación. Qué detalles más vívidos. Suspiramos de alivio: por fin estamos no ante unas confesiones confusas, sino también ante algo que se asemeja a un hecho. No obstante, lo triste del

asunto, queridos oyentes, es que mi hijo no ha estado en Copenhague, ni en noviembre de 1932, ni en ningún otro momento de su vida. ¡Les pido que lo tengan bien presente! En noviembre de 1932, mi hijo estaba en Berlín, es decir en Alemania y no en Dinamarca, y realizó vanos intentos de marcharse para reunirse conmigo y con su madre en Copenhague: no olviden ustedes que la democracia de Weimar ya estaba exhalando su último aliento y que la policía de Berlín se estaba volviendo cada vez más estricta. Todas las circunstancias referentes a las gestiones de mi hijo para su marcha están fundamentadas en pruebas precisas. Pueden confirmarse nuestras conversaciones telefónicas diarias con mi hijo entre Copenhague y Berlín a través de la compañía telefónica de Copenhague. Docenas de testigos, que en aquellos momentos nos rodeaban a mi esposa y a mí en Copenhague, sabían que esperábamos con impaciencia a nuestro hijo, pero en vano. Al mismo tiempo, todos los amigos de mi hijo en Berlín saben que intentó en vano conseguir un visado. Gracias precisamente a esos incesantes esfuerzos y obstáculos, el hecho de que el encuentro nunca se materializó permanece en la memoria de docenas de personas. Todas ellas viven en el extranjero y ya han realizado sus declaraciones por escrito. ¿Es suficiente con eso? ¡Espero que sí! ¿Que Pritt y Rosenmark a lo mejor dicen que no? ¡Es porque sólo son benévolos con el GPU! Muy bien, saldré a su encuentro a mitad de camino. Tengo pruebas aún más rotundas, aún más directas y aún más incontestables. De hecho, nuestra reunión con nuestro hijo tuvo lugar después de que nos marcháramos de Dinamarca, en Francia, de camino a Turquía. Esa reunión fue posible únicamente gracias a la intervención personal del primer ministro francés en aquella época, *monsieur* Herriot. En el Ministerio de Asuntos Exteriores francés se conserva el telegrama de mi esposa a Herriot, con fecha del 1 de diciembre, así como las instrucciones telegráficas de Herriot al Consulado francés en Berlín, el 3 de diciembre, para que le concedieran de inmediato un visado a mi hijo. Durante un tiempo temí que los agentes del GPU en París se apoderaran de aquellos documentos. Afortunadamente, no lo consiguieron. Por suerte, los dos telegramas aparecieron hace unas semanas en el Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Comprenden claramente lo que quiero decir? Ahora mismo tengo a mano copias de ambos telegramas. No citaré su contenido, ni los números, ni las fechas, para no perder tiempo: mañana se los entregaré a la prensa. En el pasaporte de mi hijo hay un visado

concedido por el Consulado francés el 3 de diciembre. La mañana del 4 mi hijo se marchó de Berlín. En su pasaporte están los sellos que le pusieron en la frontera aquel mismo día. El pasaporte se ha conservado en su integridad. Ciudadanos de Nueva York, ¿oyen ustedes mi voz desde Ciudad de México? ¡Quiero que ustedes oigan cada una de mis palabras pese a mi espantoso inglés! Nuestro encuentro con nuestro hijo tuvo lugar en París, en la Gare du Nord, en un tren de segunda clase, que nos llevó desde Dunkerque, ante la presencia de docenas de amigos que nos acompañaron y fueron a recibirnos. ¡Espero que con eso sea suficiente! Ni el GPU ni Pritt pueden ignorarlo. Están atrapados por una mordaza de hierro. Es imposible que Holtzman viera a mi hijo en Copenhague porque mi hijo estaba en Berlín. Mi hijo no pudo entrar y salir durante la reunión. Entonces, ¿quién se cree el hecho de la propia reunión? ¿Quién concederá la mínima credibilidad a toda la confesión de Holtzman?

Pero eso no es todo. De acuerdo con lo dicho por Holtzman, su encuentro con mi hijo tuvo lugar, como ya han escuchado ustedes, en el vestíbulo del hotel Bristol. Magnífico… Pero da la casualidad de que el hotel Bristol de Copenhague ¡fue demolido hasta los cimientos en 1917! En 1932, el lugar existía únicamente como un grato recuerdo. El hotel sólo se reconstruyó en 1936, precisamente en la época en que Holtzman hacía sus desafortunadas declaraciones. El servicial Pritt nos plantea la hipótesis de un probable «lapsus calami»*:* el estenógrafo ruso, verán ustedes, debió de oír incorrectamente la palabra «Bristol», y además, ninguno de los periodistas que informaron de ello, ni los redactores jefes corrigieron el error. ¡Bien! Pero ¿qué hay de mi hijo? ¿También fue un *lapsus calami* del estenógrafo? Ahí Pritt, siguiendo el ejemplo de Vyshinsky, guarda un elocuente silencio. En realidad el GPU, a través de sus agentes de Berlín, conocía los esfuerzos de mi hijo y supuso que se reunió conmigo en Copenhague. ¡He ahí la fuente del *lapsus calami!* Al parecer Holtzman conocía el hotel Bristol por los recuerdos de su emigración hace mucho tiempo, y por eso lo mencionó. ¡De ahí surge el segundo «lapsus calami»! Dos errores se combinan para formar una catástrofe: de las confesiones de Holtzman sólo queda una nube de polvillo de carbón, lo mismo que quedó del hotel Bristol en el momento de su demolición. Y mientras tanto —¡no lo olviden!— ésa es la confesión más importante en el juicio de los dieciséis: ¡de todos los viejos

revolucionarios, sólo Holtzman se había reunido conmigo y había recibido instrucciones terroristas!

Pasemos al segundo episodio. Pyatakov vino a verme en avión a Oslo desde Berlín a mediados de diciembre de 1935. De las trece preguntas específicas que le planteé al tribunal de Moscú cuando Pyatakov todavía estaba vivo, no se dio respuesta a ninguna. Cada una de esas preguntas tira por tierra el mítico viaje de Pyatakov. Mientras tanto, mi anfitrión noruego, Konrad Knudsen, diputado del Parlamento, y Erwin Wolf, mi antiguo secretario, ya han afirmado en la prensa que en diciembre de 1935 no recibí a ningún visitante ruso y que no hice ningún viaje sin ellos. ¿Esas declaraciones no les convencen? He aquí otra: las autoridades del aeropuerto de Oslo han establecido oficialmente, sobre la base de esos registros, que durante el mes de diciembre de 1935 ¡no aterrizó ni un solo avión extranjero en su aeropuerto! ¿No será que se ha colado otro *lapsus calami* en los registros del aeropuerto? Señor Pritt, ¡basta de errores de transcripción, y por favor invéntese algo más inteligente! Pero aquí su imaginación no le va a servir de nada: tengo a mi disposición docenas de testimonios directos e indirectos que ponen en evidencia las declaraciones del desventurado Pyatakov, al que el GPU obligó a volar en un avión imaginario para ir a verme, igual que la Santa Inquisición obligaba a las brujas a acudir a sus citas con el diablo montadas en escobas. La técnica ha cambiado, pero la esencia es la misma.

Indudablemente, en el teatro Hippodrome habrá juristas competentes. Les pido que dirijan su atención sobre el hecho de que ni Holtzman ni Pyatakov dieron la más remota indicación de mi dirección, es decir ni de la hora ni del lugar de la cita. Ni uno ni otro hablaron del pasaporte concreto, ni del nombre exacto con el que viajaron al extranjero. El fiscal ni siquiera les interrogó sobre sus pasaportes. La razón está clara: sería imposible encontrar sus nombre en las listas de personas que viajaron al extranjero. Es imposible que Pyatakov no pasara la noche en Noruega, porque en diciembre los días son muy cortos. No obstante, no mencionó ningún hotel. El fiscal ni siquiera le preguntó por el hotel. ¿Por qué? ¡Porque el fantasma del hotel Bristol flota por encima de la cabeza de Vyshinsky! El fiscal no es un fiscal, sino el inquisidor y el apuntador de Pyatakov, igual que Pyatakov no es más que la desventurada víctima del GPU.

En este momento yo podría presentar una enorme cantidad de testimonios y documentos que echarían abajo hasta sus mismísimos cimientos las confesiones de toda una serie de acusados: Smirnov, Mrachkovsky, Dreitzer, Radek, Vladimir Romm, Olberg; en resumen, todos los que intentaron en alguna medida aportar hechos, circunstancias de tiempo y lugar. Sin embargo, semejante tarea sólo puede realizarse eficazmente ante una comisión de investigación, con la participación de juristas que dispongan del tiempo necesario para un examen detallado de los documentos y para escuchar las declaraciones de los testigos.

Pero ya lo que he dicho aquí permite, así lo espero, hacer un pronóstico sobre el futuro desarrollo de la investigación. Por una parte, una acusación que es imaginaria hasta la médula; se acusa a toda la vieja generación de bolcheviques de una traición abominable, carente de sentido o finalidad. Para demostrar esa acusación, el fiscal no dispone de ninguna prueba material, a pesar de los miles y miles de detenciones y registros practicados. *¡La total ausencia de pruebas es la prueba más terrible contra Stalin!* Las ejecuciones se basan exclusivamente en confesiones forzosas. Y cuando se mencionan hechos en esas confesiones, se deshacen en polvo al primer contacto con un examen crítico.

El GPU es culpable no sólo de un juicio amañado. Es culpable de pergeñar una incriminación corrompida, burda y estúpida. La impunidad es depravante. La ausencia de control paraliza la crítica. Los falsificadores desempeñan su trabajo de cualquier manera. Confían en el efecto acumulativo de las confesiones y de… las ejecuciones. Si uno compara cuidadosamente la naturaleza fantástica de la acusación en su integridad con la manifiesta falsedad de las declaraciones fácticas, ¿qué queda de todas esas monótonas confesiones? ¡El hedor asfixiante de un tribunal inquisitorial, y nada más!

Pero existe otro tipo de prueba que a mí me resulta no menos importante. El año de mi deportación, y durante los ocho años de mi emigración, escribí aproximadamente dos mil cartas a mis amigos íntimos y distantes, cartas dedicadas a las muy vitales cuestiones de la política del momento. Dispongo de las cartas que recibí y de copias de mis respuestas. Gracias a su continuidad, dichas cartas revelan, por encima de todo, las profundas contradicciones, los anacronismos y las claras absurdidades de la acusación, no sólo por lo que se refiere a mí y a mi hijo, sino también respecto a los

demás acusados. No obstante, la importancia de esas cartas va más allá de ese hecho. Toda mi actividad teórica y política de esos años está reflejada sin un solo hueco en esas cartas. Las cartas complementan mis libros y mis artículos. El examen de mi correspondencia, me parece, es de una importancia decisiva para la caracterización política y personal de la personalidad; no sólo de la mía, sino también de la de mis corresponsales. Vyshinsky no ha podido presentar ni una sola carta ante el tribunal. Yo presentaré ante la comisión, o ante un tribunal, miles de cartas, dirigidas, por añadidura, a las personas que me son más próximas y a las que no tengo nada que ocultar, en particular las dirigidas a León, mi hijo. Tan sólo esa correspondencia, por su fuerza de convicción interna, echa por tierra la farsa estalinista. El fiscal, con sus subterfugios y sus insultos, y los acusados con sus confesiones en forma de monólogo no tienen nada a lo que agarrarse. Tal es la relevancia de mi correspondencia. Ése es el contenido de mis archivos. Yo no pido la confianza de nadie. Apelo a la razón, a la lógica, a la crítica. Presento hechos y documentos. ¡Exijo una verificación!

Entre ustedes, queridos oyentes, debe de haber no pocos que digan libremente: «Las confesiones de los acusados son falsas, eso está claro, pero ¡el secreto está en cómo pudo Stalin conseguir tales confesiones!». En realidad, el secreto no es tan profundo. La Inquisición, con unas técnicas mucho más simples, arrancaba todo tipo de confesiones de sus víctimas. Por eso el derecho penal democrático renunció a los métodos de la Edad Media, porque no conducían al esclarecimiento de la verdad, sino a una simple confirmación de las acusaciones dictadas por el juez instructor. Los juicios del GPU tienen un carácter totalmente inquisitorial: ¡ése es el simple secreto de las confesiones!

Toda la atmósfera política de la Unión Soviética está impregnada del espíritu de la Inquisición. ¿Han leído ustedes el librito de André Gide titulado *Regreso de la URSS?* Gide es un amigo de la Unión Soviética, pero no un lacayo de la burocracia. Además, este artista tiene ojos. Un pequeño episodio que aparece en el libro de Gide es de inestimable ayuda para comprender los juicios de Moscú. Al final de su viaje, Gide quiso enviarle un telegrama a Stalin, pero al no haber recibido una educación inquisitorial, se dirigía a Stalin con la simple y democrática palabra «tú». ¡Se negaron a

aceptarle el telegrama! Los representantes de la autoridad le explicaron a Gide: «Cuando uno le escribe a Stalin, tiene que decir: "líder de los trabajadores", o "comandante del pueblo", y no la simple y democrática palabra "tú"». Gide intentó argumentar: «¿Es que Stalin no está por encima de ese tipo de adulación?». No sirvió de nada. Siguieron negándose a aceptar su telegrama sin la adulación bizantina. Al final Gide declaró: «Me someto en esta aburrida batalla, pero declino toda responsabilidad…». De esa forma, un escritor universalmente reconocido y un invitado de honor acabó desistiendo en el plazo de unos minutos y se vio obligado a firmar no el telegrama que él quería enviar, sino el que le dictaron unos inquisidores del tres al cuarto. Quien tenga un mínimo de imaginación, que se haga una idea, no de un viajero de renombre, sino de un desventurado ciudadano soviético, un oposicionista, aislado y perseguido, un paria, al que le obligan a escribir, no telegramas de saludo a Stalin, sino docenas y docenas de confesiones de sus delitos. Puede que en este mundo haya muchos héroes que sean capaces de soportar todo tipo de torturas, físicas o morales, infligidas a ellos mismos, a sus esposas, a sus hijos. Yo no lo sé… Mis observaciones personales me informan de que las capacidades del sistema nervioso humano son limitadas. Por medio del GPU, Stalin puede atrapar a su víctima en un abismo de negra desesperación, de humillación, de infamia, de forma que acabe asumiendo los crímenes más monstruosos, con la perspectiva de una muerte inminente o de un débil rayo de esperanza para el futuro como único resultado. ¡Si es que esa víctima no contempla, de hecho, la posibilidad del suicidio, cosa que Tomsky prefirió! Antes que él, Joffe también encontró esa misma vía de escape, así como Glazman y Boutov, dos miembros de mi secretaría militar, Bogdan, que fue secretario de Zinóviev, mi hija Zinaida, y muchas docenas más. El suicidio o la postración moral: ¡no hay otra elección! Pero no olviden ustedes que en las cárceles del GPU ¡hasta el suicidio es a menudo un lujo inaccesible!

Los juicios de Moscú no deshonran la revolución, porque son hijos de la reacción. Los juicios de Moscú no deshonran a la vieja generación de bolcheviques; tan sólo vienen a demostrar que incluso los bolcheviques están hechos de carne y hueso, y que no resisten indefinidamente cuando sobre sus cabezas se balancea el péndulo de la muerte. Los juicios de Moscú deshonran el régimen político que los ha concebido: ¡el régimen del

bonapartismo, sin honor y sin conciencia! Todos los ejecutados murieron exclamando maldiciones contra este régimen.

Quien lo desee, que derrame amargas lágrimas porque la historia avanza de una forma tan desconcertante: dos pasos hacia adelante, un paso hacia atrás. Pero las lágrimas no sirven de nada. ¡Es necesario, según el consejo de Spinoza, no reír, no llorar, sino comprender!

¿Quiénes son los principales acusados? Viejos bolcheviques, fundadores del partido, del Estado soviético, del Ejército Rojo, de la Internacional Comunista. ¿Quién formula las acusaciones contra ellos? Es *Vyshinsky,* un abogado burgués, que se autodenominó menchevique tras la Revolución de Octubre y que se unió a los bolcheviques tras su victoria definitiva. ¿Quién escribió los repugnantes libelos sobre los acusados en *Pravda?* Fue *Zaslavsky,* antiguo pilar de una revista del sector bancario, al que Lenin tildaba de «granuja» en sus artículos. El antiguo director de *Pravda,* Bujarin, es detenido. Ahora el principal baluarte de *Pravda* es *Koltzov,* un folletinista burgués, que durante toda la guerra civil permaneció en el bando de los blancos. *Sokólnikov,* un participante de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, es condenado por traición. *Rakovsky* está en espera de acusación. Sokólnikov y Rakovsky fueron embajadores en Londres. Ahora su puesto lo ocupa *Maisky,* un menchevique de derechas, que durante la guerra civil fue ministro del Gobierno blanco en el territorio controlado por Kolchak. *Troyanovsky,* embajador soviético en Washington, trata a los trotskistas como contrarrevolucionarios. El propio Troyanovsky, durante los primeros años de la Revolución de Octubre, fue miembro del Comité Central de los mencheviques, y se unió a los bolcheviques sólo después de que éstos empezaran a repartir apetitosos cargos. Antes de llegar a ser embajador, Sokólnikov fue comisario popular de Finanzas. ¿Quién ocupa ahora ese cargo? *Grinko,* que al lado de la Guardia Blanca luchó en el Comité de Bienestar durante 1917 y 1918 contra los Sóviets. Uno de los mejores diplomáticos soviéticos fue Joffe, el primer embajador en Alemania, que se vio obligado a suicidarse por culpa de las persecuciones. ¿Quién le sustituyó en Berlín? Primero el oposicionista arrepentido Krestinsky, después *Khinchuk,* antiguo menchevique, que participó en el contrarrevolucionario Comité de Bienestar, y por último *Suritz,* que también

se pasó el año 1917 al otro lado de las barricadas. Podría seguir adelante indefinidamente con esta lista.

Estos espectaculares cambios en el personal, especialmente llamativos en las provincias, tienen unas profundas causas sociales. ¿Cuáles son esas causas? Ha llegado el momento, queridos oyentes, y ya iba siendo hora, de reconocer, por fin, que en la Unión Soviética se ha formado una nueva aristocracia. La Revolución de Octubre se abrió paso bajo el estandarte de la igualdad. La burocracia es la encarnación de una desigualdad monstruosa. La revolución acabó con la nobleza. La burocracia crea una nueva burguesía. La revolución destruyó los títulos y las condecoraciones. La nueva aristocracia produce mariscales y generales. La nueva aristocracia absorbe una enorme parte de la renta nacional. Su posición ante el pueblo es engañosa y falsa. Sus líderes se ven obligados a ocultar la realidad, a engañar a las masas, a disfrazarse ellos mismos, llamando negro a lo blanco. El conjunto de la política de la nueva aristocracia es un amaño. La nueva constitución no es más que un amaño.

El miedo a la crítica es miedo a las masas. La burocracia tiene miedo del pueblo. La lava de la revolución todavía no se ha enfriado. La burocracia no puede aplastar a los descontentos y a los críticos mediante una represión sangrienta tan sólo porque éstos exijan un recorte de los privilegios. Por esa razón las falsas acusaciones contra la oposición no son actos ocasionales, sino un *sistema,* que emana de la actual situación de la casta gobernante.

Recordemos cómo actuaron los termidorianos de la Revolución Francesa con los jacobinos. El historiador Aulard escribe: «Los enemigos no se conformaron con el asesinato de Robespierre y sus amigos; los calumniaban, representándolos ante los ojos de Francia como monárquicos, como personas que se habían vendido a países extranjeros». Stalin no ha inventado nada. Sencillamente ha sustituido monárquicos por fascistas.

Cuando los estalinistas nos llaman «traidores», en esa acusación no sólo hay odio sino también una especie de sinceridad. Ellos creen que nosotros traicionamos los intereses de la casta sagrada de generales y mariscales, los únicos capaces de «construir el socialismo», pero que de hecho ponen en peligro la idea misma de socialismo. Por nuestra parte, nosotros consideramos a los estalinistas unos traidores a los intereses de las masas soviéticas y del proletariado mundial. Es absurdo explicar una disputa tan feroz en función de motivos personales. Es una cuestión no sólo de

programas diferentes, sino también de intereses sociales diferentes, que chocan entre sí de una forma cada vez más hostil.

«¿Y cuál es su diagnóstico general?», me preguntarán ustedes. «¿Cuál es su prognosis?». Ya lo he dicho antes. Mi discurso se centra únicamente en los juicios de Moscú. El diagnóstico y las prognosis sociales constituyen el contenido de mi nuevo libro: *La revolución traicionada: qué es y adónde va la URSS.* Pero les diré en pocas palabras lo que pienso.

Las principales conquistas de la Revolución de Octubre, las nuevas formas de propiedad que permiten el desarrollo de las fuerzas productivas, aún no han sido destruidas, pero ya han entrado en un conflicto irreconciliable con el despotismo político. El socialismo es imposible sin la actividad independiente de las masas y sin el florecimiento de la personalidad humana. El estalinismo pisotea ambas cosas. Es inevitable un conflicto revolucionario abierto entre el pueblo y el nuevo despotismo. El régimen de Stalin tiene los días contados. ¿Qué lo sustituirá: la contrarrevolución capitalista o la democracia de los trabajadores? La historia todavía no ha decidido esa cuestión. La decisión también depende de la actividad del proletariado mundial.

Si admitimos por un momento que el fascismo va a triunfar en España, y por tanto también en Francia, el país soviético, rodeado por un cerco fascista, estará abocado a una ulterior degeneración, que deberá extenderse desde la superestructura política hasta los fundamentos económicos. En otras palabras, la debacle del proletariado europeo probablemente significará el aplastamiento de la Unión Soviética.

Si, por el contrario, las esforzadas masas de España derrotan al fascismo, si la clase trabajadora de Francia elige de una vez por todas el camino de su liberación, ¡las masas oprimidas de la Unión Soviética enderezarán la espalda y levantarán la cabeza! Entonces sonará la última hora del despotismo de Stalin. Pero el triunfo de la democracia soviética no ocurrirá por sí solo. También depende de ustedes. Las masas necesitan su ayuda. La primera forma de ayudarles es decirles la verdad.

La cuestión es: ayudar a la burocracia desmoralizada en contra del pueblo, o ayudar a las fuerzas progresistas del pueblo en contra de la democracia. Los juicios de Moscú son una señal. ¡Ay de quien no haga caso de ella! El juicio del Reichstag seguramente ha tenido una gran

importancia. Pero sólo tenía que ver con el vil fascismo, esa encarnación de todos los vicios de las tinieblas y la barbarie. Los juicios de Moscú se están perpetrando bajo el estandarte del socialismo. ¡No estamos dispuestos a cederles ese estandarte a los maestros de la falsedad! Si nuestra generación resulta ser demasiado débil para establecer el socialismo en todo el mundo, entregaremos ese estandarte inmaculado a nuestros hijos. El conflicto que se ve en el horizonte trasciende con mucho la importancia de los individuos, de las facciones y de los partidos. Es el conflicto por el futuro de toda la humanidad. Será grave. Será prolongado. Quien vaya en busca de las comodidades físicas y de la tranquilidad espiritual, que se aparte a un lado. En tiempos de reacción es más conveniente apoyarse en la burocracia que en la verdad. Pero a todos aquéllos para quienes la palabra *socialismo* no es una palabra hueca, sino el contenido de su vida moral, yo les digo: ¡adelante! ¡Ni las amenazas, ni las persecuciones, ni las agresiones pueden detenernos! ¡La verdad triunfará, aunque sea por encima de nuestros desteñidos huesos! ¡Nosotros iremos abriéndole camino! ¡La verdad saldrá victoriosa! ¡Bajo todos los severos golpes del destino, yo me sentiré feliz, igual que en los mejores días de mi juventud, si puedo contribuir junto con ustedes a su victoria! Porque, amigos míos, la mayor felicidad humana no es la explotación del presente, sino la preparación del futuro.

19. Testamento

Cuando vivía en Coyoacán, México, Trotsky escribió este breve testamento a finales de febrero y comienzos de marzo de 1940. En mayo sobrevivió a un grave intento de asesinato por parte de agentes estalinistas, pero sucumbió a un segundo atentado el 20 de agosto.

Mi elevada presión sanguínea (que sigue subiendo) está engañando a quienes me rodean sobre mi estado real. Estoy activo y soy capaz de trabajar, pero es evidente que el desenlace está cerca. Estas líneas se harán públicas después de mi muerte.

No siento la necesidad de refutar aquí una vez más las estúpidas y viles calumnias de Stalin y sus agentes: no hay ni una sola mancha en mi honor revolucionario. Nunca he participado, ni directa ni indirectamente, en

ningún acuerdo oculto, ni siquiera en negociaciones con los enemigos de la clase trabajadora. Miles de opositores a Stalin han caído víctimas de falsas acusaciones parecidas. Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honorabilidad política y se ocuparán de los verdugos del Kremlin de acuerdo con lo que se merecen.

Les doy las gracias de todo corazón a los amigos que se han mantenido fieles a mí durante las horas más difíciles de mi vida. No menciono a nadie en particular porque no puedo nombrarlos a todos.

No obstante, considero justificado hacer una excepción en el caso de mi compañera, Natalia Ivanovna Sedova. Además de la felicidad de ser un luchador por la causa del socialismo, el destino me deparó la felicidad de ser marido de Natalia. Durante los casi cuarenta años de nuestra vida juntos, ella ha seguido siendo una fuente inagotable de amor, magnanimidad y ternura. Padeció grandes sufrimientos, sobre todo en el último periodo de nuestras vidas. Pero me consuela algo el hecho de que también conoció días de felicidad.

Durante cuarenta y tres años de mi vida consciente he seguido siendo un revolucionario; durante cuarenta y dos de ellos he luchado bajo el estandarte del marxismo. Si tuviera que volver a empezar desde el principio, naturalmente intentaría evitar éste o aquel error, pero el rumbo principal de mi vida seguiría siendo el mismo. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico, y por consiguiente un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, de hecho hoy en día es más firme que en los días de mi juventud.

Natasha acaba de acercarse a la ventana desde el patio y la ha abierto más para que el aire pueda entrar más fácilmente en mi habitación. Puedo ver la franja de hierba verde brillante que hay al pie de la tapia, y el cielo azul y despejado por encima de la tapia, y la luz del sol por todas partes. La vida es hermosa. Que las futuras generaciones la limpien de todo mal, de toda opresión y violencia, y que disfruten plenamente de ella.

L. Trotsky
27 DE FEBRERO DE 1940
COYOACÁN

Todas las posesiones que queden después de mi muerte, todos mis derechos de autor (los ingresos procedentes de mis libros, artículos, etcétera) deben ponerse a disposición de mi esposa, Natalia Ivanovna Sedova. 27 de febrero de 1940. L. Trotsky.

En caso de que fallezcamos los dos *[el resto de la página está en blanco]*.

*

3 de marzo de 1940

La naturaleza de mi enfermedad (presión sanguínea alta, y aumentando) es tal —según la entiendo yo— que el final debe llegar repentinamente, lo más probable —una vez más, es mi hipótesis personal— es que sea a causa de una hemorragia cerebral. Se trata del mejor final que yo pueda desear. Es posible, sin embargo, que me equivoque (no tengo ganas de leer libros especializados sobre esta materia y los médicos naturalmente no suelen decir la verdad). Si la esclerosis asumiera un carácter crónico, y me viera amenazado por una invalidez prolongada (actualmente siento, por el contrario, más bien un aumento de la energía espiritual debido a la hipertensión, pero eso no durará mucho), me reservo el derecho de determinar por mí mismo el momento de mi muerte. El «suicidio» (si ese término es apropiado en este contexto) no será en ningún sentido la expresión de un arrebato de desesperación o de desánimo. Natasha y yo hemos dicho más de una vez que es posible llegar a un estado físico tal que sería mejor acabar antes con la propia vida, o más correctamente, con el demasiado lento proceso de la muerte… Pero sean cuales sean las circunstancias de mi muerte, moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista. Esa fe en el hombre y en su futuro me confiere incluso en estos momentos un poder de resistencia que no pude infundir ninguna religión.

L. Tr

Notas

[1] Miembros del partido de centro denominado Unión del 17 de Octubre, fundado en 1905. *[N. del T.]*

[2] Término con el que se denominaba a los miembros del Partido Democrático Constitucional (PKD), derivado de las letras KD de su acrónimo. *[N. del T.]*

[3] Antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, los movimientos socialistas se escindieron en dos bandos: los internacionalistas, contrarios a la guerra, y los defensistas, o patriotas sociales, que apoyaban el esfuerzo bélico de sus respectivos países. *[N. del T.]*

Título original: *An Appeal to the Toiling, Oppressed and Exhausted Peoples of Europe*
© De la traducción: Alejandro Pradera
© De esta edición:
2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.editorialtaurus.com

Esta obra pertenece a la serie Great Ideas, publicada originalmente en inglés en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd.

ISBN ebook: 978-84-306-0004-5
Diseño de cubierta: David Pearson
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.editorialtaurus.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.editorialtaurus.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51